
HARLEQUIN
Deseo™
UN MILLONARIO
ABURRIDO
MEG LACEY

Meg Lacy

Un millonario aburrido

(Million dollar stud, 2002)

Aburrido de su vida de millonario, Richard Darcy Kristof decidió aceptar un desafío: vivir durante un mes con unos completos desconocidos sin poder utilizar ni su nombre ni su fortuna. Así pues consiguió un empleo de capataz en una granja de caballos dispuesto a pasar cualquier prueba... pero no se había preparado para enfrentarse a la increíble belleza de Silver Braybourne, la hija de su jefe.

El futuro de Silver dependía de los caballos y de su habilidad para ganar. No estaba dispuesta a dejar que nada se interpusiera en su camino, y mucho menos la arrogancia del nuevo capataz, que era demasiado sexy para hacerle frente.

También podría dejarse llevar por la tentación una sola vez y después centrarse en su futuro. Lástima que una sola vez no fuese suficiente...

Capítulo Uno

Richard D'Arcy Kristof, heredero de la fortuna familiar de los Kristof, entró en uno de los salones privados del exclusivo club de campo que frecuentaba, se quitó la pajarita y se desabrochó el cuello de la camisa.

—Así está mejor —dijo con un suspiro de alivio—. Odio estos disfraces.

Tomó el vaso de whisky añejo que le acercó su primo Nicholas Demetries, y se lo bebió de un solo trago, estirando a continuación el brazo para que se lo volviera a llenar.

—Una noche dura, ¿eh, primo? —rió Nicholas entre dientes mientras vertía el líquido ámbar.

—Si tengo que bailar con una sola debutante más, me tiro por una ventana —contestó Darcy con cara de pocos amigos.

Nicholas, alto, guapo e inmaculadamente vestido con un elegante traje veraniego, se acercó y le dio un cariñoso apretón en el hombro.

—No pienses en verte libre de esas señoritas casaderas hasta que alguna de ellas ocupe el puesto por el que todas sueñan, como afortunada esposa de todo un semental que vale más de un millón de dólares.

—Dios no lo quiera. Y no me llames así, sabes que lo odio.

—Sí, pero la prensa rosa tiene que vender ejemplares a cualquier precio, ya lo sabes, es ley de vida. Darcy se encogió de hombros, desde hacía meses se encontraba tenso y descontento. Ninguna mujer era capaz de retener su atención más de cuarenta y ocho horas. Sentía como si, en cierta forma, hubiera llegado al final de ninguna parte, su vida era tediosa y no veía la forma de enderezarla, no sabía qué esperaba del mundo, ni de la vida, ni de sí mismo.

—Me aburro espantosamente.

—Pobre muchachito multimillonario —se burló Nick guiñándole un ojo—. Dime, ¿qué te pasa, Darcy? Llevas una temporada disgustado con todo. ¿Hay algo en especial que quieras contarme?

—Sí... No. No sé.

—Sé que tus padres te están presionando para que sientes la cabeza...

—... con una mujer adecuada a mi rango. Lo cual implica montones de dinero y de contactos sociales.

—No puedes culparlos. Después de todo, tu boda tiene una gran importancia desde el punto de vista familiar.

—Fortuna, reputación, herencia, contactos, etcétera, etcétera, etcétera —suspiró Darcy.

—Me temo que sí, de eso se trata.

—Demonios, Nick, estoy desesperado. Todo me resulta tan monótono…

—Eso es culpa tuya. Dispones de los medios materiales necesarios para divertirte como mejor te apetezca.

—Lo sé —admitió Darcy sonrojándose—. Pero necesito hacer algo completamente diferente.

—¿Cómo qué?

—No lo sé —dijo golpeando la mesa con el puño—. Necesito una aventura, algo que me cambie de arriba abajo, que me permita encontrarme a mí mismo. Hay algo dentro de mí que no está en su sitio. A veces me pregunto cómo sería ser un don nadie. ¿Sabes a lo que me refiero?

—No.

—Me gustaría ser un hombre cualquiera, sin que nadie se interese por cotillear mi vida y sin que las mujeres me acosen con sus mejores trucos para darme caza. Me refiero a vivir como una persona normal y corriente.

—Descártalo —rió Nick—. Tú jamás podrás ser una persona normal y lo sabes.

—¿Estás seguro? ¿Por qué no? —preguntó Darcy incisivamente mientras una súbita sonrisa de complacencia inundaba su rostro: una idea tomaba forma en su mente. Miró enigmáticamente a su primo con la famosa expresión que componían los Kristof ante un reto, la misma que su abuelo había empleado para hacer frente al enemigo en la segunda guerra mundial o, al menos, eso decía la leyenda familiar.

—Porque tienes dinero a raudales y un estilo de vida que la mayoría de la gente envidia y que nunca logrará alcanzar, y porque actualmente eres el soltero de oro del estado de Virginia y, probablemente, de toda la costa este de los Estados Unidos. Jamás podrías convertirte en una persona normal.

—¿Qué te apuestas?

—Lo que tú quieras.

—Te apuesto mi coche nuevo a que soy capaz de vivir como una persona normal durante un mes.

—¿Tu coche nuevo? —inquirió Nick boquiabierto—. Amas ese trozo de metal como no has amado a mujer alguna jamás.

—Eso es porque me proporciona más diversión y menos preocupaciones. Pero no estoy preocupado. Voy a ganar la apuesta.

—Ya veremos. Así que pretendes salir de aquí y convertirte en un hombre normal. ¿Y… se puede saber cómo va a conseguir el rey de las revistas del corazón ese milagro?

—Busquemos un mapa —dijo Darcy, dispuesto a poner su idea en práctica inmediatamente.

—¿Un mapa?

—Necesito irme a alguna parte, donde nadie me conozca —se acercó a una de las estanterías en las que el club archivaba bibliografía sobre viajes para uso de los socios—. Aquí está, un mapa de los Estados Unidos —Darcy lo desplegó encima de la mesa. Se tapó los ojos con una mano y con la otra puso al azar un dedo sobre él, calculando que no estuviera demasiado lejos de Virginia—. Ya está —dijo echando un vistazo—: Cecil, Kentucky, un sitio tan bueno como cualquier otro.

—¿Cecil? Parece un lugar remoto y desconectado de la civilización.

—No, mira. Está en medio de una gran zona de pastos, al sudoeste de Lexington.

—Lexington es la capital de las carreras de caballos, Darcy. ¿Cómo puedes pensar que nadie va a reconocerte allí? Por Dios, tu familia posee un importante rancho de caballos en WindRaven.

—Ya, pero yo no frecuento el rancho, como bien sabes. Apenas se me conoce de vista en algunos círculos ecuestres de Virginia. Además, nadie podrá conectarme con Darcy Kristof del rancho WindRaven, porque nadie espera encontrarse conmigo. Simplemente, verán a un hombre normal y corriente. Eso es todo.

—Barrunto un auténtico desastre —le advirtió Nicholas con el ceño fruncido.

—Te preocupas demasiado.

—Me pagas para que lo haga.

—Bien. Este es el trato: yo me escapo para tener una aventura durante un mes, y nadie, aparte de ti, debe saber dónde estoy —resumió con la mirada absorta en lontananza y satisfecho de sí mismo por primera vez en mucho tiempo. Quizá esa fuera la forma adecuada de alterar su vida para poder conocerse realmente a sí mismo, no al estereotipo con el que convivía desde hacía años.

—Es la estupidez más grande que he oído en mucho tiempo. Si realmente quieres ponerte a prueba, ¿por qué no asumes la dirección de alguno de los negocios de tú familia?

—Eso supondría dejar en la calle a mucha gente que actualmente trabaja para mí. Además, no me sacaría de mi entorno social, que es lo que realmente necesito para reflexionar.

—Darcy —suspiró Nicholas—. Ya es hora de que tomes las riendas de tu propia vida.

—Eso es lo que pretendo hacer, Nick. Prométeme que no le vas a

confesar a nadie mi plan. Ni siquiera a mis padres.

—No me lo van a preguntar, están en Europa en la villa de tu tío.

—Correcto. Y se supone que yo tengo que reunirme con ellos la semana próxima.

—Sí. Para el cumpleaños de la tía Rosalind.

—Tendrás que inventarte algo para cubrir mi ausencia, Nick. Venga, tómatelo con deportividad, se trata de una apuesta. O vivo un mes como una persona normal o te entrego las llaves de mi Jaguar. Y si gano yo, me dejas que use tu nuevo y lujoso barco durante los próximos seis meses.

—De acuerdo. Es una apuesta —accedió Nicholas, estrechando la mano de Darcy—. Lo vas a hacer de todas maneras... —añadió sirviendo otras dos bebidas que apuraron de inmediato para sellar el pacto—. Pero, ¿a qué demonios piensas dedicarte en Cecil, Kentucky?

—No te preocupes, Nick. Eres mi abogado, no mi madre. No te compliques, convéncete de que lo voy a pasar estupendamente —dijo Darcy a modo de despedida, abandonando la cómoda butaca y dirigiéndose hacia la puerta.

—Qué tranquilo me dejas —contestó Nicholas con una mirada sardónica—. De todas maneras, llámame si me necesitas.

—Nos vemos dentro de un mes —prometió su primo, saliendo de la sala para abandonar el club. Una vez tomada la decisión, Darcy decidió no perder el tiempo con los preparativos. El lunes al amanecer, echó una raída bolsa de viaje casi vacía en el asiento de la vieja y destartalada camioneta que había tomado prestada de uno de sus mozos de cuadra y se puso en camino, con un sentimiento de libertad poco usual. Evitó las autopistas y condujo por carreteras de tercer orden hasta que entró en Kentucky, cruzando las suaves colinas de los Apalaches.

Silver Braybourne tiró levemente de las riendas mientras el caballo trotaba en círculo.

—Vamos, cálmate —le dijo con suavidad.

Lucky Hand no era un caballo joven e inexperto, pero aún no había desarrollado todo su potencial. Sin embargo, Silver estaba convencida de que ese animal tenía la fuerza y el espíritu necesarios para ganar una carrera. Justo lo que necesitaba el rancho Braybourne para salir del bache económico que arrastraba desde hacía un par de años. Lucky Hand había llegado a sus manos de forma poco convencional, ya que su padre lo había ganado inesperadamente, jugando al póquer con un desconocido, y eso le restaba valor como semental, puesto que se desconocía su pedigrí. No obstante, ella sabía que, con un entrenamiento adecuado, ese caballo negro podría sacarles de apuros.

Llevaba dos meses trabajando con él y aún quedaban seis semanas para la Copa Rosemont. Se secó el sudor de la frente con la manga de su camiseta de algodón. Hacía demasiado calor en Kentucky para ser el mes de junio y todos los ganaderos de los alrededores rezaban para que lloviera antes de que se perdieran los pastos. Desmontó y llevó a Lucky Hand hacia los establos. Allí encontró a Tater, el mozo de cuadra que había contratado su abuelo y que todavía estaba con ellos en el rancho. El anciano tenía una expresión preocupada.

—¿Pasa algo, Tater? —preguntó Silver.

—Nada, los pagos de los jornaleros van a volver a retrasarse.

—Todo eso cambiará en cuanto yo me haga cargo del rancho y tengamos un poco de suerte. Confío totalmente en Lucky Hand, aunque desde el accidente de papá...

—Se repondrá, solo se ha roto un brazo y se ha magullado una pierna. Pero no creo que quiera cederte el mando del rancho, muchacha, se supone que debes asistir a las fiestas del vecindario y a las reuniones sociales para encontrar un marido adecuado.

—No me interesan los maridos, me interesa este caballo y me interesa el futuro del rancho. He aprendido a sonreír, a hablar y a vestirme para seducir a un hombre al viejo estilo sureño, pero prefiero limpiar los establos.

—Silver... —dijo Tater soltando una carcajada—. El hombre que apueste por ti va a tener que hacer gala de una gran fortaleza de carácter.

—¿Has intentado alguna vez ponerte unos zapatos de tacón alto? —bromeó ella inspeccionando los deshilachados vaqueros y las viejas botas de montar de ambos—. Se te duermen los dedos de los pies al instante.

—Pero estás muy guapa cuando te vistes como una señorita.

—Afortunadamente, lo hago muy pocas veces... Ah, por cierto —dijo consultando su reloj de pulsera y asombrándose de cómo se había pasado el tiempo—, mamá y yo tenemos que asistir esta tarde a un té de beneficencia, se me había olvidado. Me marcho, Tater, aún tengo que vestirme y maquillarme un poco —dijo acariciando el hocico de Lucky Hand—. ¿Podrías cepillarlo y darlo de comer?

—Claro, vete a enfundarte en tu mejor traje y pásalo bien.

Darcy paró un momento en el arcén justo delante del letrero de Cecil. En ese momento empezaba la verdadera aventura. Estaba a punto de cumplir veintinueve años y podía disfrutar de todos los lujos materiales, pero necesitaba algo más: encontrarse a sí mismo, alimentar su espíritu. El calor de la tarde caía a plomo en Kentucky y Darcy suspiró por una bebida bien fría y una buena ducha. Era hora

de ponerse en marcha de nuevo, así que regresó al interior de la camioneta, la puso en marcha y se dirigió al centro de Cecil. Era una bella ciudad, llena de antiguas casas recién restauradas y de jardines bien cuidados, la calle principal estaba flanqueada de olmos centenarios. Necesitaba encontrar un lugar donde pudiera ofrecer sus servicios como jornalero y pensó en los almacenes de forraje. Encontró uno al otro lado de la ciudad, en las afueras. El edificio principal tenía un gran porche delantero, a la sombra del cual se encontraban dos ancianos jugando al ajedrez. Detuvo la camioneta delante de ellos y se desperezó, consciente de las miradas curiosas que le dedicaron ambos. Era un forastero.

—¿Dónde puedo conseguir una bebida fría? —preguntó.

—Hay una máquina de refrescos dentro, señor..., en el vestíbulo —contestó uno de los hombres con el cabello cano.

—Gracias —dijo Darcy con una ligera inclinación de cabeza. Entró, seleccionó una bebida y dio un gran trago antes de regresar al porche. «Si tengo suerte, estos dos ancianos me proporcionarán la información que necesito», pensó.

—Está solo de paso, ¿no? —se interesó Tater. —No, señor. Busco trabajo por aquí para una temporada. Tengo más experiencia con los caballos que con los pastos —aclaró. Aunque hacía mucho tiempo que había perdido el contacto con los negocios ecuestres de la familia, Darcy dio gracias al cielo de que su abuelo lo hubiera obligado a trabajar todos los veranos en el rancho WindRaven hasta que cumplió los trece años—. ¿Saben de algún rancho de cría y entrenamiento de caballos que necesite el trabajo de un hombre?

—Es posible, es posible... —contestó Tater entornado los ojos. Darcy lo miró con su mejor sonrisa, esperando que el anciano se decidiera mientras él se felicitaba por su buena suerte—. Quizá podríamos intentarlo en mi rancho —dijo al fin—. Harden Braybourne, el dueño, ha tenido un accidente y tenemos demasiado trabajo, pero el salario no será generoso —advirtió—. Eso sí, podrá disponer de comida y alojamiento.

—¿Harden necesita contratar a un hombre? No me habías dicho nada —intervino el otro anciano—. A Silver no le va a gustar la idea.

—A veces hablas demasiado, Lawrence —lo amonestó Tater, antes de dirigirse de nuevo a Darcy—. Mi nombre es Travis O'Neill, pero todo el mundo me llama Tater —se presentó.

—Rick Darcy —contestó él estrechándole la mano—. Pero llámeme Darcy, eso es lo que hacen todos.

—De acuerdo, Darcy, sígueme hasta el rancho Braybourne y allí concretaremos los detalles con Harden.

Cruzaron un paisaje de suaves colinas, un impresionante cañón de piedra caliza con un río azul al fondo y un gran bosque, antes de llegar al abierto panorama de pastos, típico de la región. Tater tomó un camino a la derecha y se dirigió hacia una casa blanca rodeada de establos, todos ellos decorados con molduras de madera pintadas de verde oscuro. A Darcy le alivió comprobar que no era un rancho lujoso como los que ya conocía. Eso le permitiría convertirse en una persona normal con mayor facilidad. Saltó de la camioneta y siguió a Tater hasta el interior de los establos, donde el ambiente era fresco y oscuro, y olía a heno y a caballos. Aunque todo estaba limpio y ordenado, había pocos animales. Darcy dirigió una muda pregunta a Tater, con una ceja enarcada.

—Hemos pasado varios años malos y hemos tenido que vender parte de la cuadra. Una pena —comentó Tater resignado.

—Tater, ¿has visto a...? —resonó de pronto la potente voz de Harden Braybourne mientras se acercaba a ellos. Era un hombre alto, fuerte y canoso, con un brazo en cabestrillo y un bastón en la otra mano. Cuando se percató de la presencia de Darcy enmudeció al instante y lo observó con detenimiento.

—Harden, te presento a Rick Darcy —dijo rápidamente Tater—. Acaba de llegar a la ciudad, sabe de caballos y necesita un trabajo temporal. Lo he traído para que podamos hablar de su experiencia laboral.

—Hum, sí —asintió Harden—. Cuéntame. —He vivido siempre rodeado de caballos —contestó Darcy con nerviosismo: era su primera entrevista de trabajo y nunca antes se había visto obligado a adornar la verdad en su propio beneficio—. Mi abuelo fue en sus tiempos uno de los mejores criadores de caballos de carreras del país.

—Bien, eso servirá, por el momento. Necesitamos urgentemente la ayuda de un hombre para que me sustituya mientras me recupero. Te contrataremos en calidad de capataz para que supervises las actividades del rancho y podrás disponer de la ayuda de Ed y Billy.

—No te olvides de Silver, Harden. Tu hija se toma muy en serio el rancho —intervino Tater.

—Silver se va a casar pronto —replicó él con el ceño fruncido.

—¿En serio? No me ha contado nada. —Bueno, aún no es definitivo, pero sé con seguridad que John Tom Thomas va a pedírselo. Es guapo, tiene dinero y procede de una buena familia. No creo que Silver pueda rechazarlo.

—Me muero de aburrimiento cada vez que lo veo, papá —terció inesperadamente una joven voz femenina.

Darcy miró con sorpresa hacia el portón de los establos, pero no pudo verla con claridad puesto que estaba a contraluz. Solo pudo

apreciar una silueta alta y esbelta con la cabeza rodeada por una espesa melena de color rubio platino. Harden parecía pillado en falta y decidió guardar silencio. La joven se acercó con gran elegancia de movimientos. Parecía una estrella de cine: piernas largas y bien formadas, caderas estrechas, pechos redondos, llenos y prominentes..., todo ello cubierto con un lujoso traje de verano de color naranja. Sin saber por qué, Darcy imaginó que era una mujer fría de cara al exterior, pero llena de pasión por dentro, justo el tipo de mujer que le hacía perder los estribos. Con sorpresa, sintió cómo su cuerpo se estremecía y, al instante siguiente, deseó lamerla de arriba abajo. Aún no había visto su rostro, pero su voz y la elegante silueta de su cuerpo bastaban para indicarle que esa mujer era como un pedazo de hielo a punto de derretirse. Darcy catalogó a Silver entre las mejores jóvenes solteras de clase alta que había conocido hasta entonces, aunque estaba asombrado de encontrarla en ese rancho venido a menos. Apartó la vista con esfuerzo.

—¿Qué tal el té de beneficencia, Silver? ¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Harden.

—Hemos tomado bocadillos de pepino y ensalada de frutas. ¿Qué tal suena?

—No había pollo asado en el menú, ¿eh? —comentó Darcy riendo entre dientes, a pesar de no haber sido presentado.

—Ni una sola proteína —aclaró Silver sonriéndole con sorpresa. ¿Quién era ese hombre?—. Pero hicimos entrega de un cheque sustancioso al hospital infantil con los beneficios de la venta del libro de recetas locales escrito por la Asociación de Damas Sureñas —añadió dirigiéndose a su padre. Darcy dedujo que se trataba de una organización respetable con propósitos benéficos. A pesar de la primera impresión que había recibido de ella, cambió de opinión al conocer sus actividades sociales. Sin duda, solo era otra aburrida joven casadera a añadir a la larga lista que ya conocía. No sabía cómo podía haberse estremecido de deseo nada más verla—. Y bien, ¿alguien me va a presentar a nuestro invitado? —preguntó Silver depositando una mirada absolutamente neutral sobre Darcy.

—Es Rick Darcy, nuestro nuevo capataz —anunció Harden estudiando la expresión de Silver, que se quedó estupefacta—. Darcy, te presento a mi única hija, Sylvia..., es decir, Silver... —Harden cambió inmediatamente de tema, consciente del impacto que la noticia había tenido sobre su hija—: Tater, ¿por qué no acompañas a nuestro amigo hasta su alojamiento?

Las miradas de Silver y Darcy confluyeron con la velocidad del rayo, los ojos de ella brillaban incrédulos y, sin mayor ceremonia, se

acercó a él y le plantó un dedo acusador sobre el pecho.

—Así que eres el nuevo capataz —le espetó, obviamente contrariada.

—Solo temporalmente, hasta que tu padre mejore —intervino Tater, diplomáticamente.

—Acaban de contratarme hace unos minutos —explicó Darcy con calma.

—Entiendo. ¿Y… has surgido misteriosamente de la nada?

—No —rió él—. He llegado hoy mismo a la ciudad en busca de un trabajo como jornalero.

—¿Un trabajo como jornalero? Te advierto que dirigir un rancho ecuestre como este es algo bastante complicado —advirtió ella, desafiante.

—Silver, por favor, olvida tu mal humor —le pidió su padre con una paciencia que parecía infinita—. Darcy es consciente de lo que significa dirigir un rancho. Si no, no lo hubiéramos contratado. Además, este no es el momento adecuado para discutir ese tema. Vente a casa conmigo y hablaremos tranquilamente —dijo mientras se alejaba apoyándose en el bastón.

—Papá, tienes demasiada tendencia a pensar que el rancho solo lo puede llevar un hombre, pero los tiempos han cambiado. Debes darte cuenta de que la mejor capataz del mundo está delante de tus ojos: yo —lo amonestó Silver caminando junto a él—. Quiero que sepas que no estoy de acuerdo con tu decisión…, pero ya que es cosa hecha… —su voz se oía cada vez más tenue y lejana—, lo aceptaré mientras me permitas seguir trabajando con Lucky Hand…, aunque…

Tater suspiró cuando ambos hubieron abandonado definitivamente los establos.

—Nunca entenderé a las mujeres. Prefiero un buen caballo.

—Sin duda, esta tiene mucho carácter —comentó Darcy riendo entre dientes al sentir cómo se aflojaba la tensión que padre e hija habían creado con su desacuerdo.

—Vamos, Darcy, te mostraré tu alojamiento. No es lujoso, pero sí agradable.

Capítulo Dos

Tater cruzó los establos y abrió la última puerta del pasillo.

—¿Voy a vivir en los establos? —preguntó Darcy asombrado. Estaba seguro de que habría habitaciones para la servidumbre en la casa principal. —¿Te disgusta? —contestó Tater, algo incómodo. —No, simplemente pensé que el rancho dispondría de un alojamiento específico para el capataz —respondió Darcy, recobrándose inmediatamente. —Existe. Es una casita que está a doscientos metros de aquí, pero se quemó hace un par de años y todavía no hemos tenido dinero para repararla del todo. Hay otras prioridades —explicó dejando que Darcy lo precediera para entrar en la modesta habitación —. Este es el cuarto del mozo de cuadra, pero está libre por el momento. ¿No te importa dormir en los establos, verdad?

Si le hubieran hecho esa pregunta hacía unos días, Darcy hubiera pensado que se trataba de una broma, pero no, había comenzado la aventura.

—No, señor, por supuesto que no. Si los caballos están a gusto, yo también.

—Así se habla, chico —dijo Tater exhalando un suspiro de alivio —. Siempre he dicho que es más seguro acostarse con un caballo que con una mujer.

—Más seguro, pero menos interesante —afirmó Darcy con una sonrisa mientras una imagen de Silver en ropa interior, despeinada y con los párpados pesados por el sueño, ocupaba su mente de inmediato. Su mirada se encontró con los ojos sabios del anciano y tuvo la seguridad de que sabía lo que había estado pensando.

—Algunas mujeres son capaces de calentarle a uno la sangre hasta que hierve —filosofó Tater.

—Ese es el tipo de mujer que procuro evitar siempre. Implica un compromiso demasiado fuerte —contestó Darcy.

—No es tan fácil hacerlo como decirlo.

Darcy sonrió y cambió de tema.

—Esto tiene buena pinta —dijo contemplando la habitación—. ¿Dónde vives tú, Tater?

—Tengo una casita pequeña detrás de la colina. La heredé de mi padre y él de mi abuelo. Los O'Neill han trabajado para los Braybourne desde que se fundó el rancho. Yo subí a Silver a su primer pony y la enseñé amontar a caballo. Era una chiquilla preciosa y valiente, pero demasiado impulsiva.

—No parece haber cambiado mucho.

—Exteriormente sí, te lo puedo asegurar —dijo con un guiño.

—Ya me he dado cuenta —contestó Darcy con una sonrisa.

—Y yo me he dado cuenta de que tú te dabas cuenta —advirtió Tater secamente.

—Sé portarme cívicamente —se defendió Darcy con frialdad.

—Bien. Supongo que Harden se ocupará de que alguien te baje unas sábanas y unas toallas. El baño está aquí. Además, dispones de un armario, una silla, una mesa e, incluso, una pequeña nevera y un microondas, aunque harás la mayoría de las comidas con la familia. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme?

—No, señor. Ahora mismo voy a la camioneta para sacar mis cosas y colocarlas en el armario. Muchas gracias.

—En ese caso, adiós, nos veremos mañana por la mañana.

Darcy recorrió los establos para familiarizarse con su nuevo entorno y saludó a los caballos uno por uno, hasta que se topó con un enorme semental de color negro que ni siquiera alzó el morro al percibir su presencia. Ese animal tenía un espíritu salvaje, no cabía la menor duda. Salió al exterior y sintió el golpe de calor de la última hora de la tarde. Se acercó hasta la camioneta, recogió la exigua bolsa de viaje y regresó a su habitación. Sacó una toalla y se dirigió inmediatamente a la ducha. El agua y el jabón resbalaron sobre su piel borrando todo resto del polvo que había acumulado durante el viaje. Durante unos segundos disfrutó del chorro que caía directamente sobre su rostro. Todo iba bien. La aventura había empezado con buen pie. «Aquí estás, Kristof. Querías ser una persona normal y ya lo eres», se dijo. Cerró la ducha, tomó una toalla y se la ató alrededor de la cintura. Salió del baño y entró en su habitación.

—Lo siento —musitó Silver, petrificada—. Llamé a la puerta, pero no imaginaba...

Darcy se quedó sin habla durante un momento, pero se recuperó inmediatamente al observar su expresión compungida y el montón de sábanas y mantas que sostenía en los brazos. Se pasó la mano por el pelo mojado.

—¿Debo entender que se trata de una visita oficial de mi anfitriona? —preguntó.

—¿Qué otra cosa podría ser? —contestó ella sonrojándose.

—La esperanza es lo último que se pierde —bromeó él mirándola primero a ella y luego a la cama, con un atrevimiento muy provocativo.

—En este caso no hay esperanza que valga —contestó Silver aclarándose la garganta—. Te he traído unas sábanas y unas mantas.

—No creo que vaya a necesitar ninguna manta.

—Haz lo que quieras.

—Suelo hacerlo.

—También te he traído unas toallas.

—Toallas sí voy a necesitar, solo tengo una —dijo Darcy echando un vistazo al minúsculo pedazo de tela que apenas le cubría sus partes más íntimas. Levantó la vista y descubrió que ella también estaba mirando la diminuta toalla. Darcy observó su rostro sin decir palabra. Saboreó desde la breve distancia que los separaba sus rotundos pómulos, sus ojos de gato, su aristocrática nariz. Se detuvo en los labios, esa boca estaba hecha para dar y recibir placer, el labio superior ligeramente curvado y el inferior lleno y sensual. En ese momento, ella se humedeció los labios con la lengua. Dios, si esa chica no dejaba de mirarle la entrepierna inmediatamente, iba a darse cuenta sin remedio de lo que él estaba pensando cuando algo aumentara de tamaño y presionara la toalla hacia arriba—. Es muy amable por tu parte haberte molestado en traerme todo esto —dijo Darcy para evitar el instinto de tomarla en brazos y lanzarla sobre la cama. Sin embargo, el deseo de provocarla lo acuciaba, quería saber si aún era tan impulsiva como la había descrito Tater, por debajo de ese aspecto de gran dama que exhibía.

—No te esperes que vaya a ser siempre tan servicial, así que no tientes a la suerte.

—Normalmente lo hago —contestó él, insinuante. —Estás muy orgulloso de ti mismo, ¿no? Pues gastas tus energías en vano, porque no pienso dejarme tentar. En realidad preferiría que nunca hubieras aparecido por aquí. —¿Por qué? Necesitáis ayuda. —Sí. Ayuda para limpiar los establos. Del resto puedo ocuparme yo perfectamente.

—Tu padre no parece estar de acuerdo, ¿eh? —Te estaré vigilando —contestó Silver tras unos momentos de duda. —Qué interesante. —¿Interesante? ¿Qué quieres decir? —¿Qué crees tú que quiero decir? —Creo que estás flirteando conmigo —contestó ella humedeciéndose los labios mientras él no perdía detalle de cada uno de sus gestos. Silver dio un paso hacia atrás para alejarse del masculino embrujo y se golpeó la cabeza con la esquina de una estantería.

—Oh, eso debe haberte dolido —dijo Darcy acercándose a ella. —No, en absoluto.

—Venga, déjame que mire a ver si tienes una herida —dijo él sonriendo y mirándola a los ojos, atónito al comprobar que eran de color verde claro y brillante, como la primera hierba de la primavera. Ella inclinó la cabeza y su abundante melena rubio platino acarició las manos de Darcy—. Tranquila —sus dedos buscaban la huella del golpe al tiempo que acariciaban su cabeza.

—Ay.

—¿Es ahí donde duele? —Sus cuerpos estaban en contacto y Darcy se enardeció al sentir cómo ella se estremecía involuntariamente. Se preguntó cómo sería tenerla entre sus brazos.

—Sí —dijo ella recobrando la compostura y alejándose de él.

—Creo que sobrevivirás —concedió él con una sonrisa—, pero igual deberías ponerte un poco de hielo.

—Gracias. Y tú deberías ponerte unos pantalones. La toalla se te está cayendo.

—Ups —dijo Darcy, rehaciendo el nudo—. ¿De veras prefieres verme con pantalones? —bromeó.

«En realidad me gustaría verlo completamente desnudo y acariciarle esa piel morena», asumió Silver.

—Si no te vistes puedes resfriarte.

—No lo creo. Hoy hace mucho calor.

La sonrisa de Darcy reflejaba una gran confianza en sí mismo y Silver era muy sensible ante la fortaleza de carácter masculina. El hecho de que tuviera un cuerpo impresionante, sano y musculoso, solo empeoraba las cosas. Darcy le recordaba a su semental negro, incluso en su bravío carácter.

Si se combinaba eso con un cabello moreno que se rizaba en las puntas, unos ojos negros como el carbón y un rostro perfectamente esculpido, el resultado podía hacer temblar a cualquier mujer. Aunque en otras circunstancias hubiera regalado hasta el collar de perlas de su abuela con tal de disfrutar de una tórrida sesión de sexo con ese hombre, recordó que él estaba allí para trabajar como capataz y que, si decidía quedarse, ella vería morir sus aspiraciones para dirigir el rancho en un futuro.

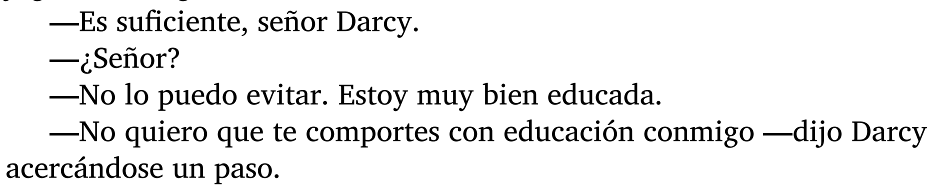
—Será mejor que te vistas —insistió con una fría mirada.

—Si te empeñas... Pero quizá debieras volver la cabeza mientras lo hago, no quiero herir tus sentimientos virginales.

—No sería el caso —contestó Silver manteniendo la calma—. Estoy acostumbrada a ver apéndices masculinos —en realidad tenía que admitir que casi todos pertenecían a caballos, pero un pene no dejaba de ser un pene, lo poseyera quien lo poseyera, aunque se tratara del hombre más atractivo que había conocido en toda su vida.

Darcy la miró por un momento con una sonrisa atrevida y desafiante. Después, se dio la vuelta, se quitó la toalla y se embutió en unos pantalones vaqueros. Ella no apartó la vista de su cuerpo en ningún momento: era una cuestión de orgullo.

—¿Es suficiente? —preguntó él abrochándose los pantalones muy despacio. Silver se sintió tentada de acercarse y acariciarle el torso, aunque solo fuera para comprobar si él reaccionaba, o simplemente estaba bromeando con ella. Pero jugar con ese hombre podía ser como



jugar con fuego.

—Es suficiente, señor Darcy.

—¿Señor?

—No lo puedo evitar. Estoy muy bien educada.

—No quiero que te comportes con educación conmigo —dijo Darcy acercándose un paso.

—¿Por qué?

—Porque me gusta oír tus groserías.

—¿Groserías?

—Hace unos momentos me has dicho que preferirías que nunca hubiera venido.

—Para ejercer de capataz, no por otro motivo.

—Pero me necesitas, ¿no? —preguntó él con una aviesa mirada y la voz ronca.

—Claro que te necesito —corroboró ella antes de darse cuenta de cómo podía interpretarse su afirmación—. Para ayudar en el rancho, claro. Mi padre envejece y, aunque no lo admita, el duro trabajo del rancho empezaba a agotarlo, incluso antes de tener el accidente. Y como puedes haber comprobado tú mismo, Tater tampoco está en plena juventud. Tenemos mucho trabajo que sacar adelante en el rancho, es evidente que no somos millonarios, pero hemos criado y entrenado varios caballos ganadores. Y volveremos a hacerlo —concluyó alzando la barbilla con determinación.

—Amas este rancho, ¿no? —preguntó Darcy con delicadeza y seriedad.

—Lo es todo para mí.

—Te admiro.

—¿Por qué?

—Por dedicar toda tu pasión y todo tu esfuerzo al cumplimiento de una meta.

—No podría vivir de otra manera —contestó Silver consciente de que él la estaba cortejando. Aunque hacía unos momentos habría sido capaz de atacar a ese hombre como si fuera una yegua en celo, optó por mantener las cosas bajo control—. Escucha, no pienses que porque tengas un cuerpo magnífico y una mirada intrigante yo voy a responder como si fuera una chica fácil —le advirtió claramente.

—No, ¿eh? A veces no es fácil evitar lo inevitable.

—No quiero verte revolotear alrededor mío haciendo valer tu encanto personal.

—La verdad es que no estaba pensando en revolotear. Hay otras posturas que me parecen más sugerentes —contestó él sosteniendo la mirada de ella.

—Maldito seas —dijo ella con rabia, aunque todo su sistema nervioso estaba excitado por la idea.

—¿Te da miedo disfrutar del amor? —preguntó él con una sonrisa.

—Tu arrogancia puede costarte el puesto.

—Tendría que ser tu padre el que me echara, no tú. Además, ¿qué vas a contarle? No sería lo mismo si yo me hubiera atrevido a besarte o… Por cierto, ¿qué hubieras hecho si te hubiera besado?

—No te habría dejado —contestó ella a sabiendas de que mentía.

—Silver…

—De acuerdo, soy humana. Quizá hubiera dejado que me besaras…

Darcy giró la barbilla de Silver con un dedo para mirarla profundamente a los ojos.

—¿No estarás pensando en tener una aventura conmigo? ¿En hacer el amor con un desconocido en vez de con ese hombre de sangre azul que tu padre te tiene preparado?

—No voy a casarme con él. La idea es de mi padre, no mía. Pero… ¿por qué estoy teniendo esta conversación contigo? Acabamos de conocernos —dijo Silver pensando que qué mujer no había tenido alguna vez la fantasía de hacer el amor de manera salvaje con un desconocido. Después de un momento, se estiró la chaqueta y se recolocó las perlas para restaurar la imagen seria y elegante que quería dar ante Darcy—. Tengo que irme. Por cierto, mi madre me ha pedido que te invite a cenar en casa a las nueve, si no tienes otros planes.

—Dile que será un placer.

Silver se alejó como alma que lleva el diablo. «Rick Darcy», pensó. ¿Quién era? ¿De dónde procedía? ¿Por qué no se daba cuenta su padre de que ella era capaz de dirigir el rancho, como había deseado desde que era pequeña? Había estudiado en la universidad de Kentucky y hecho todo lo que se esperaba de ella: sacar buenas notas, participar en una de las hermandades femeninas, animar al equipo de los Wildcats, reunirse con la gente adecuada y sentar las bases de su futura vida social en los alrededores de Cecil. Todo ello para demostrar a su padre que era capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera, como… dirigir el rancho Braybourne. De hecho, había conseguido que su opinión se tuviera en cuenta a la hora de tomar decisiones sobre el rancho hasta que su padre se había caído del caballo y había decidido que era prioritario casar a Silver para asegurarle un futuro cómodo y sin preocupaciones. «¡Asegurarle un futuro!», se indignó. Por Dios, solo tenía veintiséis años. Y, además, había aparecido Rick Darcy para complicar un poco más las cosas. Estaba segura de que su padre no aprobaría que ella tuviera una

relación íntima con Darcy. Harden no había abandonado del todo el feudalismo y, para él, el linaje y la fortuna eran temas fundamentales en toda proposición matrimonial. Ella respetaba sus opiniones porque se trataba de su padre, aunque en el fondo no estuviera de acuerdo con él. El problema se presentaría cuando su cuerpo se negara a obedecer a su mente, como bien podía pasar estando cerca de un hombre como Darcy.

No era propio de ella dejarse llevar por la pasión a primera vista, pero había algo diferente en ese hombre. Lo recordaba con la minúscula toalla anudada a la cintura, tan bien plantado como si fuera el dueño de la finca, con esa mirada cálida que decía: «Aquí estoy. Ven por mí o perderás la mejor ocasión de tu vida». Su actitud era tan desafiante como atractiva.

Se apoyó sobre el tronco de uno de los olmos centenarios que rodeaban la casa para recobrar el ánimo. Tenía la terrible sensación de que las cosas se le iban de las manos y eso no le gustaba nada. Era una persona acostumbrada a hacer sus propios planes y a atenerse a ellos. Darcy era una distracción y ella tenía que dedicarse a adiestrar a Lucky Hand para ganar la copa Rosemont dentro de seis semanas.

En todo caso, Darcy solo iba a estar allí durante un mes. Eso podría soportarlo, pero la fortaleza de su padre estaba empezando a declinar con la edad y, si al final decidía pedirle a Darcy que se quedase por más tiempo, los planes de Silver iban a verse seriamente contrariados. Más que nada en el mundo, deseaba ser la propietaria única de ese rancho que había fundado su antepasado Cecil Braybourne, cuyo nombre de pila llevaba la ciudad cercana. Allí estaban sus raíces.

Su madre salió de la casa por la puerta delantera y la sacó de su ensimismamiento, llevaba en las manos un colador y una fuente y de su hombro colgaba un trapo de cocina. Agatha Sweet Braybourne era el mejor ejemplo que su hija conocía de dama sureña, siempre serena, amable y educada, pero, como bien sabían sus allegados, tenía un carácter indomable.

—Silver, preciosa, ven a ayudarme con los guisantes. Ese árbol no va a caerse aunque te separes de él.

—Lo siento, mami. Estaba pensando. Ya voy. —Entró en la cocina y se puso a preparar las verduras. Al cabo de un instante, volvió a sentirse cómoda y relajada—. Mami, ¿cómo supiste que papá era la persona adecuada para ti?

—Eso es algo que se intuye, hija. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Es solo curiosidad.

—No tiene nada que ver con John Tom Thomas, ¿verdad? Te lo digo porque ya sabes lo mucho que le gustaría a tu padre que te

casaras con él. Y todo Cecil sabe que va a pedírtelo.

—¿Cómo?

—Ese chico anunció ayer en el club, a bombo y platillo, que tú eras su próximo objetivo en la vida.

—¿Qué? Seguro que lo dijo con más delicadeza, mami.

—Siento decepcionarte, cariño.

—Dios mío —elijo Silver, compungida—. No esperarás en serio que me case con John Tom, ¿verdad?

—Lo querías mucho cuando estabais en el colegio, ¿no?

—Eso fue hace años, mamá. Ahora es tan… sumiso.

—¿Sumiso?

—Acomodaticio, digamos.

—Ah, claro, y tú lo que deseas es un semental salvaje, como ese demonio negro que estás entrenando, ¿no?

—No sé lo que quiero. Estoy un poco confusa —admitió Silver mientras miraba hacia los establos. De repente, surgió la figura de Darcy. Su modo de moverse era casi poético, ¿podría ese hombre amarla hasta hacerla perder el sentido?—. Lo he invitado a cenar, tal como me dijiste. —¿Cómo? Ah, hablas del señor Darcy. —Darcy, quiere que lo llamen Darcy —aclaró Silver intentando no sonrojarse delante de su madre. —Darcy… es un bonito nombre —dijo Agatha siguiendo la mirada de Silver hacia los establos—. Oh, Dios, tiene un trasero que quita el hipo.

—Mamá, eres demasiado mayor para mirarle el… trasero.

—Cariño, puede que sea mayor, pero no estoy muerta. Y tú, no seas mojigata. Tendría que preocuparme seriamente por ti si no reconocieras que ese hombre es toda una obra de arte. —Bien. No te preocupes. —Además —añadió su madre—, vivimos en un rancho. Aquí se puede ver el sexo en estado puro durante todo el año. Forma parte de nuestra cultura. Cuando descubras al hombre adecuado tus instintos te darán la razón.

Silver abrazó a su madre.

—No sé si me estoy comportando tontamente. La verdad es que John Tom es guapo, educado…

—Eso es cierto, Silver, pero muchos otros hombres encajan también en esa descripción. Además, incluyo a los perros, para que veas que no discrimino a nadie. Tu padre y yo queremos que seas feliz.

Silver rió al ver la seriedad con que su madre había hecho tal afirmación. Durante unos instantes no dijo nada. No quería casarse con John Tom, no quería casarse con nadie de momento. Primero había que devolver la gloria de sus mejores días al rancho Braybourne.

—Lo sé, mami. No estoy segura de saber elegir a la persona adecuada cuando llegue el momento, pero haré todo lo que sea posible para no decepcionaros.

—Cariño, te equivocas. Lo que tienes que pensar es en tu propia felicidad, no en nosotros. Recuérdalo. Bueno —añadió, cambiando de tema—, así que ese Darcy de tu alma ya sabe que cenamos a las nueve, ¿verdad?

—No es ese Darcy de mi alma, mamá.

—Es solo una forma de hablar, cielito.

Capítulo Tres

«Recuerda que eres Rick Darcy y no Darcy Kristof. Un jornalero eventual, un hombre normal y corriente. No hagas ninguna tontería». Con ese pensamiento firmemente plantado en el centro de la mente, Darcy respiró hondo y llamó a la puerta de la casa de los Braybourne, a las nueve menos cinco, exactamente. Necesitaba llevar su plan adelante, independientemente de la relación que pudiera llegar a entablar con Silver Braybourne, aunque evitó deliberadamente examinar ese detalle por el momento. Aggie abrió la puerta.

—Hola, tú debes ser Darcy. Bienvenido. Estoy encantada de que vayas a pasar una temporada con nosotros —dijo Aggie con una cálida sonrisa y tono alegre—. He oído hablar mucho de ti.

—Bueno, me temo que eso puede ser bueno o malo, dependiendo de con quién haya hablado.

—No te preocupes. Han sido todo elogios. Soy Agatha Braybourne —se presentó—. La mayoría de la gente me llama Aggie.

—Encantado, señora —dijo Darcy dejándose llevar por el encanto sureño de aquella mujer. Acto seguido, le entregó un pequeño ramo de flores que llevaba escondido detrás de la espalda.

—Qué detalle tan seductor —bromeó Aggie—. Mira, Silver, el regalo que me ha traído Darcy.

Él vio cómo Silver se acercaba al vestíbulo. Estaba diferente, más deportiva, había sustituido el traje y los tacones por unos pantalones informales de color verde salvia y una camiseta de algodón sin mangas. A los ojos de Darcy seguía resultando toda una preciosidad.

—Hola —murmuró él.

Los ojos de Silver se encendieron cuando vio el ramillete de flores que sostenía su madre.

—¿Flores? —preguntó.

—Ha sido muy amable por su parte acordarse de mí, ¿no te parece, Silver?

—Encantador —contestó ella.

—¿Por qué no lo acompañas al comedor, cariño? Yo voy a poner estas flores en agua y a ver si tu padre está listo para cenar. Por cierto, espero que te guste el pollo frito, Darcy —añadió Aggie mientras se alejaba.

—Me encanta —afirmó Darcy.

—Estas flores me suenan —dijo Silver—. Se parecen mucho a las que crecen por detrás de los establos.

—¿De veras?

—Qué poco original. Cortar unas flores para allanar el camino

hacia el corazón de mi madre —comentó Silver mientras lo conducía al comedor—. Ven, la cena ya está en la mesa.

Darcy sonrió y siguió a Silver hasta una estancia espaciosa con ventanales del suelo al techo que permitían disfrutar de una vista magnífica sobre los jardines del patio trasero de la casa. Se sorprendió al ver antigüedades de caoba y plata. Era evidente que aunque en la actualidad el rancho Braybourne estuviera atravesando por una situación financiera delicada, en algún momento había tenido un pasado glorioso. Harden entró en ese momento y se sentó a la cabecera de la mesa, tan erguido como pudiera haber estado su propio padre en una situación semejante, pensó Darcy. Aggie se sentó enfrente de él, creando un clima de agradable costumbre familiar.

—Señor —saludó Darcy. —Siéntate, hijo mío, siéntate. Darcy acercó una silla a Silver y después ocupó su asiento. Observó con deleite el despliegue de alimentos que cubría la mesa por completo.

—Todo esto tiene una pinta estupenda —dijo apreciativamente.

—Me alegro —contestó Aggie—. Harden, bendice la mesa, por favor —Inmediatamente después escogió una fuente de pollo frito y se la acercó a Darcy—. Ya hemos acabado con toda la ceremonia, así que lánzate sobre la comida y disfruta —le sugirió Aggie.

Durante los siguientes tres cuartos de hora se dedicaron a comer pollo frito, guisantes, puré de patatas y diversos tipos de pan integral, mientras mantenían una conversación ligera y sin complicaciones. Darcy gozó de la comida como si llevara tres semanas en ayunas. Finalmente, Aggie sirvió un pastel de crema coronado por una generosa dosis de chocolate rallado. Silver la seguía con una antigua cafetera de plata en la mano. Para alegría de Darcy, Aggie le hizo entrega de un plato con una enorme porción de pastel mientras Silver le servía un café fuerte y aromático en una taza de porcelana china. Darcy suspiró de satisfacción antes de hundir su tenedor en el postre. Cuando lo saboreó, puso los ojos en blanco.

—Esto está exquisito, señora Braybourne.

—Aggie.

—Aggie.

—Me gustaría aceptar el cumplido, pero lo ha hecho Silver. Es su receta especial.

—¿Especial?

—Sí —intervino Silver—. Lo llamo pastel Braybourne al whisky.

—Es el mejor dulce que he probado jamás. Yeso que he probado... —enmudeció antes de contar las especialidades de los diferentes cocineros que habían trabajado para él a lo largo de los años—. Quiero decir que es simplemente perfecto.

—¿Por qué te sorprende tanto? ¿Nadie te había dicho que soy una cocinera excepcional?

—Efectivamente —corroboró Harden—. Mi hija será una esposa perfecta...

—Papá —lo amonestó Silver con la mirada.

—Y, además, conozco al hombre perfecto —insistió él.

—Papá, por favor —suplicó Silver.

—Está tan excitado como un caballo de carreras en la línea de salida.

—Harden —terció Aggie—. Deja de bromear con Silver delante de Darcy.

—No era una broma —rugió Harden.

—Pues debería serlo —se defendió Silver.

Darcy se aclaró la garganta para cambiar de tema.

—Aggie, he visto tu jardín desde la ventana. Mi madre se moriría de envidia.

—Llevo trabajando arduamente en ese jardín desde el día en que me casé —explicó Aggie, obviamente complacida.

—Es muy hermoso.

—Silver, ¿por qué no sales un momento con Darcy y le enseñas el jardín? —solicitó Aggie. —¿Qué? No. Prefiero no hacerlo.

—Silver, no respondas así a tu madre.

—Lo siento, mami.

—Vamos, Silver —dijo Darcy para resolver la situación—. Demos un pequeño paseo para admirar las flores.

—Si no hay más remedio —contestó ella con resignación, levantándose de la mesa.

Salieron de la casa y la rodearon hasta llegar al patio trasero.

—Este es el jardín —dijo Silver con desgana abarcando con un ademán todo el entorno.

—Ya lo veo —contestó Darcy riendo entre dientes.

Estaba cayendo el sol y el jardín brillaba en silencio a punto de sumergirse en la serenidad de la noche. Darcy sintió cómo una paz inmensa se adueñaba de él. Recordó a su abuelo y los paseos que daban al anochecer por los bosques de Virginia. Lo echaba de menos.

Darcy suspiró y se sentó en uno de los bancos de piedra, invitando a Silver para que tomara asiento junto a él, pero ella no hizo caso.

—¿Me tienes miedo? —preguntó él, alargando el brazo para rozar la mano de ella. Necesitaba que lo mirara, al fin y al cabo en los libros siempre se decía que los ojos no pueden ocultar la verdad. Él necesitaba saber si ella estaba interesada en él, aunque tratara de evitarlo.

—¿Miedo de ti? Ni lo sueñes —replicó Silver apartando la mano después de haberse estremecido ligeramente por el contacto y con una mirada oscura y misteriosa de color verde hierba. Se sentó junto a él.

—Haces unos postres increíbles —dijo Darcy.

—Gracias. Me alegro de que te gustara.

—Hay muchas cosas que me gustan del rancho Braybourne —contestó él atrevidamente.

—¿Cómo qué? —preguntó Silver con labios temblorosos.

—Bueno, el sitio, el trabajo y... la gente —al tiempo que hablaba, Darcy se atrevió a acariciar el labio inferior de Silver.

—No sé que es lo que pretendes, pero...

—No pretendo nada. Solo quiero hacerte saber que yo soy un hombre y tú una mujer, que la noche es preciosa...

—Aclaremos esto ahora mismo. No estoy interesada en tener una relación contigo ni con nadie.

—Te apuesto lo que quieras a que soy capaz de hacerte cambiar de opinión —dijo él inclinándose hacia ella.

—¿Una apuesta? —dijo ella sorprendida, tratando de aniquilarlo con la mirada.

—Me gusta jugar fuerte de vez en cuando. ¿Y a ti?

—Solo apuesto cuando estoy segura de ganar.

—Igual que yo.

—Conmigo no te va a servir de nada.

—¿Me desafías? —preguntó él besándola en la punta de la nariz.

—Tener relaciones con un subordinado puede resultar conflictivo.

—Y muy divertido, también —señaló Darcy, disfrutando por primera vez en su vida de que alguien lo hubiera llamado «subordinado».

—Hay otras cosas en la vida aparte de la diversión —contestó ella.

—¿Cómo qué?

—Están el amor, el honor...

—¿Quién habla de amor? Lo que yo pido es una relación apasionada entre dos adultos sanos durante una temporada. Al fin y al cabo, yo pienso marcharme dentro de un mes.

—Razón de más para no dejarme atrapar por ti. Dedícate a cortejar a otra persona. A mí lo único que me interesa es entrenar a un campeón para volver a ganar carreras.

—Creo que podría ayudarte —aunque hacía años que no entrenaba a un caballo, siempre podría hacer una llamada telefónica al entrenador de su rancho en busca de apoyo y consejo.

—Eso sí me interesaría. Quedan solo seis semanas para la Copa Rosemont.

—Te propongo un trato: si soy capaz de ayudarte con el caballo, dejamos la puerta abierta para que yo intente conquistarte —dijo con toda la arrogancia de que fue capaz.

—Trato hecho —aceptó Silver después de haberlo pensado durante unos segundos—. Veamos de qué madera estás hecho, Rick Darcy.

Darcy tomó una de las manos de Silver, se la llevó a los labios y los presionó sobre el centro de la palma durante un instante. La miró a los ojos y descubrió que brillaban divertidos. Se inclinó sobre ella y le lamió el labio inferior.

—Ah —gimió Silver.

Eso era todo lo que Darcy necesitaba saber para seguir adelante. Lamió su labio superior y se estremeció cuando ella abrió poco a poco la boca para dejar paso a su lengua. Darcy penetró esa boca con voracidad mientras le bajaba uno de los tirantes de la camiseta para acariciarle el hombro, luego descendió la mano para cubrir con ella uno de sus voluminosos pechos y rozar ligeramente el pezón con el dedo pulgar. Silver echó la cabeza hacia atrás, se arqueó, presionó el masculino tórax con su busto enhiesto mientras rodeaba el masculino cuello con los brazos. Él la separó un poco de sí para frotarle ambos pezones por encima de la camiseta y ella soltó un pequeño sollozo de placer mientras hundía los dedos en el rizado cabello oscuro de él y atraía su cabeza para besarlo de nuevo. Darcy estaba perdiendo el sentido y, de repente, se separó de ella.

—Silver, si no paramos ahora mismo… —Ella se mantuvo en silencio durante un instante eterno—. Silver, ¿te encuentras bien?

—Sí, claro —contestó ella secamente —. No quiero seguir con este juego. Digamos que nos hemos dejado llevar por nuestras hormonas por una vez, pero no volverá a repetirse.

—¿Por qué no? —preguntó Darcy con el ceño fruncido. No estaba acostumbrado a sufrir el rechazo de una mujer.

—Quiero olvidarlo.

—No podrás. Cada vez que me veas recordarás haber estado gimiendo de placer entre mis brazos.

—Cariño, no me cabe duda de que eres un buen amante y… bueno, si no te hubieras detenido estoy segura de que lo habría pasado bien. Pero te detuviste y eso me ha permitido recobrar la cordura. Has perdido la apuesta, Darcy. Has intentado conquistarme, pero te has quedado a medias. Eso es todo. Y, ahora, lo mejor es que los dos olvidemos este incidente.

—No pienso darme por vencido, Silver —le advirtió Darcy exasperado mientras giraba en redondo para dirigirse hacia los establos.

Silver no pudo dormir en toda la noche, aunque tratara de evitarlo deseaba sentir el peso del cuerpo de Darcy sobre el suyo. A las cuatro de la mañana, una hora antes del amanecer, se levantó y se dirigió hacia los establos. La ventana de Darcy estaba a oscuras. «Pues claro, idiota», se dijo. «Está durmiendo tranquilamente, igual que deberías estar haciendo tú». Se lamió los labios y pensó de nuevo en Darcy. Ese hombre era tan salvaje como un semental y, al parecer, no tenía reparos en saltarse a la torera todas las reglas básicas de la buena educación. Se preguntó si dormiría desnudo. Bostezó, pero no podía volverse a la cama, estaba demasiado excitada, así que decidió empezar la jornada de trabajo. Intentó no hacer ruido al abrir la puerta del establo y entró. Se deslizó con ligereza y aplomo hasta alcanzar el compartimiento de Lucky Hand, que estaba al lado del dormitorio de Darcy. Tomó las riendas que estaban colgadas en un gancho.

—Hola, amigo, ¿cómo estás? —le susurró al caballo—. Venga, precioso, salúdame. Se qué tienes el temperamento de un campeón.

—Yo no contaría con ello a priori. —La voz de Darcy la sorprendió de tal manera que se giró espontáneamente golpeando la grupa del caballo. El semental le dio un empujón, malhumorado y nervioso—. Maldita sea, ten más cuidado —dijo Darcy abriendo la puerta del establo para agarrar a Silver y alejarla del peligro. Ella soltó un hondo suspiro de alivio cuando él la atrajo hacia sí, pero se resistió con todas sus fuerzas a admitir la ayuda de un hombre. Ella se bastaba por sí sola.

—Mi único motivo de preocupación eres tú —puntualizó ella al recobrar el aliento.

—No lo creo. Es mucho peor caer debajo de los seiscientos kilos de un caballo inquieto.

—Lucky Hand no estaba inquieto. La situación estaba totalmente bajo control. Ese caballo y yo nos conocemos muy bien, jamás me haría ningún daño.

—Lo creeré cuando lo vea con mis propios ojos.

—Escucha, hay varías cosas que quiero dejar claras contigo y una de ellas es que no pienso dejarme manejar por un hombre. Si te necesito para algo, ya te avisaré.

—¿A qué tipo de necesidades te refieres, cariño? —bromeó él.

—Eres un egoísta inmaduro y maleducado. Te prohíbo que te burles de mí mientras trabajes en mi rancho.

—De acuerdo —aceptó él con una sonrisa—. Sé apreciar en lo que vale a una mujer valiente y emprendedora.

—No intentes engatusarme con tu encanto personal.

—Ah, ¿consideras que tengo encanto? —Supongo que la mayoría de la gente diría que sí.

—Tú, entre ellos —le recordó Darcy—. Parece que tu caballo ya se ha calmado, pero me preocupas tú. ¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó él, solícito, recorriendo sus tenues ojeras con la punta de un dedo—. Pareces cansada. —No he podido dormir.

—Qué gracia, yo tampoco. ¿No hay la menor posibilidad de que hayas estado pensando en mí? —Ninguna.

—Yo no he tenido tanta suerte. Cada vez que cerraba los ojos me encontraba contigo en el pensamiento —dijo él bajando el dedo por la nariz de ella hasta acariciar sus labios.

—Preferiría no saberlo —contestó ella dispuesta a eludir la provocación sexual de sus palabras y sus caricias.

—He pasado toda la noche recordando nuestro abrazo en el jardín —explicó él rodeándola con los brazos.

—¿Eres siempre tan primitivo con las mujeres? —preguntó ella, desasiéndose. —Sí.

—Conmigo no te va a funcionar. —Eso está por ver —la avisó, inmovilizándola contra la pared.

—Si no me sueltas ahora mismo, voy a darte un rodillazo en la entrepierna —lo amenazó.

—Eso me interesa —contestó él agarrando sus nalgas con fuerza y atrayéndola hacia sí para que ella pudiera sentir la presión de su excitación contra su sexo—. En esta posición no creo que seas capaz de poner en práctica tu amenaza. Estoy fuera de peligro.

—Fuera de peligro, ¿eh? —ella sabía que seguirle el juego era una tontería, pero había algo en ese hombre que despertaba sus instintos más primitivos—. Entonces quizá haya llegado la hora de cambiar de actitud —Silver presionó sus labios contra los de él, a sabiendas de que jugaba con fuego, pero sin poder resistirse.

Él abrió la boca con apremio y sus lenguas se tocaron en la punta y luego se entrelazaron disfrutando del húmedo y libidinoso contacto. El cuerpo de Silver se inundó de calor y sintió cómo su corazón golpeaba furiosamente contra su pecho. Sabía que había sucumbido a la emoción en contra de toda sensatez, pero era imposible rechazar a un hombre que sabía internarse directamente hasta lo más profundo de su sistema nervioso y soltar una descarga eléctrica. Excitada, acarició el desnudo torso de Darcy mientras este la levantaba en brazos, abría la puerta de la oficina y la metía dentro, para volver a sujetarla contra una pared. Los ojos verdes de Silver brillaban radiantes, su sexo estaba empapado y su cuerpo se estremecía ligeramente cada pocos segundos. Atendiendo a un súbito impulso levantó las piernas y rodeó

con ellas las caderas de Darcy, en una postura de auténtica entrega. Darcy la besó de nuevo. Había conocido todo tipo de mujeres, pero ella era diferente. Jamás había sentido esa mezcla de excitación y ternura. Se apoderó de él un sentimiento extraño, que nunca había experimentado en sus relaciones anteriores: pensó en el honor. Su honor no le permitía seguir jugando con Silver, al fin y al cabo solo iba a estar en el rancho durante un mes. No podía prometerle amor eterno.

—Silver… —susurró él forzándola gentilmente a ponerse en pie.

—Lo sé —dijo ella con calma—. Soy una mujer práctica. No espero nada de ti en el futuro, pero me gusta resolver los problemas cuando se presentan. Si existe una atracción sexual entre nosotros, lo mejor es que le demos rienda suelta para tranquilizarnos y poder pensar en otras cosas más importantes. ¿Qué opinas?

—Si eso es lo que quieres… —contestó él agarrando de nuevo sus nalgas y presionando su cuerpo contra él. El sexo puro y sin complicaciones que ella le proponía le hizo abandonar sus intenciones honorables. Al parecer, Silver solo era una niña mimada acostumbrada a conseguir inmediatamente lo que deseaba, sin pensar ni en el amor ni en el compromiso.

—Sí. Quiero exorcizar nuestro hechizo, como si fuéramos una yegua y un semental. Un buen momento sobre el heno y nada más.

—Lo del heno habrá que dejarlo para otra ocasión, porque ahora estamos en la oficina.

—No habrá otra ocasión. Vamos a librarnos de esta pesadilla de una vez por todas.

—En ese caso, no perdamos más tiempo —dijo él tumbándola sobre una enorme mesa de cedro. Apretó sus pechos y luego bajó las manos hasta la entrepierna de ella para acariciar ese valle.

—Hum, más —susurró ella arqueándose.

Él besó su garganta antes de quitarle la ropa. Sus pechos eran redondos, grandes, firmes y turgentes. Su cuerpo, el de una diosa. Lamió y pellizcó sus pezones y ella respondió rotando las caderas y presionándolas sobre su erección. Silver hundió los dedos en el cabello de Darcy y dejó que sus manos resbalaran por su cuerpo hasta alcanzar el primer botón de sus vaqueros, lo abrió e introdujo una mano para acariciar su virilidad. Él gimió.

De pronto, se oyó un estruendo en el exterior. A Silver se le heló la sangre en las venas.

—Parecen las puertas del establo —dijo Darcy, volviendo a la realidad.

—Venga, Tater, tráelo hasta aquí —aulló Harden Braybourne.

Silver consultó el reloj: las cinco de la mañana. Había empezado la jornada laboral en el rancho.

—Dios mío, no pueden encontrarme aquí desnuda y contigo —dijo ella vistiéndose rápidamente—. Voy a saltar por la ventana.

Capítulo Cuatro

Silver evitó cuidadosamente aplastar el seto de caléndulas que su madre había plantado debajo de la ventana. El siguiente problema era lograr que su rostro adoptara una expresión normal que no delatara su travesura sexual delante de los demás. Se veía capaz de mirar a su padre o incluso a Tater, pero... ¿qué pasaría cuando volviera a encontrarse con Darcy en presencia de otras personas? Se sonrojó. No sentía vergüenza por la experiencia que había compartido con él. Después de todo, su madre tenía razón, la gente que vivía en un rancho estaba acostumbrada a ver animales en celo todos los días, acoplándose y cumpliendo urgentemente con sus instintos carnales más básicos. Ese simple pensamiento le aceleró el corazón, sintió cómo su cuerpo se humedecía ligeramente entre los muslos mientras sus caderas se estremecían involuntariamente. Dios santo, estaba lista de nuevo para que un hombre la tomara. Pero no cualquier hombre... tenía que ser Darcy. El torrente de virilidad que emanaba de ese hombre la tenía cautivada. Sin embargo, no podía dejarse llevar por las emociones, no quería que Darcy fuera consciente del poder que tenía sobre ella y, además, tenía mucho trabajo. Observó cómo la mañana se llenaba de color a medida que se alzaba el sol en el horizonte. Rodeó los establos y llegó hasta la puerta de entrada, donde se encontró con la mirada inquisitiva de Tater. ¿La habría visto saltar por la ventana? Esperó que no.

—¿Qué pasa, Silver? —preguntó Tater—. Tienes la misma mirada de culpabilidad que aquel día en que te llevaste todas las botas de montar de tu padre a una subasta pública.

—Eso te lo acabas de inventar, Tater —dijo acercándose a él con cierta precaución—. Si hubiera sido verdad, mi padre me hubiera dado una buena tunda de azotes.

—No lo hizo porque jamás llegó a enterarse. Me traje las botas de vuelta antes de que se acabara la subasta. ¿Y bien, qué pasa?

Silver agradeció las palabras de Tater. Siempre había estado dispuesto a rescatarla cuando se metía en un lío. Más que un empleado, se comportaba como un tío abuelo, con todo el cariño que ello llevaba consigo. Al fin y al cabo, la familia O'Neill había estado vinculada a la familia Braybourne desde que se fundó el rancho. Sin embargo, tenía que darle una respuesta convincente si quería evitar que él intuyera la verdad.

—No es culpabilidad, Tater. Es la mirada que tengo cuando pienso. Estaba pensando en Lucky Hand, quiero ganar la Copa Rosemont.

—¿Estás loca? Nunca he visto a un caballo tan asilvestrado.

—Eso es consecuencia de un mal adiestramiento a edad temprana. Pero estoy haciendo muchos progresos y ya corre muy bien.

—Sí, pero un caballo ganador tiene que correr bien cuando su jinete se lo pida, no cuando a él le parezca oportuno —advirtió Tater.

—Vamos a verlo, ya verás como me obedece —dijo Silver entrando en los establos con Tater—. Darcy seguía allí, con el torso desnudo, charlando y bromeando amigablemente con su padre sin mostrar el menor atisbo de nerviosismo.

—Hola, preciosa. ¿Vienes a prepararme el café? —preguntó Harden.

—Eres desesperante, papá. Puedes hacerte el café tú mismo —dijo Silver para que su puesto en el rancho no quedara reducido al de una simple criada ante los ojos de Darcy.

—Claro que sí, pero el tuyo sabe mucho mejor —contestó su padre de buen humor.

—No intentes engañarme con tus piropos. Puede que te sirva de algo con mamá, pero no conmigo.

—Demonios, tu madre tampoco me hace el menor caso, ya lo sabes —se quejó Harden.

—Eso pasa con todas las mujeres —terció Darcy—. Siempre nos llevan la contraria para que perdamos la calma y quedemos a su merced.

—Es verdad, hijo, es verdad. —Nadie te ha pedido tu opinión, Darcy —le espetó Silver directamente a la cara.

—Debes tener cuidado, muchacho, mi hija se convierte en un barril de pólvora con la mecha encendida cuando pierde los estribos.

—No lo dudo —dijo Darcy mirándola con intensidad. Silver se quedó boquiabierta al ver la amplia sonrisa de complicidad sexual con que fue obsequiada. Cualquiera que estuviera presente podría darse cuenta de su significado. Deseó matarlo.

—¿La nueva moda de los capataces consiste en llevar el torso desnudo? —preguntó para distraer la atención de su padre.

—Darcy oyó un ruido extraño y salió a investigar. Puede haber sido ese mapache que nos visita de vez en cuando… —se adelantó su padre a explicar.

—¿El mapache? —preguntó Tater con suspicacia mirando primero a Darcy y luego a Silver. Darcy se sonrojó ligeramente y fijó la vista sobre Harden con el fin de evitar la advertencia que reflejaban los ojos de Tater. Evidentemente, el anciano había atesorado un gran conocimiento sobre la vida y sospechaba algo. Sin embargo parecía dispuesto a dejar que Silver se divirtiera, siempre que nadie hiriera sus sentimientos. Era natural que se produjera una corriente de atracción

entre dos jóvenes lozanos.

—Si me perdonan, voy a vestirme —dijo Darcy aprovechando el momento de silencio.

—Yo iré a hacer el café, papá —anunció Silver entrando en la oficina.

—Te acompaño. Quiero hablar contigo. Acabo de estar con Tater en el rancho de los Thomas y, créeme, nunca he visto a un hombre tan enamorado como John Tom. Estaba fuera de sus cabales.

—Se me ocurre que podría ir al médico para ver si existe un antídoto —bromeó Silver antes de alzar la barbilla con determinación —. Escucha, papá, John Tom Thomas no me interesa. Espero que lo entiendas. —Aunque el día anterior hubiera tenido sus dudas sobre John Tom, Darcy las había despejado por completo esa mañana. Ella necesitaba un hombre que pudiera hacerla temblar de arriba abajo.

—A mí sí me parece una buena idea —insistió su padre.

—No lo es —contestó ella secamente.

—Solo quiero lo mejor para ti, corazón.

—Lo sé, pero en este asunto no estamos de acuerdo. ¿Tú qué opinas, Tater?

—Bueno, no es asunto mío —dijo Tater, mirando intencionadamente hacia la habitación de Darcy—, pero creo que podríais hacer una buena pareja.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo.

Tater se encogió de hombros y salió al exterior para empezar a descargar un camión de heno.

—Sé que pones toda tu buena intención, papi, pero no puedes contar con que todo el mundo haga lo que tú quieras —dijo Silver.

—El mundo se ve de forma diferente cuando se cumplen tantos años como yo tengo —contestó su padre—, los jóvenes pensáis más en la aventura y la diversión, pero los mayores nos preocupamos por la estabilidad familiar y por dejar una herencia saneada.

—Lo entiendo, pero no sé por qué quieres que me case con John Tom. Podemos salir adelante nosotros solos, como siempre hemos hecho —repuso Silver a modo de conclusión—. Estaré con Lucky Hand si me necesitas para algo —añadió adentrándose en los establos.

Darcy había desaparecido y Tater también, por lo que Silver pudo disfrutar de unos momentos de soledad junto a sus queridos animales. Se acercó a Lucky Hand, que sacó la cabeza por encima del portón y resopló para llamar su atención. Ella sonrió. Todo volvía a ser como antes de que llegara Darcy. Ese caballo negro era el rey de la cuadra y ella solo su más humilde servidora. Se puso manos a la obra, había que reponer el forraje y rellenar la pila de agua. Mientras el caballo

masticaba con fruición, ella tomó un rastrillo para adecentar el establo. Después, se deleitó cepillando a conciencia el pelaje negro de su caballo favorito hasta que brilló como el ébano. Darcy y Tater estaban descargando el camión de heno, pero no les prestó atención. Había logrado concentrarse en el trabajo, aunque algo dentro de ella le decía que Darcy volvería a aparecer de un momento a otro.

—¿Tienes hambre? Te he traído una taza de café y una galleta. He pensado que necesitarías reponer fuerzas después de la intensa actividad de esta mañana —dijo Darcy apareciendo de pronto sin hacer ruido y confirmando así la intuición de Silver—. Este caballo es precioso.

Ella soltó el cepillo y tomó la taza de café y la galleta. No cabía duda de que el hombre era perseverante.

—Sí, eso mismo pienso yo y creo que él lo sabe.

—En efecto, parece haber un montón de hormonas masculinas por esta zona —bromeó él.

—Darcy, no empieces de nuevo. Te dije que no habría una segunda oportunidad...

Él puso un dedo sobre sus labios para silenciarla y se acercó tanto que ella pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo.

—No pienses que la cosa se acaba aquí, Silver, eso es imposible. Mi boca rezuma tu sabor, tu olor me invade y mis dedos aún sienten el tacto de tu piel. Habrá una segunda vez y una tercera, así que mejor será que te acostumbres a la idea.

—Eres demasiado arrogante, teniendo en cuenta que acabas de llegar y que solo vas a estar aquí durante un mes.

—Creo que tengo derecho a presumir un poco. Después de todo, no puedes negar que esta mañana te has derretido entre mis brazos.

—No hablo de tu potencial sexual, sino de ti. No tengo la menor idea de quién eres ni de qué haces aquí. Por algún motivo desconocido sospecho que estás fuera de lugar. No puedo confiar en ti plenamente.

—Si no confiaras no me dejarías acercarme a ti. —Es solo deseo carnal, nada más. Él no contestó, pero la miró de tal manera que ella se sintió tocada en el alma. Era cierto que no confiaba en él al cien por cien, pero sí lo suficiente como para hacer el amor con pasión y entrega. Era un hombre contradictorio: educado y buen conversador, con unas manos fuertes, pero bien cuidadas. Y sin embargo, trabajaba en el campo y, por lo visto, le gustaba cambiar de empleo cada dos por tres. Su estilo de vida la fascinaba pero, no obstante, rechazó firmemente la posibilidad de abandonarse a sus instintos.

—Además, ya he tomado una decisión. No volverá a suceder —añadió Silver.

—En realidad no ha sucedido todavía, ¿no? —preguntó él con una ternura sorprendente—. ¿No te parece que deberíamos terminar lo que hemos empezado? —ella no pudo evitar la corriente de placer que recorrió su espina dorsal—. ¿Estás preparada para vivir una aventura amorosa?

—¿Qué?

—Vamos, Silver, a ti también te gusta jugar fuerte. Hagamos otra apuesta —propuso él acariciando su labio inferior—. Apuesto a que soy capaz de hacerte cambiar de opinión con respecto a hacer el amor conmigo en un plazo máximo de una semana.

—De acuerdo —aceptó Silver con imprudencia temeraria, pero firmemente decidida a resistirse a ese hombre y darle una auténtica lección de control emocional—. Y ahora, si me disculpas, tengo que llevar a Lucky Hand al picadero. Hoy vamos con cierto retraso y, como sabes, lo más importante en el entrenamiento de un caballo es...

—La disciplina, lo sé —la interrumpió Darcy—. Yo tengo que hacer un par de cosas en el rancho, pero luego me reuniré contigo en el picadero.

—No es necesario, me basto yo sola —le contestó Silver secamente.

—Anoche aceptaste que te ayudara a entrenarlo. Además, me muero de ganas por verlo en acción para comprobar si tiene de verdad madera de campeón.

—La tiene. Es necesario que la tenga. He puesto todas mis esperanzas en él. Para mí representa el comienzo de la recuperación del rancho Braybourne.

—Confías demasiado en ese caballo, ¿no? —contestó él con una mirada escéptica.

—No lo entiendes. Él es un buen caballo y para mí es un gran honor poder dedicar todo mi esfuerzo a devolver a este rancho sus mejores momentos de gloria.

—En ese caso espero que me dejes ayudarte. Admiro a la gente que se compromete por entero para alcanzar una meta.

Ella lo miró con precaución, pero sus palabras sonaban sinceras y había un destello de verdadero interés en sus ojos. Silver no deseaba compartir a Lucky Hand, sin embargo era consciente de que solo quedaban seis semanas para la Copa Rosemont, así que un poco de ayuda no le iría mal.

—De acuerdo, pero que quede claro que las decisiones las tomo yo.

—Dalo por hecho. El caballo es tuyo —afirmó él alejándose para atender otros asuntos.

Lucky Hand la sacó de su ensoñación golpeando suavemente su hombro desnudo con el hocico. Los pensamientos de Silver se habían

quedado prendidos en la imagen de Darcy mientras este abandonaba los establos majestuosamente. ¿Cómo podía comportarse con tal aplomo? Al fin y al cabo, solo era un simple jornalero eventual que había tenido la suerte de encontrar un trabajo como capataz en el rancho Braybourne. Sin embargo, resplandecía en él un aura de misterio que formaba parte de su inmenso atractivo.

—De acuerdo, de acuerdo, precioso, pongámonos en marcha —dijo mientras acariciaba la grupa del caballo y recobraba la cordura. Llevó el caballo hasta el picadero y empezó su dura sesión matinal de entrenamiento.

Mientras descargaba el heno, Darcy se preguntó si la inquietud que lo había llevado a buscar una aventura no tendría que ver con la necesidad de comprometerse visceralmente con un proyecto de vida, como hacía Silver, en vez de limitarse a disfrutar de manera indolente de las ventajas materiales de ser un rico heredero.

Silver lo miró de reojo durante una fracción de segundo cuando él llegó al picadero. Sabiendo que nada debía distraer a Lucky Hand, Darcy la saludó con una ligera inclinación de cabeza y se dispuso a observarla detenidamente. Sin duda, esa mujer sabía lo que se traía entre manos: era paciente, pero su voz de aliento contenía la cantidad precisa de autoridad como para hacerse obedecer sin ofender al caballo. Luego miró a Lucky Hand y se quedó sorprendido al notar que el animal le resultaba extraordinariamente familiar. El semental negro aunaba belleza, equilibrio y simetría, y corría alerta con la cabeza alzada y las orejas en movimiento. ¿De dónde lo había sacado Silver? No lo recordaba. Sin embargo, podría jurar que conocía a ese caballo.

Silver ralentizó el paso de Lucky Hand progresivamente y, cuando finalmente se detuvieron, Darcy saltó la valla y se unió a ellos.

—¿Por qué lo entrenas como si fuera un principiante? —preguntó él.

—No he tenido más remedio. Cuando llegó aquí no respondía a las riendas ni respetaba las señales del jinete —contestó Silver respirando profundamente—. He tenido que corregir sus malos hábitos.

—Ya, entiendo. Es una buena idea.

—Gracias, pero no necesito tu aprobación.

—Lo siento, no pretendía ofenderte.

—Yo también lo siento, estoy demasiado susceptible. Nadie parece creer en el potencial de este caballo, pero yo sé que solo necesita cuidados y entrenamiento.

—Mi entrenador te daría la razón. Siempre dice que...

—¿Tu entrenador?

—Bueno, me refiero al entrenador del rancho donde trabajaba

antes —rectificó Darcy, mordiéndose la lengua. Debía tener más cuidado si no quería verse descubierto—. Siempre decía que si el caballo tenía espíritu ganador, el entrenamiento haría el resto.

—Yo sé que lo tiene, pero mi padre no me cree y Tater dice que estoy loca si pretendo ganar la Copa Rosemont.

—¿Y... esa es tu meta?

—Tan seguro como que soy rubia platino de nacimiento.

—¿Rubia platino de nacimiento? Eso no se ve todos los días.

—Pues mírame bien —contestó ella fríamente.

—No creo que sea suficiente con mirarte, creo que debería explorarte un poco más.

—Estás obsesionado, Darcy.

—Simple deseo. Por cierto, ¿de dónde has sacado el caballo?

—Mi padre lo ganó jugando al póquer.

—¿Qué? Estás de broma —repuso él estupefacto.

—No. Al parecer, tenía malas cartas, pero puso en práctica la mirada de farol de los Braybourne. Es infalible, aunque solo la usamos en ocasiones desesperadas —dijo ella pestañeando con una expresión de inocencia tal que Darcy se quedó desarmado—. Estaba jugando con unos amigos y de repente se les unió un desconocido que lo perdió todo inmediatamente y, finalmente, apostó el caballo. Mi padre ganó esa última mano y el desconocido desapareció sin dejar rastro. A la mañana siguiente se encontró al caballo atado a su camioneta. Eso es todo.

—Al menos ese desconocido era lo suficientemente honrado como para pagar sus deudas.

—Sí, mi padre estaba muy contento hasta que descubrió que el caballo tenía problemas de disciplina. Por eso nadie cree en él, pero yo estoy dispuesta a entrenarlo adecuadamente para convertirlo en un auténtico campeón, aunque aún no he tenido tiempo de rastrear su linaje. El pedigrí es fundamental para venderlo a buen precio como semental, si finalmente se convierte en un caballo ganador. Solo sé que el desconocido mencionó que había nacido en Virginia.

—¿En Virginia? —preguntó Darcy sopesando la información. Volvió a examinar al caballo, él le devolvió la mirada y una idea descabellada se abrió paso en su mente. Estaba seguro de que era uno de los potros de Take a Chance y Mistress Mine—. ¿Qué edad tiene?

—Creo que unos tres años.

El dato coincidía perfectamente con los cálculos de Darcy. Si su intuición resultaba certera, Lucky Hand habría heredado la arrogancia y el temperamento de sus progenitores.

—Entonces, ¿qué pasó cuando llegó al rancho? —dijo Darcy para

romper el silencio.

—Que me enamoré de él. En seguida supe que su comportamiento insumiso se debía a que había sido maltratado y tenía miedo. Lo miré a los ojos y descubrí lo que llevaba tiempo buscando: tenía orgullo y madera de campeón. Por eso decidí entrenarlo y, a duras penas, obtuve el permiso de mi padre, pero, ya sabes, en realidad nadie cree en nosotros.

—Solo quedan seis semanas para que se celebre la Copa Rosemont, es poco tiempo —señaló Darcy.

—Lo sé, pero estamos progresando muy rápidamente. Ha tardado más de un mes en conocerme y confiar en mí, pero desde hace quince días consigo que me obedezca sin trabas. Además, estoy segura de que quiere competir, tiene el espíritu necesario para ganar una carrera o, al menos, eso espero. El futuro del rancho depende de que podamos solventar nuestro déficit financiero lo antes posible.

—Sí, tu padre y Tater ya me han comentado que estáis atravesando una situación un poco difícil —dijo él comprensivamente—. Pero... poner todas tus esperanzas en Lucky Hand es muy arriesgado, ¿no?

—No puedo ayudar de otra manera. Además, ¿no estabas tan convencido de que me gustaba apostar fuerte? Aquí tienes la prueba.

—Sí, pero es mejor apostar cuando tienes muchas posibilidades de ganar. A lo mejor hay otra forma de conseguir dinero con mayor facilidad...

—Ah, ¿sí? ¿Y... qué es lo que sugieres?

—Sylvia, Sylvia —aulló una voz masculina interrumpiendo la conversación.

—Dios mío, es John Tom —gimió Silver.

Darcy volvió la cabeza y vio a un hombre alto y rubio que se acercaba con paso lento pero decidido, acompañado por Harden.

—¿Es tu pretendiente? No parece muy seductor.

—No lo es. Es un hombre muy corriente, si hacemos caso omiso de que no es nada feo, del dinero que tiene, de sus contactos, de su posición social...

—Vaya, parece que es la respuesta a todas las plegarias de cualquier mujer.

—John Tom es la respuesta a las plegarias de muchas mujeres, pero, desgraciadamente, yo no me cuento entre ellas.

Capítulo Cinco

John Tom Thomas se acercó con la despreocupación típica de una persona que no sabía que iba a meterse de lleno en arenas movedizas. Se plantó delante de Silver convencido de ser el hombre más deseable sobre la superficie terrestre. Harden llegó detrás de él.

—Bien, bien, Silver, mira quién ha venido a verte —dijo Harden con tono esperanzado y cautela en la mirada.

—Hola, Sylvia —dijo John Tom—. Iba inmaculadamente vestido y su sonrisa era radiante. Sin embargo, a los oídos de Darcy, la voz sonaba demasiado empalagosa.

Silver abrió la boca para contestar al saludo en tono desabrido, pero se detuvo al ver la mirada suplicante de su padre y suspiró.

—¿Desde cuando nos conocemos, John Tom?

—¿Desde la escuela infantil?

—Exacto. ¿Y... desde cuándo llevo pidiéndote que me llames Silver?

—Me gusta llamarte Sylvia —dijo John Tom con una sonrisa—. Es un nombre precioso. Además es el segundo nombre de mi madre y a ella le encanta.

—¿Sabes lo que te digo? —dijo ella poniéndose en jarras—. No... —Harden tosió ruidosamente para impedir que Silver pudiera completar su frase, tomó del brazo a John Tom y juntos se acercaron a Lucky Hand.

Darcy no puedo evitar reírse, aunque lo hizo tan bajo que se sorprendió de que Silver se volviera hacia él hecha una furia.

—No me culpes de tu enfado —dijo él señalando con un dedo al visitante. Por un momento pensó que Silver iba a estallar, pero la había subestimado. Luchó consigo misma durante unos instantes y cuando recobró el control se volvió hacia los dos hombres, que conversaban amigablemente sobre la belleza equina.

—No importa su apariencia, John Tom. Lo que importa...

—Estoy de acuerdo —lo interrumpió John Tom intempestivamente.

Darcy se adelantó un paso al ver cómo caían las orejas del caballo. No tendría ninguna gracia que Lucky Hand le diera un mordisco a un vecino, por muy empalagosa que fuera su voz. Pero Silver ya se había acercado al caballo y le frotaba la grupa suavemente para que se calmara.

—Lo que no sé es cómo no lo habéis vendido ya... —continuó John Tom sin percatarse del peligro.

—Calla un momento, John Tom —le advirtió Silver—. Vas a

asustarlo.

—No digas tonterías, Sylvia. He estado toda la vida rodeado de caballos y sé perfectamente cómo manejarlos.

—Es cierto, Silv..., ejem, Sylvia —corroboró su padre—. John Tom posee uno de los mejores ranchos del estado.

—Felicidades —dijo Darcy, intuyendo que era su turno para intervenir, en vez de quedarse aparte como un don nadie—. Hay tantos ranchos ecuestres en Kentucky que poseer uno de los mejores debe ser razón de orgullo.

—John Tom —dijo Harden inmediatamente—. Te presento a Rick Darcy, va a trabajar con nosotros durante una temporada.

—Ah, ¿sí? —contestó él dirigiendo a Darcy una penetrante mirada —. ¿En calidad de... qué?

Darcy estuvo a punto de responderle que en calidad de semental humano, pero contuvo su lengua consciente de que Silver se lo haría pagar muy caro.

—Va a ayudarnos a coordinar todas las actividades del rancho — explicó Harden.

—Eso es estupendo, Harden. De esa manera Sylvia podrá disponer de más tiempo libre. —En absoluto —dijo Silver.

—Bueno, Sylvia, puesto que siempre me pones la excusa de que tienes que hacer esto o supervisar lo otro, imagino que disponer de un capataz aliviará mucho tu carga de trabajo.

—No es el caso.

—Gracias por el cumplido —dijo Darcy riendo entre dientes.

—Silver, no es necesario que seas tan maleducada.

—No soy maleducada, papá, soy sincera. Ya sabes que no estoy de acuerdo con la idea de contratar a un capataz.

Las miradas de Silver y Darcy se encontraron en pleno desafío.

—Sylvia —dijo John Tom en tono sensato—, seguro que hay cosas más importantes que puedes hacer, como...

—¿Cómo? —inquirió ella entornando los ojos.

—Como ocuparte de la organización del baile de otoño, por ejemplo. Mi hermana pertenece al comité de presidencia y ayer mismo estuvo alabando tu buen gusto y dijo que estaría encantada de poder contar contigo.

—Tengo otros compromisos —dijo Silver sin entusiasmo.

—¿Qué compromisos? —preguntó Harden lanzando una clara indirecta.

—Ninguno que pueda interesarte, papá.

—Si te refieres a que tienes que ayudar a tu madre, no creo que ella tenga inconveniente en que salgas de vez en cuando —insinuó

Harden plantándose con aplomo delante de ella.

—Ni lo sueñes, hay cosas que solo puedo hacer yo —contestó ella igual de tozuda.

—¿A qué te retires? —preguntó Harden alzando la barbilla con determinación.

—Siento haber creado un problema, yo... —dijo John Tom atribulado.

—Creo que Silver se refiere a que tiene que entrenar a Lucky Hand para la carrera —intervino Darcy antes de que la relación entre padre e hija se tornara insoportable.

—¿Qué carrera?

—La Copa Rosemont —contestó Silver con desenvoltura.

—¡Silver! ¿Estás mal de la cabeza, o qué? ¡La Copa Rosemont...! —la riñó su padre atónito y con los ojos saliéndose de las órbitas.

—Lucky Hand va a ganar esa Copa —anunció Silver como si tal cosa abrazando el cuello del caballo—. Lo sé.

Darcy admiró su fuerza de voluntad, su perseverancia y su presencia de ánimo ante las dificultades. Esa forma de ser lo tenía impresionado hasta el punto de plantearse si debería emprender una renovación de su propia personalidad, incluyendo esos nuevos ingredientes.

—Bien, escúchame, Silver Braybourne... —No, papá. Sé lo que vas a decir y no quiero oírlo. Y, además, no quiero que Lucky Hand se sienta insultado, su ego es aún muy frágil —puntualizó acariciando al caballo.

—¡Por Dios! Es solo un caballo. —Pero tiene sentimientos. Interpreta el tono de nuestras voces y sabe cuándo estamos hablando bien o mal de él.

—Sylvia, Sylvia —dijo John Tom moviendo la cabeza con un gesto que pretendía expresar el colmo de la paciencia—. No sé cómo has llegado a ese convencimiento, pero la verdad es que los animales no son inteligentes...

—Mantente al margen, John Tom —dijo Silver, desafiante.

—Escucha, jovencita, creo que te mereces unos buenos azotes —la amenazó Harden fuera de sí. Silver y Harden se miraban furiosos y combativos.

Darcy sonrió y se sonrojó ligeramente. La idea de ver a Silver boca abajo sobre las rodillas de su padre, recibiendo unos azotes, era de lo más grotesca.

—Harden, por favor, cálmate —intervino John Tom con la energía suficiente como para interponerse entre padre e hija—. Ya sabes que tu hija tiene un gran sentido del humor. Estoy seguro que no tenía la

intención de faltarme al respeto. ¿A que no, Sylvia?

—Te equivocas.

—Siempre de broma —rió John Tom, pasando un brazo alrededor de los hombros de Silver y dándole un buen apretujón—. Y qué temperamento, es digno de admiración.

Capturada por John Tom, Silver miró a su alrededor en busca de ayuda y tropezó con los ojos de Darcy. Este advirtió la súplica que contenía esa mirada: decía «sácame de aquí antes de que me muera». La caballerosidad de Darcy no le permitía ignorar el ruego de una mujer en apuros. Además, no le gustaba el modo con que John Tom la abrazaba, como si fuera una propiedad privada.

—Hablando de temperamento, Harden —dijo Darcy—, es verdad que este caballo lo tiene por toneladas, pero creo que puede superarlo con un buen entrenamiento. Creo que Silver tiene derecho a...

—Perdóneme —se anticipó John Tom antes de que Harden pudiera articular palabra—, pero si no me equivoco usted lleva aquí menos de veinticuatro horas, ¿no?

Darcy sintió cómo John Tom lo estudiaba con detenimiento para decidir si era un rival o solo un trabajador eventual.

—A veces basta un solo día para tomar una decisión —dijo Darcy manteniéndose de espaldas a Harden a propósito, para evitar que viera la intensa mirada que dirigió a Silver.

—Especialmente cuando crees que es posible alcanzar la meta —corroboró Silver, reaccionando inmediatamente ante la desfachatez de Darcy, con una mirada sorprendida y agradecida a partes iguales.

—Nada es imposible, solo hay que dedicar la energía y el trabajo necesarios —remató Darcy con voz grave y cadenciosa, observando cómo John Tom se desinflaba hasta parecer un muñeco de trapo, con la batalla perdida.

—Ese caballo no tiene ninguna posibilidad de ganar nada —dijo Harden—. Su anterior propietario me contó que había probado con todas las técnicas de entrenamiento posibles y que jamás había conseguido que corriera porque tenía demasiado temperamento, así que al final...

Silver se libró del abrazo de John Tom y plantó cara a su padre de nuevo.

—Quizá era un mal entrenador.

—Es posible —dijo su padre dándole inesperadamente la razón—. No hablaba como un auténtico entrenador. Ni siquiera sé cómo consiguió el caballo. Dijo que se lo habían dado para pagarle un favor, pero no dio más detalles.

—Algunas personas ven a un pura sangre y piensan

inmediatamente en ganar un buen montón de dinero. No son conscientes del inmenso trabajo que hay detrás de cualquier campeón —dijo Darcy. El misterio sobre el origen de Lucky Hand era aún mayor. Tendría que hacer algunas averiguaciones.

—Y se supone que usted sí sabe cómo entrenar a un caballo, ¿no? —preguntó John Tom enarcando una ceja, ya repuesto.

—Eso creo —dijo Darcy, manteniendo la calma ante el insulto implícito en las palabras de su rival.

—Yeso... ¿por qué? —insistió John Tom con arrogancia, deseando conocer todos los detalles de la vida de Darcy, a sabiendas de que el amor de Silver estaba en entredicho.

—Toda mi vida he estado rodeado de caballos ganadores. Reconozco a un pura sangre en cuanto lo veo —dijo Darcy, antes de volver la vista hacia Harden—. Y ahora, pensemos en las necesidades de Lucky Hand. Lleva demasiado tiempo de pie sin moverse. Podría pasearlo un rato para prepararlo para la próxima sesión de entrenamiento. Silver, pensabas llevarlo a correr al hipódromo esta mañana, ¿no?

—Efectivamente.

—Bien —dijo tomando las riendas del caballo—. Tú puedes quedarte aquí para atender a tu joven amigo... —añadió con tono de guasa mientras se alejaba.

Una vez a solas, Darcy pensó que quizá sería mejor dejar de cortejar a Silver. Al fin y al cabo, en cuatro semanas tendría que irse y cambiar de vida por completo. Sin embargo, no podía apartar el pensamiento de esa mujer con melena color luz de luna. No sabía cuál de los dos retos era mayor, si la mujer o el caballo. En todo caso, estaba deseando hacerse cargo de ambos.

Silver observó cómo Darcy se alejaba con Lucky Hand y pensó que ambos tenían un aire de familiaridad sorprendente. Quizá se trataba tan solo de una simple semejanza en su potente masculinidad y su arrogancia. Deseó estar con ellos. Su pulso se aceleró al pensar cuánto disfrutaría si pudiera hechizar y manejar a su antojo tanto al hombre como al caballo. Se arrepentía de haber dejado que su mente precavida venciera a su anhelo más básico. Todo su cuerpo le pedía amar a ese hombre hasta perder el sentido. Aunque Darcy solo iba a estar un mes en el rancho, debería replantearse la posibilidad de disfrutar de una tórrida aventura amorosa con él, por breve que fuera. El problema consistía en apartar sus pensamientos del compromiso y de la posibilidad de compartir un futuro en común, tarea nada fácil, pero tampoco imposible. Lo pensaría.

—Bien, si me disculpáis, tengo cosas que hacer —dijo Harden

sacando a Silver de su ensimismamiento y devolviéndola a la realidad: se iba a quedar a solas con un pretendiente que no le interesaba—. No te vayas sin despedirte de mí, hijo, estaré en la oficina —dijo dando a John Tom un fuerte apretón de aliento en el hombro antes de desaparecer.

Silver no quería mirar a John Tom, por lo que siguió mirando a Darcy aunque a sus ojos aparentaba mirar al caballo.

—¿Quién es ese tipo, Sylvia? Parecía tomarse demasiadas confianzas contigo, ¿no?

—¿Demasiadas confianzas? Hablas como si fueras un personaje de una novela del siglo XIX.

—Digamos, entonces, que parecía dispuesto a quitarte las bragas a la menor oportunidad. ¿Te gusta más así?

—¡John Tom! —lo amonestó Silver. Se sonrojó hasta la raíz del cabello y articuló finalmente una breve risita entre dientes que pretendía disimular sus emociones, pero que, sin embargo, estaba teñida de pánico.

—Si te gusta el argot moderno, te doy argot moderno —contestó John Tom malhumorado.

—Eso es una grosería.

—Estaba flirteando contigo. Te has dado cuenta, ¿no?

—Son imaginaciones tuyas.

—En absoluto. Créeme. Un hombre siempre sabe cuándo otro se interna en su territorio.

—¿Territorio?

—En efecto.

—Yo no soy el territorio de nadie —afirmó Silver alzando la barbilla y cuadrando los hombros.

—Sylvia, sabes perfectamente lo que nuestras familias esperan de nosotros —afirmó John Tom exasperado.

—Yo no estoy de acuerdo con ellos.

—Sylvia... —rogó John Tom con expresión sombría.

—¿No puedes dejar de llamarme Sylvia con ese tono de voz? Me tratas como si fuera una niña de dos años y tuviera una rabieta.

—Y bien, ¿no la tienes? —contestó él haciendo evidentes esfuerzos para mantener la calma.

—No. Solo estoy expresando mi opinión. Parece que todos vosotros habéis olvidado que eso también importa.

—¿Estás dolida porque todavía no te he hecho una propuesta en serio? —preguntó él tratando de poner las manos sobre los hombros de ella.

—John Tom, tienes la cabeza más dura que una piedra. Solo estoy

dolida porque todo Kentucky espera que salte de alegría y acepte…

—¿Casarte conmigo?

—Exacto.

—Mira, creo que necesitas un poco de tiempo para acostumbrarte a la idea. El matrimonio es una cosa muy seria y no conviene precipitarse.

Al parecer, John Tom no estaba dispuesto a darse por vencido. No podía ni siquiera imaginar que sus planes pudieran irse al traste. Tenía un ego muy desarrollado, alentado por toda su familia y basado en su belleza exterior y en su capacidad financiera. Era un soltero muy codiciado, pero ella no podía soportar la idea de vivir junto a él para siempre. Las esporádicas citas de los últimos meses habían demostrado que esa unión acabaría probablemente en un divorcio, o incluso en un asesinato, si alguno de los dos perdía los estribos. La decisión estaba clara. No. Al pensar en John Tom, Silver no pudo evitar un enorme bostezo.

—Estás cansada —dijo él—. No es raro que estés tan susceptible.

—No estoy susceptible.

—Ya lo veo —dijo John Tom riendo con ganas. Silver estudió su rostro, cuando se relajaba podía llegar a ser encantador. No tanto como para que ella deseara casarse con él, pero si lo suficiente como para mantener una simple conversación.

—Estoy cansada porque no he dormido demasiado esta noche.

—¿Ves? Eso es lo que quiero decir. Necesitas que alguien te ayude en el rancho.

—Ya tengo ayuda. Tengo a Darcy, ¿recuerdas? —dijo Silver mientras John Tom fruncía el ceño.

—Podría prescindir de alguno de los jornaleros de mi rancho, ¿qué te parece?

—No hay necesidad. Además no quiero que te entrometas en mis asuntos.

—Sylvia…

—John Tom, me estás provocando un dolor de cabeza y, cuando me duele la cabeza, me pongo a llorar y, cuando me pongo a llorar, me vuelvo histérica. .. —dijo Silver gritando cada vez más alto— y, cuando me pongo histérica…

—Por favor, para —dijo él tapándose los oídos—. Vas a romperme los tímpanos. —Silver detuvo la bravata y él se tomó su tiempo para recuperar el control—. Así que te duele la cabeza. ¿Te gustaría que te diera un masaje en la nuca?

—No. Lo único que necesito es sentarme un rato a la sombra. Me voy a los establos.

—Buena idea. Te llamaré más tarde. Voy a despedirme de tus padres antes de irme.

Silver no contestó y se dirigió inmediatamente a los establos.

—Más vale que depongas esa actitud, porque yo soy tan cabezota como tú —le estaba diciendo Darcy a Lucky Hand cuando vio a Silver —. ¿Se ha marchado ya tu amante? —bromeó.

—Se está despidiendo de mis padres.

—No vas a casarte con ese pedazo de tonto, ¿no?

—¿Por qué?

—Olvida la pregunta. En realidad ya sé la respuesta. Imposible después de lo que sucedido entre nosotros esta mañana.

—Bueno... —dijo Silver decidida a dar una lección a ese hombre tan arrogante—, ese es el deseo de mi padre.

—Ya. ¿Y... tú, qué deseas?

—Ese matrimonio trae consigo ciertas ventajas... —Eso no parece un matrimonio, parece una fusión empresarial.

—Bien, parece que a los padres les gusta asegurar el futuro económico de sus hijos.

—Sí, yo también he pasado por eso —dijo Darcy enigmáticamente antes de volverse hacia el caballo—. Bien, ya es hora de marcharnos al hipódromo. ¿Qué longitud tiene?

—Solo unos ciento cincuenta metros. —¿Y... cómo mejoras su resistencia? —De momento he estado haciendo repeticiones. Pero creo que ya está preparado para correr en un hipódromo de dimensiones reglamentarias. Uno de nuestros vecinos tiene uno, está a ocho kilómetros de aquí. Tendremos que llevarlo en un remolque.

Pasearon con Lucky Hand por los pastos hasta alcanzar el pequeño hipódromo. Silver cabalgó manteniendo al caballo bajo control a medio galope durante varias vueltas. «Ha mejorado», pensó. Su paso era mucho más suave y más equilibrado. Silver llevaba semanas trabajando en la respuesta del caballo a la brida y al peso del jinete y allí estaban los resultados. Decidió dar rienda suelta a un galope tendido y el caballo, más que correr, parecía volar. Corrieron a fondo durante varios minutos y, finalmente, Silver lo puso al paso y lo dejó recobrarse del esfuerzo. Se acercó a Darcy y, cuando desmontó, los brazos de él abrazaron su cintura.

—Creo que debería conocerte un poco mejor, si vamos a entrenar al caballo juntos.

—Estoy de acuerdo, pero no en lo que se refiere al sentido bíblico del término.

—Vaya, eso echa por tierra todas mis esperanzas.

—Te creo capaz de sobrevivir.

—No estamos en este mundo solo para sobrevivir. Tenemos que disfrutar —dijo Darcy antes de atrapar sus labios con la boca. Silver suspiró y le devolvió el beso con pasión. Era incapaz de resistirse a ese hombre. Acopló su cuerpo al de él y pudo sentir un estremecimiento en sus caderas y cómo crecía el deseo de él. De repente Lucky Hand metió el hocico entre ellos. Se separaron con renuencia y Silver gritó asustada al darse cuenta de que estaban al aire libre y cualquiera podía verlos—. Silver, no te preocupes, no hay nadie por aquí.

—Siempre que me acerco a ti...

—Lo sé. No podemos evitarlo... ¿Te casarías conmigo? —la espetó de repente, sin más.

—¿Qué? —dijo ella con los ojos fuera de las órbitas—. Por supuesto que no. Ni siquiera nos conocemos. —Silver supuso que Darcy se había dejado llevar por un impulso pasajero y era posible que se estuviera arrepintiendo ya.

—Es verdad. No sé cómo he podido proponértelo, se me escapó sin pensar. Por descontado que no vamos a casarnos. Ni tú ni yo queremos casarnos.

—Estamos de acuerdo, pues.

—Sí. El matrimonio queda fuera de nuestros planes. Pero siempre nos queda la cama... ¿Tú que opinas?

—Olvídalo. Empecemos por conocernos un poco mejor, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Quizá podrías enseñarme un poco la ciudad y los alrededores esta noche, si no tienes planes con tu pretendiente, claro.

—No tengo ningún plan con ese... —Silver calló ante la sonrisa de satisfacción de Darcy—. Ha sido un truco para obligarme a confesar que tenía la noche libre, ¿no? Ahora resultaría descortés que me negara a salir contigo. No juegas limpio.

—Correcto. Y detesto perder.

—Yo también.

—Lo sé, corazón. Eso es lo que te hace tan irresistible. ¿Quedamos a las siete?

—Las siete es buena hora, acepto. Voy a llevar a Lucky Hand al establo para bañarlo y luego tengo un montón de cosas que hacer en el rancho.

Capítulo Seis

Darcy estaba sentado en la mesa de la oficina, rodeado de papeles por todas partes. Escribió una nota y la metió cuidadosamente en un sobre de papel manila. El trabajo burocrático no le aburría, al contrario, lo encontraba estimulante. Quizá su primo Nick tenía razón al decir que debería dirigir una de las empresas de la familia, en vez de concebir planes cada vez más descabellados. Había dedicado la jornada a ponerse al día sobre los asuntos del rancho y Harden había supervisado su trabajo durante un par de horas antes de retirarse a descansar: el accidente había hecho mella en su fortaleza y, además, ya no era un hombre joven. Tater lo había informado sobre la situación de todos los caballos: cuáles tenían posibilidades de correr, cuáles habría que vender antes de lo previsto, y cuáles estaban criándose y aún era pronto para conocer sus posibilidades. Silver había enfriado las patas de Lucky Hand con linimento y luego había entrado un momento a la oficina para llevarse los libros de contabilidad. En ese preciso instante, Darcy estaba hablando por teléfono con el entrenador de su rancho sobre el posible origen del semental negro. Por eso no pudo hablar con ella, aunque lo hubiera deseado. Esa mujer ocupaba su mente casi por completo, y no por su belleza, que era singular y muy destacable, sino por su contradictoria personalidad, que hacía que sus emociones pasaran del frío polar al calor tropical. Estuvo a punto de llamar a su primo Nick para sincerarse sobre sus sentimientos hacia Silver, pero se abstuvo sabiendo que él se lo iba a tomar a broma.

Sonó el teléfono.

—Sí, rancho Braybourne, dígame... No, John Tom, Silver no está aquí... Sí, le trasmitiré el mensaje. A las ocho y media en el club Derby.

Darcy anotó el mensaje. Era posible que John Tom fuera un buen muchacho, pero Silver no estaba interesada en él. Cuanto antes lo aceptara, mejor sería para todos. Aunque no era asunto de su incumbencia, después de todo él se marcharía en cuatro semanas y no tenía ningún compromiso con Silver. «¿Compromiso?», pensó. ¿Había llegado a pedirle que se casara con él? ¿Había cometido semejante locura? En todo caso, no había sido algo premeditado sino que, subyugado por el brillo radiante de los ojos color verde hierba de Silver, las palabras habían salido de su boca espontáneamente, sin pasar antes por su mente. Menos mal que ella no se lo había tomado en serio. Sin embargo, la leyenda de los Kristof decía que su abuelo le había propuesto matrimonio a su abuela a las pocas horas de

conocerla y todo el mundo sabía que habían sido muy dichosos. Pero él debía tener más cuidado, no era lo mismo tener una aventura que prometer amor para toda la vida. Consultó la hora. Eran las seis y cuarto. Tenía que darse una ducha y cambiarse de ropa si quería llegar a tiempo a la cita con Silver. Al cabo de veinte minutos, salió de la ducha y examinó su exiguo armario, arrepintiéndose de no haber llevado más ropa. Sacudió la cabeza para deshacerse de ese pensamiento. Después de todo, solo iban a recorrer unos kilómetros en la camioneta para ir a cenar una hamburguesa en cualquier garito de la ciudad. Eso era todo. ¿Preferiría Silver cenar en el club Derby?, se preguntó de repente. ¿Quería él toparse con John Tom llevando a Silver del brazo? No, definitivamente, no. Darcy sabía que el rancho Braybourne estaba atravesando un mal momento y la ayuda financiara y la estabilidad que podría proporcionar una alianza con John Tom permitiría que la familia respirara tranquila. Sería una mezquindad por su parte interferir en los planes de Harden. En cuanto viera a Silver, le entregaría el mensaje de John Tom. Escogió unos pantalones grises y dudó entre una camisa y una corbata que había añadido al equipaje a última hora en un arrebato inconsciente, o un polo de color azul turquesa. Optó por el polo. La camisa y la corbata convertirían lo que era una cita improvisada en algo mucho más formal. Se miró a los ojos en el espejo mientras se empapaba la cara con loción para después del afeitado y se sintió satisfecho: parecía una persona normal. No era consciente de que veintinueve años de esmerados cuidados, unidos a una complexión atlética y a un rostro bien proporcionado, habían dejado una huella indeleble en su apariencia, hasta el punto que su fotografía podría publicarse en cualquier revista de moda como ejemplo de la belleza varonil de mayor actualidad.

Se detuvo para saludar a Lucky Hand antes de abandonar los establos. El caballo lo miró con desdén. Su entrenador había confirmado la posibilidad de que el semental negro hubiera nacido en WindRaven, y se había comprometido a estudiar los registros para ver si se podía aportar alguna prueba más concluyente.

—Qué pena que no puedas hablar. Me gustaría saber cómo acabaste cambiando de manos en una partida de póquer —le dijo antes de dirigirse hacia la casa de los Braybourne.

Al llamar a la puerta, sintió un cierto nerviosismo en el estómago, algo a lo que no estaba acostumbrado cuando se trataba de una cita con una mujer.

—Hola, Darcy —dijo una suave voz sureña—. Dios mío, estás guapísimo.

—Hola, señora Braybourne.

—Aggie, recuerda.

—Aggie, es verdad.

—¿Te has acicalado tanto para venir a cortejarme?

—No... Sí... Bueno...

—¿No será para cortejar a Harden, supongo? —bromeó ella para sacarlo del atolladero.

Darcy rió con ganas, sintiéndose inmediatamente a sus anchas en compañía de esa diminuta mujer que portaba una cesta llena de flores recién cortadas.

—Puede que sea difícil de aceptar, pero la verdad es que preferiría tener una cita con tu hija y no con tu marido.

—¿Es una cita amorosa?

—No, es solo buena vecindad —improvisó Darcy sonrojándose ligeramente—. Va a enseñarme los alrededores y luego vamos a cenar una hamburguesa en la ciudad.

—Hijo, a Loretta le va a dar un ataque cuando te vea. No está acostumbrada a tratar con hombres tan bien plantados, a pesar de que ha tenido cinco maridos, si la memoria no me falla.

Silver apareció de pronto y los ojos de Darcy se prendaron de ella inmediatamente. Llevaba un vestido de seda rojo que apenas le tapaba una tercera parte de los muslos y mostraba el nacimiento de sus pechos. Darcy se quedó sin aliento. Si cuando ella se diera la vuelta descubría que el vestido le dejaba la espalda al descubierto, no iba a poder evitar una taquicardia.

—Bueno, os dejo. Pasadlo bien —dijo Aggie.

—Vendré pronto, mami —prometió Silver.

—Eso espero. No quiero que tu padre se quede levantado para esperarte como si fueras una colegiala.

—No me tomes el pelo. Hace más de diez años que hago lo que quiero a la hora que más me conviene.

—Sí, pero no olvides que tu padre es un hombre sensato y no entiende cómo una joven puede sentirse tan atraída por un ejemplar del sexo opuesto como para llegar tarde a casa. Esas cosas solo las entendemos las mujeres —añadió guiñándole un ojo a Darcy. Desde luego, esa mujer sabía cómo halagar a un hombre sin andarse por las ramas. Además, su actitud positiva demostraba que, al menos, ella no estaba empeñada en casar a Silver con John Tom, lo cual era todo un alivio, dadas las circunstancias. Darcy le dedicó una sincera sonrisa.

—Mami, solo voy a enseñarle el vecindario. Eso es todo. Adiós —dijo Silver bajando las escaleras de la entrada.

—Dios mío —dijo Darcy cuando ella lo precedió. Se quedó parado en seco al ver esa espalda descubierta de piel cremosa y suave. Sintió

un deseo casi irrefrenable de acariciarla, deteniéndose en los puntos más sugerentes.

—Si yo fuera tú correría detrás de ella para que no se te escape — dijo Aggie.

Darcy se despidió con la mano y fue a buscar a Silver, que ya había llegado a la camioneta.

—Siento no haber tenido tiempo para lavarla, tal y como está no hace justicia a tu vestido. —¿Este trapo? —dijo ella con desenvoltura. Darcy estaba de piedra, nunca había visto a Silver presumir de su fantástico cuerpo, pero el modo en que conseguía que el vestido acariciara sus pechos llenos y prominentes, que aleteara sobre sus muslos hasta casi enseñar su secreto mejor guardado, que ciñera su esbelta cintura... todo eso la convertía en una experta de la seducción masculina. Y él estaba atrapado, inesperadamente, sin remedio. Ella lo miró sonriente por encima del hombro y el pulso de él se aceleró a marchas forzadas. Era de todos sabido que las mujeres sureñas dominaban el arte de trasmitir su encanto y su embrujo, pero él prefería a Silver cuando se mostraba impulsiva y susceptible. No estaba seguro de poder controlar la nueva situación. La miró inquisitivamente mientras ella tomaba asiento en la camioneta como si fuera una limusina y él se ponía detrás del volante.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó con voz acerada sin poder apartar la mirada del borde de su vestido.

—Creo que lo mejor será que pasemos por delante de alguno de los ranchos más importantes del vecindario, para que te hagas una idea de conjunto sobre el paisaje de los alrededores de Cecil. Luego podemos ir a cenar a la ciudad.

—Ya conozco el paisaje, cuando llegué estuve dando vueltas y más vueltas hasta que encontré el almacén de forraje donde conocí a Tater.

—Bien, entonces te enseñaré la ciudad. Puedo decirte dónde se ubicaba el principal burdel de Cecil —dijo con una sonrisa—. Y el primer hipódromo. Y el bar clandestino que servía bebidas alcohólicas durante la ley seca.

—¿Y... esos son los tres lugares más famosos de

Cecil?

—Sí. Mi abuelo siempre decía que los fundadores de la ciudad solo vivían para apostar, beber y gozar de las mujeres de mala reputación.

—Una forma de vivir muy placentera.

Darcy salió del rancho y giró a la izquierda para tomar el camino de Cecil, que estaba lleno de curvas y atravesaba bosques y cañones de piedra caliza. A ambos lados se podía apreciar la vista de enormes extensiones de alfalfa y centeno que servían de forraje para los

caballos, divididas por vallas pintadas de blanco o de verde y muy bien cuidadas. Algunas vallas eran de piedra caliza y evocaban el duro trabajo de los primeros colonos. Silver señaló varios ranchos vecinos, haciendo comentarios sobre sus actividades, sus caballos y su éxito en las carreras. También le enseñó algunos de los lugares clave de su infancia, el colegio, el hipódromo donde corrió su primera carrera y el sendero de los amantes.

—¿El sendero de los amantes?

—Sí, allí recibí mi primer beso, como casi todas las chicas de por aquí.

—¿Y también tenías tu poza preferida en el río? —preguntó Darcy excitado al pensar en Silver saltando cabeza al agua con esa hermosa cabellera rubia?

—Pues sí. Hay una poza preciosa cerca del rancho. Si eres muy amable conmigo puede que te la enseñe algún día —dijo Silver con un mohín—. Tengo hambre —añadió—. Vayamos a Cecil. Recorrieron la ciudad muy despacio, mientras Silver le señalaba los edificios más importantes. Cuando hubieron dado tres o cuatro vueltas por las callejuelas que rodeaban el centro, ella propuso entrar en el local de Loretta, el Shack, para tomar una hamburguesa.

—Ah, sí. Ya me habló tu madre de ella. Pero me advirtió de que iba demasiado acicalado para estar a gusto en ese antro. Y si dijo eso de mí, no quiero ni pensar en lo que hubiera dicho de ti.

—El Shack es uno de esos sitios donde puedes aparecer vestido de lo que quieras porque ya nadie se sorprende de nada y mucho menos Loretta —rió Silver.

—Déjame adivinarlo. Loretta trata a todo el mundo como si fuera de la familia.

—De una familia de tarados irresponsables —puntualizó ella.

—Me lo imagino —rió Darcy—. Pero si lo prefieres, he oído hablar de un sitio que se llama club Derby—. Era el momento de comentar el mensaje de John Tom, pero fue incapaz.

—Hum. Es posible que te guste el club Derby, no es privado, aunque por el nombre lo parezca. Es solo un lugar de reunión para los ganaderos, con un bar y un restaurante.

—Todos ellos amigos tuyos, ¿no? —dijo Darcy arrepintiéndose de haber sacado el tema a colación. En un lugar así alguien podría reconocerlo.

—Supongo —contestó Silver pensativa.

Darcy se preguntó qué estaría pensado. ¿Quería que sus amigos y conocidos la vieran junto a él, un simple jornalero?

—Escucha, Silver, creo que lo del club no es una buena idea. Al fin

y al cabo solo soy un empleado tuyo. La gente podría recibir una impresión equivocada.

—¿Me estás acusando de ser una esnob? Pues no lo soy, no tengo suficiente dinero para serlo.

—Creo que el dinero no tiene nada que ver con esto. Creo que el esnobismo es un sentimiento desmedido de superioridad.

—La cosa cambiaría si llamaras esnob a mi padre —explicó ella con el ceño fruncido—. Aunque realmente no se trata de un esnob, sino de una persona algo anticuada.

—El tipo de persona que busca un marido adecuado para su hija, ¿no?

—Sí —confirmó ella con una medio sonrisa—. Sé que intenta conseguir lo mejor para mí, pero... —Pero tú no estás de acuerdo con él.

—No es exactamente que no esté de acuerdo con él. Es que tengo tendencia a llevar la contraria a todo el mundo. Yo soy así. Odio la monotonía.

Darcy pensó que Silver era su alma gemela, y sin duda esa era una de las razones por las que la encontraba tan atractiva, aunque no la única ni la más importante.

—Entonces, ¿vamos al club o no?

—No, pero no es porque no quiera que te vean conmigo, sino porque ese sitio me aburre enormemente. Prefiero ir al Shack de Loretta, es mucho más divertido —Por alguna razón, Silver volvió a pensar que había algo misterioso en Darcy, como si fuera a estar incómodo en el garito de Loretta. Quizá sería preferible ir al club...

Pero Darcy ya había aparcado frente al Shack y la miraba cautivado. Ella se perdió por un momento en la profundidad de sus ojos negros, cálidos y alentadores. Si necesitaba una confirmación de que ese vestido rojo podía volver loco a un hombre, ya la tenía. Él jugó con las puntas de sus cabellos y ella sintió un destello de calor en cada sitio del cuerpo donde él posaba la mirada. Darcy pasó un dedo por sus labios y los ojos de ella se ensancharon cuando él se acercó un poco. Estaban sentados en el aparcamiento del mayor centro de cotilleo de Cecil a plena luz del día, pero a ella no le importó. Deseaba que él la besara más que nada en el mundo, pero apartó la mirada. Para su gusto, Darcy demostraba tener demasiada buena mano con las mujeres, estaba claro que era un conquistador nato. Posiblemente no había sido muy acertado ponerse ese atrevido vestido rojo para provocarlo y después rechazarlo ejerciendo sobre sí un autocontrol envidiable, para demostrarle que era ella quien llevaba el control de la relación. Honestamente, tenía que reconocer que se moría de ganas de

hacer el amor con él. Pero era esencial que ella mantuviera el mando de la situación, no estaba dispuesta a dejarse torear por el primer príncipe azul que apareciera en su vida.

—Parece que hace un poco de calor, ¿eh? —dijo él.

—Así debe ser, de acuerdo con el parte meteorológico —contestó ella.

—Adoro los partes meteorológicos —afirmó él recorriendo el brazo desnudo de ella con los dedos.

—Loretta mantiene siempre el local a varios grados bajo cero —informó Silver.

—Me encantará. Entremos. Y no te preocupes, estoy dispuesto a calentarte si pasas frío.

—No será necesario.

—No creo que ese vestido abrigue mucho —comentó él inclinándose sobre el regazo de ella para abrirle la puerta desde dentro. Ella ahogó un suspiro cuando su musculoso brazo presionó sus pechos. Se sentía en la gloria, pero sabía que jugaba con fuego. Ese hombre iba a conseguir arruinar sus planes de mantener el control, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Entraron en el Shack y Darcy se quedó deslumbrado por la violenta mezcla de colores que observó en las paredes y en los reservados. El azul cielo competía con un violeta rabioso y un rojo vivo luchaba para superar al rosa pastel. Aquello era un hervidero de gente que se comunicaba a grito pelado desde una punta del local a la otra.

—Bueno, esto es…

—¿Pintoresco? ¿Piensas que está lleno de color local? —sugirió Silver—. Espera a que Loretta te detecte y ya verás lo que es bueno.

No era difícil localizar a Loretta. Su cabello de color naranja fosforescente estaba cardado y formaba una aureola gigante en torno a su cabeza, llena de lápices de colores sujetos de manera misteriosa. Sus labios estaban pintados de morado oscuro y los párpados empastados de color marrón. Cuando Loretta vio a Silver envió a una de sus camareras.

—Gerry, te pesa el trasero como el plomo. Despierta y atiende a los clientes que acaban de llegar. —¿Las camareras reciben una paga extra por aguantar los modales de Loretta? —preguntó Darcy sorprendido.

—Dejar que Loretta abuse un poco de ti es uno de los ritos iniciáticos de todos los adolescentes de Cecil —rió Silver.

La risa de Silver llamó la atención de Loretta, que se fijó por primera vez en Darcy y se acercó inmediatamente con paso decidido.

—Protégeme —pidió Darcy medio en serio medio en broma,

sosteniendo a Silver por el codo.

—Lo siento, chaval —contestó Silver con una sonrisa—. Cuando se trata de Loretta, todos los habitantes de Cecil aplicamos el «sálvese quien pueda» —dijo antes de volverse hacia la explosiva mujer—: Hola, Loretta.

—Silver Braybourne, ¿dónde has estado escondida todo este tiempo? Hace semanas que no te veo. Las malas lenguas dicen que estás muy ocupada —insinuó mirando a Darcy—. Y, por lo que se ve, el cotilleo se acerca mucho a la verdad.

—No sé de qué cotilleo se trata —contestó Silver respirando hondo —, pero si se refiere a que hay un hombre nuevo trabajando en el rancho, te confirmo que es completamente cierto.

—Entonces... este es tu nuevo hombre —sugirió mirando a Darcy.

—No se puede decir que sea *mi* hombre. Lo ha contratado mi padre para...

—Ayudar a Silver en el rancho —intervino Darcy tomando la mano de Loretta y haciendo una suave inclinación de cabeza.

—Hum —dijo Loretta sin dejarse impresionar por el gesto—. Por lo que veo, es posible que seas capaz de domesticar a Silver. Jamás he conocido una chica más contradictoria —dijo para iniciar lo que parecía ser una interminable narración sobre las indiscreciones juveniles de Silver.

—Loretta, le he contado a Darcy que preparas las mejores hamburguesas del país —intervino Silver para interrumpir el torrente de palabras de la dueña del local. ¿Cómo se le había ocurrido llevar a Darcy al Stack, el centro del universo del cotilleo?

Loretta captó la indirecta.

—Sentaos en ese reservado de ahí y preparaos para degustar el mejor bocado que habéis probado en vuestra vida.

—Muy bien —dijo Silver agarrando la mano de Darcy y arrastrándolo hacia el reservado, saludando a su paso a la gente conocida a izquierda y derecha. Las hamburguesas llegaron en un abrir y cerrar de ojos.

—Es todo un personaje, ¿no? —insinuó Darcy.

—Sí, nunca se saber por dónde va a salir. Además de ocuparse del negocio, entrena un equipo de béisbol.

—¿Un equipo de béisbol? —preguntó dando un mordisco a la hamburguesa y poniendo los ojos en blanco.

—Estupenda, ¿verdad?

—Es la mejor hamburguesa de mi vida.,

—Eso, cuéntame algo de tu vida.

—¿Qué quieres saber?

—No lo sé, pero hay algo que no encaja.

—Imaginaciones tuyas.

—No creo.

—Te lo aseguro —dijo Darcy frunciendo el ceño.

—Eres contradictorio. ¿Qué hacías antes de llegar aquí?

—Bueno —improvisó Darcy—, llevaba un tipo de vida que no me satisfacía demasiado y decidí cambiar de aires. En realidad…

Loretta se acercó a ellos al ver que habían terminado.

—Escúchame, Silver Braybourne. Llévate a este semental a la cama antes de que te lo quite cualquier mujerzuela, ¿comprendes?

—Loretta…, por favor… —suplicó Silver mientras se levantaban.

—Me has oído bien, ¿no? Y, tú, chaval, pórtate bien con ella. Aunque se nota de lejos que eres un amante considerado. Y te lo dice una mujer que ha enterrado a cinco maridos.

—Apuesto a que murieron felices —dijo Darcy besándola en la mejilla a modo de despedida. Silver se moría de vergüenza y salió del local casi a la carrera.

—Hacedme caso —les gritó Loretta.

Darcy alcanzó a Silver cuando esta ya había llegado a la camioneta.

—¿Tienes prisa por algo en especial? —preguntó Darcy.

—Hum, no. Nada especial.

—Maldita sea, pensé que ibas a hacer caso del consejo de Loretta.

Capítulo Siete

Recorrieron en silencio el camino de vuelta a casa, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Darcy aparcó en su lugar habitual, al final de los establos. Durante un instante contemplaron las estrellas, luego Silver lo miró disimuladamente de reojo. Si él supiera lo mucho que deseaba seguir el consejo de Loretta. Se estremeció.

—¿Frío? —preguntó él acariciando ligeramente uno de sus brazos desnudos.

—No. Creo que ha pasado un ángel —replicó ella con timidez.

—¿Estás segura de que no tienes frío? Ese vestido no parece muy abrigado.

—Este vestido es perfecto —se defendió ella, contrariada.

—Si te refieres a que está diseñado para volver loco a cualquiera, te doy la razón. He estado a punto de ponerme de rodillas y suplicarte un poco de amor cuando te he visto aparecer con él esta tarde —aceptó él acariciando suavemente los tirantes que lo sujetaban al cuello.

—¿Pensabas suplicarme un poco de amor? —contestó Silver sabiendo que jugaba con fuego.

—No te quepa la menor duda.

—Entonces, tendré que dar gracias a la dependienta que me lo vendió, por su sabia elección.

—Agradéceselo de mi parte también —dijo Darcy abrazándola un instante, antes de sentarse ambos en el banco de madera—. Necesito hacerte el amor, Silver. No puedo evitarlo.

—Lo sé —contestó ella en tono evasivo.

—Loretta estaba a favor.

—Loretta es una romántica. Ahora está saliendo con Tater. En el Shack apuestan sobre el futuro de ambos —parloteo Silver para ganar tiempo.

—Yo apuesto por Loretta —dijo Darcy con una mirada encendida.

—Yo también —murmuró ella.

¿A qué estaba esperando? Al igual que Loretta, deseaba tener una aventura amorosa y el hombre que estaba delante de ella era la persona perfecta para ello. Quizá debería dejarse llevar... Darcy se inclinó sobre ella y le acarició el lóbulo de la oreja con la lengua. Ella dejó caer la cabeza para acercarse. Darcy aprovechó la proximidad para pasar la lengua por las curvas de su oreja, mientras con la mano acariciaba su mandíbula, antes de enterrarla en su cabellera y llevar los labios hasta su boca.

—Bésame, Silver —dijo él. Su voz vibró en el alma de ella, intentó

rechazarlo, pero el deseo era más fuerte que ella. Le agarró la cabeza con las manos y lo besó, sintiendo como todo su ser se hundía entre los brazos de él. Sin embargo, se retiró antes de que él pudiera devolverle el beso—. ¿Por qué me rechazas, Silver, por qué?

—Porque cuando estoy contigo pierdo el dominio sobre mí misma, y no me gusta esa sensación.

—No creo que pierdas tu dominio, al contrario, creo que tropiezas con la esencia de tu verdadera personalidad por primera vez y eso te asusta, porque no estás acostumbrada. A todos nos cuesta trabajo conocer nuestra verdadera naturaleza y aceptarnos tal y como somos —aventuró él besando suavemente su cuello.

—Nunca he tenido problemas para tomar mis propias decisiones y llevar las riendas de mis aventuras amorosas, pero contigo… —sus besos la sacudían. Lo deseaba, pero de alguna manera sabía que él representaba una amenaza. No quería dejarse llevar por una corriente amorosa tan fuerte como la que estaba sintiendo en ese momento, ya que al cabo de un mes él se marcharía y ella no deseaba quedar atrapada en esa relación, con el corazón hecho trizas.

—¿Sabes lo que pienso, Silver? Pienso que le das demasiadas vueltas a las cosas. Déjate llevar —aconsejó él, introduciendo las manos por debajo del escote del vestido para acariciar sus pechos, al tiempo que su boca buscaba de nuevo la de ella. Durante unos momentos la besó y acarició, pero luego se detuvo gentilmente para estudiar su reacción.

—Creo que no estoy emocionalmente preparada para hacer el amor contigo —dijo Silver al fin. Era evidente que sus reacciones físicas respondían perfectamente al acercamiento amoroso de él, pero no quería perder su equilibrio mental. Sería la primera vez y sentirse emocionalmente indefensa no entraba en sus planes de futuro.

—Ayer si estabas preparada.

—Ayer no te conocía lo suficiente. Ayer se trataba de sexo puro, sin complicaciones. Pero hoy… hoy representas para mí algo más que un orgasmo eventual. Y…

—No me digas que no me deseas, Silver, sabes que no es verdad —la interrumpió él tomándole las manos.

—Tienes razón, te deseo, pero me siento insegura. Y no me voy a meter en la cama contigo hasta que no esté convencida de que eso es lo mejor para mí. Lo siento —dijo sin poder evitar acercarse a él para besarlo suavemente en la mejilla. Fue un error. Él aprovechó el momento para izarla y sentarla de frente sobre su regazo. Sus manos recorrieron toda la longitud de sus piernas desnudas y se introdujeron bajo su falda para agarrar sus nalgas y atraerla hacia sí. Ella no pudo

evitar presionar sus caderas sobre las de él y él respondió de manera idéntica—. Darcy, tenemos que detenernos —dijo separándose de él al cabo de un momento—. La cabeza me da vueltas.

—Silver —dijo él tras unos segundos de duda—. Tengo que confesarte algo.

—Dime.

—John Tom dejó un mensaje para que te encontraras con él en el club a las ocho y media.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Supongo que tenía miedo de que me abandonaras para reunirte con él.

—Eso nunca. Había quedado contigo y jamás falto a una cita. ¿Estabas celoso?

—Sí, no tengo ningún derecho, pero esa es la verdad.

—No puedo creerlo —contestó ella sintiéndose inmensamente feliz.

—No sé adonde va a llevarnos esto, Silver, pero creo que ni tú ni yo lo podemos evitar…

—Tengo que irme a casa —zanjó ella desasiéndose abruptamente —. Mañana tengo que empezar a trabajar a las cinco: quiero llevar a Lucky Hand al hipódromo.

—Me gustaría acompañarte.

—Hum…, de acuerdo. Así podrás darte cuenta del inmenso potencial de ese caballo. Buenas noches, Darcy.

—Espera, te escoltaré hasta la puerta de tu casa.

—No es necesario.

—Voy a hacerlo de todas maneras.

Anduvieron en silencio durante unos minutos, disfrutando de los agradables olores de la tranquila noche rural.

—Hemos llegado —dijo Silver delante de la puerta.

—Lo he pasado muy bien contigo, Silver —contestó Darcy.

—Yo también —dijo ella con una sonrisa sin faltar en absoluto a la verdad. Ese hombre era un gran compañero cuando estaba relajado y daba rienda suelta a su encanto.

—Que tengas felices sueños.

—Lo mismo digo —susurró Silver, consciente de que iba a soñar con él.

Una densa niebla matinal colgaba de las colinas circundantes cuando Darcy guió al caballo para que saliera del remolque con cuidado. Los caballos solían ser animales muy nerviosos, especialmente los purasangre. Ese pensamiento le recordó el temperamento de su dueña. Miró a Silver que, con una camiseta raída, unos vaqueros deshilachados y unas viejas botas, no se parecía en

absoluto a la mujer del vestido rojo que lo había vuelto loco la noche anterior. Después de dejarla ante la puerta de su casa, se había ido a los establos y había paseado durante horas, hasta casi marcar un surco sobre el suelo. Esa maldita mujer lo tenía confundido y frustrado, y aunque solo la conocía desde hacía un par de días, le parecía que llevaba una eternidad deseándola. No sabía qué hacer con ella puesto que jamás había tenido ninguna dificultad para conquistar a una persona, del sexo opuesto. Su anhelo sexual y su desesperación le quitaban el sueño y, sorprendentemente, le hacían desear ser mejor persona. ¿Quería eso decir que antes de conocer a Silver era una mala persona? ¿Estaba pensando que esa mujer se merecía algo más, algo que nunca había dado a ninguna otra mujer antes? No entendía nada. Solo sabía con absoluta certeza que existía un fuerte vínculo entre ellos dos…, un vínculo sexual, claro. Pero Silver era contradictoria, admitía que lo deseaba, pero rehusaba hacer el amor con él. Darcy también se consideraba una persona contradictoria, pero… ¿tanto como Silver? En todo caso, ella lo superaba en todo, no solo luchaba como él contra la monotonía de la vida, sino que tenía un compromiso vocacional, del que él carecía, con su trabajo como entrenadora de caballos de carreras. La admiraba. Pero la situación lo estaba sobrepasando, quizá había llegado el momento de abandonar sus intenciones amorosas y dedicarse exclusivamente al trabajo del rancho durante las cuatro semanas siguientes. Se dijo que no podía dejarse manejar como una marioneta por los caprichos de ninguna mujer. Una vez tomada esa decisión, se acercó con Lucky Hand hasta Silver, mientras Tater se unía a ellos.

—Hola, Tater, te hemos echado de menos a primera hora, ¿acabas de llegar?

—Me he retrasado un poco —contestó él con timidez, hundiendo la punta de la bota en la arena.

—Tater tuvo una cita anoche —intervino Silver—. ¿No es verdad, Tater?

Tater se sonrojó y lanzó un puñetazo en el aire contra Silver.

—Oye, pequeña, no hay ninguna necesidad de airear mis asuntos a diestro y siniestro.

—Una cita… ¿con quién? —preguntó Darcy, intrigado.

—¿Con quién crees tú?

—No sé, veamos —dijo Darcy, demasiado ocupado con sus propios pensamientos como para adivinar la verdad.

—Piensa en una gran aureola de cabello naranja —apuntó Silver.

Darcy miró a Silver y recordó su comentario de la noche anterior. Sonrió a Tater.

—Tater, ¿no estarás saliendo por la noche con Loretta, verdad?

—Exacto —terció Silver.

Darcy silbó.

—Estoy impresionado. La conocí anoche y, créeme, es una persona llena de coraje, fuerza y pasión. Hay que estar hecho de una pasta especial para acercarse a ella.

—No es nada del otro mundo —dijo Tater—. Conozco a Loretta desde hace años, simplemente no he tenido la oportunidad de salir con ella entre un marido y otro, pero ahora parece que ha llegado mi turno. No es que tenga intenciones de casarme, claro, siempre he vivido solo y así seguiré.

—Al menor síntoma de debilidad, te echará el lazo —le advirtió Darcy.

—Aún no ha nacido la mujer capaz de atraparme —se defendió Tater.

—¿Te apuestas algo? —propuso Silver con una sonrisa.

—Me apuesto lo que quieras, mocosa. Ninguna mujer me va a hacer caer en la red.

—Yo no estaría tan segura.

—Cada hombre sabe lo que tiene que hacer, cuando llega el momento de entenderse con una mujer —dijo Tater sacando el cronómetro y alejándose hacia el hipódromo.

—Es un viejo tonto y enamorado —rió Silver.

—Yo no diría eso —la corrigió Darcy secamente, pesaroso de ver cómo Silver manejaba a todo el mundo a su antojo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Silver—. Da la impresión de que te hayas tragado un sable para desayunar.

—No he desayunado.

—Yo tampoco. ¿Te apetece una hamburguesa de Loretta? —bromeó ella.

—En absoluto. Si aparecemos por su local intentará que te compre un anillo de compromiso hoy mismo. Y no estoy dispuesto a hacerlo.

—Sabia decisión, puesto que yo me negué a casarme contigo cuando me lo pediste, ¿recuerdas?

—Sabes que en realidad no pretendía hacerlo —señaló él con el ceño fruncido, antes de recuperar el tema anterior—: Entonces, ¿piensas que Tater va a ser el número seis?

—Cosas más extrañas se han visto —contestó Silver, encogiéndose de hombros—. Además, me gustaría que no envejeciera solo. Ha dedicado toda su vida a servir a los Braybourne.

—Pero ha disfrutado con ello, ¿no?

—Sí, pero...

—¿A qué estás esperando, Silver? —aulló Tater desde la valla del hipódromo—. No voy a pasarme todo el día esperando.

—Ya voy —contestó ella a grito pelado—. Espero que se eche una siesta y se le pase el mal humor —añadió Silver dirigiéndose a Darcy.

—Las mujeres tienen una habilidad especial para hacer enfadar a los hombres —comentó él—. Piensa en ti misma, me tienes tan confundido con tus cambios de actitud que ya no sé ni dónde está el norte ni dónde está el sur.

—Creo que ya te he explicado mis contradicciones —contestó ella mordiéndose el labio inferior.

—Lo único que sé es que estás demasiado confusa como para explicar nada.

—Eso no es verdad y lo sabes.

—Me he pasado toda la noche pensando en ello y, al final, he llegado a una conclusión.

—¿Qué conclusión?

—¡Silver Braybourne! —gritó Tater—. ¡Se nos va a hacer de noche si no traes a ese maldito caballo ahora mismo!

—Maldita sea —dijo Silver poniéndose el casco de montar y sujetándose la trabilla en la barbilla—. Tendremos que continuar esta conversación en otro momento.

—Lo haremos, corazón —dijo Darcy entrelazando las manos para que ella apoyara un pie y ayudarla a montar—. ¿Cuántas vueltas vas a hacer?

—Primero vamos a dar una vuelta de calentamiento y, como este hipódromo mide ochocientos metros y el de Rosemont mil seiscientos, luego haremos dos vueltas a toda velocidad.

—Todavía es pronto, no ha llegado ningún otro caballo. Puedes aprovechar para entrenarlo sin distracciones y luego probar junto a otros caballos. Según el antiguo propietario, Lucky Hand se volvía intratable en presencia de competidores, ¿no?

—Sí, será la primera vez que corra con otros caballos y entonces podremos comprobar cuál es el problema.

Se reunieron con Tater y Silver entró al hipódromo mientras Darcy se acodaba sobre la valla para observar cómo ella calentaba al caballo con un medio galope.

—Tater, entonces…

—No pienso responder a ninguna pregunta, así que no te molestes en…

—Tranquilo. No es nada personal. Tengo demasiados problemas con las mujeres yo mismo, como para preocuparme por los tuyos.

—¿Hay algo que quieras contarme? —preguntó Tater, divertido.

—No.

—Mejor, porque hay cosas que prefiero no saber. Aunque me las imagino. Ten cuidado, chico.

—No ha pasado nada.

—Os habéis estado buscando y rehuyendo como conejos en celo. Tengo ojos en la cara —dijo Tater—. Pero, te aviso: Harden ya ha tomado la decisión de casar a Silver con John Tom.

—Pues lo mejor será que hable seriamente con su hija —contestó Darcy moviendo la cabeza—. Silver no parece dispuesta a darle ese gusto.

—Lo sé. He intentado explicárselo a Harden, pero es más cabezota de lo que pensaba. Sin embargo, creo que Silver no tardará mucho en rechazarlo. Esa chica necesita un hombre al que no sea capaz de manejar con un solo dedo. La conozco desde que nació y lo sé. También sé que aguanta a John Tom para no disgustar a su padre, pero si llega a casarse con él, tendrá que asumir el papel que ya le asigna la familia Thomas, convirtiéndose en una de esas damas ricas que solo viven para las reuniones sociales y la beneficencia; no será feliz. Tengo que confesarte que estoy preocupado por ella, Darcy —dijo con un suspiro.

Darcy se agitó, inquieto. No sabía qué decir. Estuvo tentado de pedirle que no se preocupara, pero… ¿qué podría ofrecer él? Su aventura acabaría al cabo de un mes y, por tanto, no tenía derecho a interferir sobre el destino de Silver, aunque… ¿sería sensato ayudarla a no cometer un error? Silver necesitaba un hombre que amara el mundo ecuestre, alguien que pudiera comprender su pasión por los animales, alguien que la pudiera ayudar a levantar el rancho Braybourne. Un hombre práctico y seguro de sí mismo y no un hombre mimado por la fortuna familiar, como era su propio caso y el de John Tom. Aunque, ante el ejemplo de ella, Darcy estaba pensando en empezar a cambiar sus costumbres; pero era más fácil pensarlo que hacerlo. La niebla empezaba a desaparecer, eran las cinco y media de la mañana.

—Silver —gritó Tater—. Veamos cómo corre ese caballo.

—De acuerdo. Estad atentos porque va a cruzar la pista volando —respondió mientras Tater preparaba el cronómetro. Darcy sacó un pañuelo y lo dejo caer cuando ella estuvo preparada. En ese mismo instante, Tater apretó el botón de inicio del cronómetro. Silver y Lucky Hand empezaron a correr y pasaron por delante de ellos como un tornado. La noble cabeza del semental estaba completamente estirada hacia delante, su pecho se ensanchaba respirando a pleno pulmón mientras sus patas se tragaban la pista a la velocidad del rayo.

—¿Qué opinas? —le preguntó Darcy a Tater mientras el caballo tomaba la primera curva.

—Es un buen corredor, no cabe duda.

—¿Quiere ganar o... es la presión del jinete?

—Bueno..., creo que desea ganar cuando está solo, pero... ¿que pasará cuando compita con otros caballos? No lo sé.

—Ya veremos —dijo Darcy—. ¿Estás preparado? Van a terminar.

Tater detuvo el cronómetro con exactitud.

—Mira el tiempo —le dijo a Darcy mientras Silver disminuía el ritmo de la carrera hasta detenerse.

—No está mal, nada mal —dijo Darcy con un silbido—. ¿Qué te parece si buscamos otro caballo para que compita con él y comprobamos si puede repetirlo?

—Silver, ¿volvemos a intentarlo con otro caballo?

—Ahora mismo —contestó ella con aplomo. Era una mujer independiente, contradictoria, irritable, guerrera, pero a pesar de todo ello sólida como una roca. Vivir con esa mujer garantizaría tener una aventura diaria, pero... ¿qué hombre en su sano juicio querría asumir ese riesgo? Solo un jugador nato.

Al cabo de unos momento regresó Tater con una potra ruana y un jinete joven llamado Boone.

—Esta potra es una preciosidad —dijo Darcy.

—Teardrop es de lo mejor que hay —contestó Boone—. Corre muy bien, pero estamos pensando más en su potencial para la cría de sementales, tiene un pedigrí impresionante.

—Se gana más dinero con la cría que con las carreras —corroboró Tater.

—No en el caso de un semental —intervino Silver—. Un semental debe demostrar que es un buen corredor para que la calidad de sus genes quede fuera de toda duda.

—Estoy de acuerdo —asintió Darcy. Pensaba volver a llamar a su entrenador ese mismo día para ver si tenía nuevos datos sobre la procedencia de Lucky Hand. De momento había que comprobar si el semental negro estaba emocionalmente preparado para correr junto a otro caballo.

—¿Preparada? —preguntó Darcy.

—Completamente —dijo Silver con firme determinación.

Ambos caballos con sus jinetes se dirigieron a la línea de salida. Se palpaba la tensión cuando Darcy soltó el pañuelo y Tater conectó el cronómetro. Los caballos salieron en tromba. Lucky Hand mostraba un buen comportamiento, pero dudó un instante al tomar la primera curva. Un súbito recuerdo asaltó la mente de Darcy. Take a Chance

prefería girar por el extremo exterior y Silver estaba obligando a Lucky Hand a girar por el interior. El semental perdió la concentración.

—¡Déjale adelantar por la derecha! —gritó Darcy. Pero era demasiado tarde, Teardrop se impuso. Darcy se acercó a Silver y tomó las riendas de Lucky Hand—. ¿Por qué no has hecho lo que te he dicho?

—Porque a Lucky Hand le gusta correr por el interior —contestó Silver acalorada y temblando de furia.

—No, eso no es cierto. Le gusta iniciar la carrera por el interior, pero luego quiere tomarlas curvas por el exterior, sin estorbos.

—¿Me estás diciendo que no sé cómo tratar a un caballo? Se pierde mucho tiempo corriendo por el exterior —contestó Silver muy tensa.

—Sí, pero estoy seguro de que esa es la forma de ganar de Lucky Hand y eso es lo que quieres, ¿no?

—En efecto, pero quiero hacerlo a mi manera. Estoy cansada de tu prepotencia y tus consejos. Llevo años intentando sacar adelante nuestro rancho y estoy empezando a pensar que eres una molestia, en realidad preferiría que nunca hubieras aparecido por aquí —dijo Silver, exhausta, de forma insultante.

—Te hago una oferta —dijo Darcy con calma.

—¿Qué tipo de oferta?

—¿Juegas a las cartas, al póquer…?

—¿En qué estás pensando? —inquirió ella, escéptica.

—Te propongo un trato: jugamos una partida de cartas con mis reglas y, si tú ganas, yo me voy del rancho y te dejo en paz con tus asuntos, pero si gano yo, dirijo el entrenamiento de Lucky Hand y… te hago el amor.

—¿Todo lo que tengo que hacer es ganar, para que te marches? —preguntó ella vivamente interesada.

—Sí.

—Trato hecho.

—Esta noche a las diez en mi habitación —sugirió Darcy.

—No, mejor en la oficina —rectificó ella, alejándose con Lucky Hand.

—De acuerdo, no llegues tarde.

Capítulo Ocho

Después de cenar, Darcy se retiró a su habitación con la mente trastornada. ¿Qué era esa historia de jugárselo todo a las cartas? ¿Había perdido el juicio? No se veía capaz de abandonar el rancho justo cuando sus dueños más lo necesitaban, independientemente de lo que le hubiera prometido a Silver. Aunque nunca había sido un estudiante ejemplar, sí tenía una licenciatura en ciencias empresariales y, por lo que había podido ver en las horas dedicadas a las tareas de oficina, el rancho Braybourne estaba desaprovechando posibles negocios interesantes por falta de personal. Además, había descubierto que la gestión administrativa, lejos de ser aburrida, como siempre había pensado, suponía un desafío constante que lo hacía sentirse vivo y necesario. Era una sensación muy gratificante. No podía perder el juego de esa noche.

Paseó por los establos para hacer tiempo y acabó acariciando el morro de una yegua llamada Rosie Red, que había parido ese verano un potrillo al que habían puesto el nombre de Red Devil. Ese pequeño animal tenía garra y habría que estar pendiente de su evolución para adiestrarlo como caballo de carreras, si el rancho Braybourne no entraba en quiebra antes. Darcy había autorizado a su banquero para que hiciera averiguaciones sobre el estado financiero del rancho y las noticias no eran buenas. No era de extrañar que Silver hubiera apostado tan fuerte por Lucky Hand. Se dirigió al compartimiento del semental negro, que lo miró intrigado.

—Sabes que puedes convertirte en un campeón, como Silver desea, ¿no? Tienes la calidad suficiente, aunque tu pasado sea un misterio.

Si Lucky Hand conseguía ganar varias carreras, su precio como semental sería multimillonario. Si además se demostraba que era un purasangre nacido y criado en WindRaven, antes de su posterior venta, como todo hacía suponer, el precio sería aún mayor. Oyó un ruido sigiloso, se dio la vuelta y escrutó las sombras: Silver estaba allí. Dudó durante un instante y, finalmente, se acercó a él, con la actitud de un cordero que va hacia el matadero, pero con la mirada firme de las personas honradas que están acostumbradas a lograr sus propósitos a fuerza de empeño y esfuerzo. El corazón de Darcy se llenó de ternura.

—No tienes miedo, ¿verdad?

—Miedo, santo cielo, claro que no —dijo, horrorizada—. Juguemos —añadió con los brazos en jarras y la barbilla alzada.

Darcy se abrió paso hasta la oficina y abrió la puerta.

—Estás en tu casa —dijo acercándose a la mesa mientras ella

esparcía una baraja nueva sobre ella.

—Puede que vayamos a jugar según tus reglas, pero con mi baraja.

—¿Piensas que voy a hacer trampas?

—Prefiero no correr ningún riesgo.

—Creía que te gustaba el riesgo.

—Solo cuando estoy prácticamente segura de que voy a ganar —contestó ella con una breve sonrisa. Se estremeció al recordar su última reunión en esa oficina, la mañana del día anterior.

—¿Algún problema? —preguntó Darcy barajando con maestría.

—Ninguno —contestó Silver con la esperanza de que el nerviosismo no traicionara su voz.

—¿Estás preocupada porque tu padre o Tater puedan sorprendernos aquí?

—Se han ido a la cama pronto. No hay problema.

—Me alegro de saberlo.

—Además, solo estamos jugando a las cartas.

—No sé si te he dicho ya que este tipo de póquer se combina con el juego de las prendas. Cada persona que pierde una mano, se quita una prenda.

—¿Qué? —gritó Silver.

—Póquer con prendas y cinco manos. El primero en ganar tres manos se lleva el premio. Son mis reglas —dijo con una sonrisa—, ¿recuerdas?

—No habíamos hablado de…

—Si lo prefieres podemos acordar que he ganado yo y olvidar el juego.

—Eso es lo que pretendes, ¿no?

—Es solo una opción.

—Reparte las cartas —pidió ella con determinación. ¿Acaso pensaba él que ella era capaz de resignarse sin luchar? Jamás.

Darcy repartió y dejo el mazo en el centro de la mesa. Silver tomó sus cartas y se las colocó en la mano en forma de abanico, antes de empezar a distribuirlas cuidadosamente por palos. No tenía ni siquiera una pareja. Miró a Darcy, que parecía tan satisfecho como si tuviera un full. «Es un farol», pensó.

—¿Cuántas? —preguntó Darcy.

«¿Cuántas…? Todas», pensó Silver, presa del pánico en su interior.

—Tres —dijo finalmente, manteniendo una expresión inescrutable. Darcy barajó y le acercó tres cartas con una sonrisa que la hizo rechinar los dientes. Él no tomó ninguna y devolvió el mazo a la mesa. «Es un farol», se repitió Silver. Miró las cartas, ahora tenía una pareja, mucho mejor que nada—. Pareja de nueves —dijo arrojando las cartas Sobre la mesa.

Darcy sonrió mientras colocaba muy despacio sus cartas boca

arriba sobre la mesa.

—Lo siento, tres reinas —dijo mirándola con ojos danzarines—. ¿Recuerdas las reglas o tengo que ayudarte a hacer memoria?

—No me hables como si tuviera tres años. Ya lo sé, el que pierde, se quita una prenda. —Ella llevaba un jersey de lana sin mangas de color melocotón combinado con una rebeca del mismo color, y las perlas de su abuela. Pero el resto del conjunto no era tan elegante, en realidad solo llevaba unos viejos vaqueros y unas botas de montar. Optó por la chaqueta y, para demostrar un aplomo que estaba lejos de sentir, inició la operación con gran ceremonia en el primer botón, para detenerse luego en el segundo, mientras le preguntaba a Darcy—: ¿No tienes música de acompañamiento? Que mal anfitrión.

—Nunca pensé que una damita sureña como tú fuera a disfrutar tanto con un espectáculo de striptease.

—Quizá sea más atrevida de lo que tú te piensas —puntualizó mientras se sacaba la rebeca de los brazos y la dejaba sobre una silla cercana.

—Hum. Eso suena muy bien —comentó Darcy con una amplia sonrisa.

—Me toca repartir —dijo Silver escuetamente, tomando el mazo y barajando con agilidad. Jugaron en silencio, soltando y tomando cartas hasta que Silver se recostó sobre el respaldo de la silla con una sonrisa de gran satisfacción—. A ver si lo mejoras, tengo una escalera.

—Parece que vas a ganar esta mano, cariño —dijo Darcy soltando sus cartas.

—Me gustaría que te quitaras la camisa para poder admirar ese musculoso torso desnudo por última vez, antes de que te vayas del rancho —dijo ella con malicia. Supo que jugaba con fuego por enésima vez cuando descubrió un ligero brillo de deseo en los ojos de él.

—Las reglas no te permiten elegir prenda, pero nada más lejos de mi intención que decepcionar a una dama —contestó él mientras se tomaba un tiempo infinito para desabrocharse todos los botones. Por fin se quitó la camisa y ella admiró su cuerpo. Era un cuerpo conocido, lo había acariciado, su fortaleza había sido diseñada por la naturaleza para dominar a un animal salvaje o... a una mujer. Silver sintió que su pulso se aceleraba—. Esos pensamientos solo nos pueden traer problemas, señorita Braybourne —advirtió Darcy, atento a sus reacciones—. Silver se sonrojó hasta la raíz del cabello, contrariada por la excesiva satisfacción que mostraba él al saberse dueño de la situación emocional.

—Te toca repartir —contestó Silver secamente. Jugaron otra vez

en silencio, concentrados en las cartas e intentando adivinar el juego del contrario—. Date por perdido, Darcy, es imposible que puedas mejorar mi juego —dijo Silver.

—Lo intentaré —dijo depositando sus cartas sobre la mesa con una reverencia exagerada. Tenía un par de ases y un par de sotas—. ¿Qué me dices a esto? —Silver soltó sus cartas con resignación y se quitó el jersey de lana sin pompa alguna.

Debajo apareció un sujetador minúsculo de seda carmesí cuyas copas apenas retenían el considerable volumen de sus redondos pechos enhiestos. El contraste con las perlas que rodeaban su cuello era lujurioso. «Relájate», se dijo. «Así es el juego». Pero Darcy estaba anonadado y, cuando sus ojos se encontraron, Silver perdió la calma por completo: ese hombre comunicaba un deseo sexual que parecía una auténtica necesidad. Y ella no podía culparlo, al fin y al cabo en su mano estaba haber elegido las perlas, o las botas, sin embargo había algo en el ambiente que la obligaba a comportarse con un atrevimiento cercano a la locura.

—No tenías por qué quitarte...

—Lo sé —contestó ella—. No importa, he perdido y me he quitado el jersey. Sigamos jugando.

Él fijó la vista en sus pechos como si fuera una caricia y a ella se le endurecieron los pezones, al tiempo que sentía un flujo de humedad entre las piernas. Debían terminar el juego cuanto antes, esa era la mano decisiva y ella tenía que ganarla para acabar con Darcy de una vez por todas. Su equilibrio emocional estaba en juego, por no hablar de su libido.

Jugaron de nuevo y esta vez perdió Darcy. Se puso de pie y sus dedos jugaron con los botones de sus vaqueros mientras sonreía mirando directamente a los ojos verdes de Silver. Se desabrochó el primer botón, luego el segundo, acarició el tercero y, finalmente, se quitó el reloj y lo dejó sobre la mesa. Silver se sintió profundamente decepcionada, pero no pudo evitar soltar una carcajada de camaradería.

—Muy hábil —dijo ella—. Una treta completamente inesperada.

—Gracias. El suspense aumenta la excitación, ¿no te parece?

—La última mano —anunció Silver, absolutamente dominada por el deseo, a pesar suyo. Repartió las cartas y rezó en silencio antes de echar una primera mirada a las suyas. Cuando las miró, su esperanza quedó aniquilada. No tenía nada. Pensó en echarse un farol, pero la vez anterior no le había servido de nada—. Dame cinco —pidió, por fin. Ahora estaba mejor la cosa, emparejó las cartas y, antes de soltar sobre la mesa su mano ganadora, pensó que a partir de esa noche no

iba a volver a ver a ese hombre jamás. Tampoco sabía si estaba emocionalmente preparada para eso, pero había llegado el fin de su relación y había que aceptarlo. Ella podría ocuparse del rancho sola sin ninguna dificultad y confiaba plenamente en Lucky Hand—. Dos reyes y dos sotas —proclamó mostrando las cartas—. Echa un vistazo y desaparece de mi vista.

—Lo siento, corazón. Tengo un full —dijo él con un profundo suspiro.

—Parece que es tu noche de suerte —contestó Silver horrorizada y llena de júbilo al mismo tiempo, mientras miraba los dos reyes y las tres reinas—. Tiene gracia, por un momento pensé que iba a librarme de ti para siempre.

—Por eso son tan peligrosos los juegos de azar. Es muy fácil tener una intuición equivocada. O acertar y perder toda cautela —filosofó Darcy antes de mirarla a los ojos pudorosamente—. Lo siento, Silver, he ganado yo —añadió con modestia.

Ella lo observó buscando un indicio de arrogancia que la hubiera hecho despedirse y salir por la puerta de inmediato, pero no lo encontró. Allí solo había gentileza, humildad y ternura.

—No lo sientas, una apuesta es una apuesta. El resultado de esta es que te quedas en el rancho y entrenas a Lucky Hand.

—Lo entrenamos los dos, yo no puedo hacerlo solo.

—Y… —balbuceó ella.

—Y hacemos el amor—concluyó Darcy, acariciándole los brazos desnudos—. He intentado apartarte de mi mente, pero ha sido imposible. Por la mañana, por la tarde y por la noche, allí estás tú ocupando todos mis pensamientos.

La miró a los ojos y se sintió satisfecho al ver los rescoldos encendidos del deseo en los suyos. Se inclinó y la besó en el ombligo y luego un poco más arriba. Silver se desabrochó el sujetador y dejó que él lamiera sus pechos mientras ella se sentaba a horcajadas sobre su regazo. Sintió cómo la erección de él, que se había iniciado durante el juego, crecía bajo su pubis cubierto por los vaqueros hasta alcanzar unas dimensiones considerables. Ambos iniciaron al tiempo un rítmico movimiento de caderas para frotarse los genitales y encender aún más su deseo. Ella acarició sus hombros y luego apretó los pechos contra él mientras sus manos se hundían por debajo del pantalón medio desabrochado y mimaban su masculina turgencia durante unos segundos, antes de desabrochar el resto de los botones.

—Espero que no te importe que te quite los pantalones. Hace unos minutos no tuviste el valor suficiente para hacerlo tú mismo.

—Estábamos jugando, no hubiera sido demasiado delicado por mi

parte. Pero ahora soy capaz de desnudarme en un instante —aclaró, poniendo en práctica sus palabras.

Ella lamió su pecho, deteniéndose en los masculinos pezones, chupando y mordiendo hasta que él gimió de placer. Volvió a gemir cuando ella le sujetó el endurecido sexo con ambas manos y primero acarició los testículos con ligeros apretones y movimientos giratorios, y luego su pene, varias veces, de arriba a abajo. La boca de Darcy se lanzó sobre los labios de Silver, apresándolos, lamiéndolos y mordisqueándolos. Sus manos se movían desde el vientre hasta la cintura y los pechos de ella, con frenesí. Silver ardía de pasión, su torrente sanguíneo fluía a toda velocidad, su corazón acelerado golpeaba dentro de su pecho como un tambor en una danza salvaje y sus terminaciones nerviosas se estremecían de placer intermitentemente. Jamás se había sentido tan cerca de un éxtasis absoluto.

—¿Serías capaz de quitarme los pantalones antes de que explotemos? —preguntó ella con voz ronca, moviendo de nuevo las caderas, sexo contra sexo—. Quisiera disfrutar de un orgasmo con penetración.

—Ahora mismo —contestó él buscando la cremallera.

La abrió con prisa, la sentó sobre la mesa y ella se dejó caer hacia atrás, quedando tumbada boca arriba. Le quitó las botas y luego los pantalones. Un delicado triángulo de seda carmesí cubría su sexo. Darcy se estremeció ante la magnífica belleza de su impresionante cuerpo apenas cubierto y adornado por esa breve prenda de refinada ropa interior. La observó: sus ojos estaban nublados de deseo, sus pechos erectos y duros, su vientre liso, sus piernas abiertas y acogedoras, con una mano se acariciaba ligeramente los labios recordando el beso reciente. Darcy introdujo un dedo debajo del encaje del triángulo de seda y acarició su vello púbico.

—Me gustas mucho en ropa interior, preciosa —dijo con una mirada ardiente.

—Me alegro —contestó ella, rotando ligeramente las caderas.

—Los tangas me vuelven loco —afirmó él sacando el dedo y utilizando toda su mano para acariciar el diminuto triángulo de seda y hundir finalmente los tres dedos centrales en su oquedad más íntima. Silver se estremeció de gozo y renovó el movimiento de sus caderas con mayor urgencia.

—A mí también me gustan —contestó ella con un gemido—. Me siento más cómoda —añadió humedeciéndose los labios.

—Ese pensamiento me va a mantener excitado durante un mes —dijo volviendo a meter los dedos debajo de la seda para masajear su

clítoris hasta que Silver emitió un breve sollozo de placer. Después, ella se incorporó y se abrazó a él.

—Deprisa —pidió con un susurro.

—No. Quiero que disfrutemos al máximo —dijo Darcy, quitándole por fin la braguita de seda.

—Por favor —suplicó ella de nuevo, moviendo la cabeza de lado a lado—. Por favor… —insistió asiendo las manos de él y presionándolas sobre su vagina.

—Estás muy excitada —dijo él, sorprendido.

Incapaz de negarse, Darcy apretó la palma de la mano sobre su sexo y lo acarició con impulsos circulares, metiendo y sacando un dedo de su vagina de vez en cuando, mientras ella se arqueaba y se estremecía con un primer orgasmo que sacudió todo su cuerpo en varias oleadas de intenso placer. Silver lanzó un suspiro ronco y profundo cuando su cuerpo se aquietó y él la deseó aún más. Desesperado y con urgencia se liberó de sus calzones y la penetró centímetro a centímetro, sintiendo un primer estallido de gozo. Ella abrazó su cintura con las piernas y lo atrajo hacia sí. Él comenzó con suaves embestidas, deseando prolongar el acto todo lo posible.

—Suelta las riendas, Darcy, te necesito —rogó Silver con tono apremiante.

Sus dedos se hundieron en el corto cabello de él y mordió su hombro mientras sus caderas se agitaban al ritmo de su deseo. Ante la urgencia de ella, la visión de Darcy se nubló y perdió el control. Dejó que su cuerpo impetuoso embistiera el sexo de ella con la lujuria típica de un semental acoplándose a una yegua. La penetró una y otra vez con fuerza, clavando su órgano hasta el fondo de su vagina, mientras ella cooperaba activamente levantando las caderas para unirse a él y mantenerlo atrapado entre sus piernas. Darcy nunca se había sentido tan fuera de control. Solo pensaba en su propia satisfacción y en la de ella. En ese momento, sus dos mundos se reunieron en uno solo. Sin pensar en las posibles consecuencias, él se vació dentro de ella y sintió el mayor climax de su vida. Silver gritó, estremeciéndose de nuevo en una segunda explosión de placer. La habitación se lleno de un silencio sobrecogedor solo interrumpido por el aliento entrecortado de ambos. Cuando Darcy recuperó la respiración, deshizo el abrazo pero no llegó a separarse del sexo de ella, quería mantener esa comunicación tan íntima para siempre.

—Silver —suspiró. Ella no contestó, mantuvo los ojos cerrados y respiró con sofoco. Él no pudo evitar besar sus pechos, primero el uno y después el otro—. Silver, ¿estás bien? —Ella movió la cabeza al sentir sus besos, pero no dijo nada—. Silver, dime algo o voy a

empezar a preocuparme.

—Dios Santo —susurró ella, tapándose la cara con las manos—. ¿Qué hemos hecho?

—¿Qué? Hemos tenido una sesión de sexo salvaje y despreocupado, eso es lo que hemos hecho —contestó él, totalmente sorprendido por la reacción de ella. ¿Qué pasaba con las mujeres que siempre adoptaban una actitud inesperada en sus relaciones con los hombres?—. No tienes por qué avergonzarte, lo que hemos hecho es completamente natural —el simple recuerdo lo enardeció de nuevo y volvió a embestirla.

—No —dijo Silver—, no podemos...

—Claro que podemos —contestó con otra suave embestida y los ojos brillantes de deseo.

—Creo que no debemos repetirlo —dijo ella apoyando una mano defensiva contra el pecho de él, aunque su cuerpo respondía perfectamente a sus maniobras lascivas.

—¿Qué? —preguntó él, atónito.

—No quiero romper nuestro acuerdo inicial. Solo una vez, no más.

—Esa es una vieja historia y tú lo sabes. Además, nuestra última apuesta incluía hacer el amor contigo, sin especificar el número de veces. Sin embargo, estoy dispuesto a discutir los términos de un nuevo acuerdo —dijo Darcy besándola y comprobando satisfecho cómo ella respondía sin dificultades.

—¿Es así como tú discutes las cosas? —preguntó Silver.

—Se llama comunicación gestual —dijo Darcy con una sonrisa—. Es la más sincera.

—Por mi parte, solo estoy dispuesta a tener una comunicación verbal a partir de este mismo momento —replicó ella, tozuda, mientras se incorporaba y cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Como quieras —aceptó él intentando besarla de nuevo. Ella lo detuvo.

—Lo que quiero es que nos distanciemos.

—¿Para qué?

—Para que esto no vuelva a suceder —dijo ella con una firme determinación en sus ojos verdes. El deseo de Darcy desapareció como por ensalmo. Se puso los pantalones.

—Eso de mantenernos distanciados no va a ser fácil, ¿eh?

—Sí —contestó ella con expresión resuelta—. Solo hace falta mantener un poco la disciplina.

El la miró de arriba a abajo, incrédulo, y sonrió al ver cómo sus pezones se erizaban y sus caderas se sacudían involuntariamente. Acababa de rechazarlo, pero el deseo seguía vivo, de eso no cabía la

menor duda.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Estoy segura de que ambos sabremos controlar nuestras emociones, si nos lo proponemos —afirmó ella pensando que en el fondo su actitud era de cobardía, de miedo a no poder manejar la relación a su gusto, como siempre había hecho en el pasado.

—Seguro que sí, pero... ¿por qué? —inquirió él mirándola a los ojos. Sus miradas convergieron y Silver se dio cuenta de que podría enamorarse de él con gran facilidad—. ¿Por qué no dejar que nuestros cuerpos se amen y disfruten mientras dura la pasión? ¿A quién hacemos daño?

—Bueno, hay que pensar en John Tom...

—Me dijiste que no había nada entre vosotros.

—No hay nada, pero él no es capaz de aceptarlo. Tengo que hablar con mi padre.

—¿Vas a contarle lo nuestro? —preguntó él estupefacto.

—No, claro que no. Soy sincera, pero no suicida. Tengo que hablarle de John Tom, de que no pienso casarme con él. No pienso hablarle de nosotros, no lo entendería, ni siquiera lo entiendo yo.

—No hay nada que entender. Yo soy un hombre y tú una mujer. Eso es todo.

—Incluso así, no creo que mi padre lo comprendiera.

—Nunca pensé que fueras tan cobarde, Silver —la acusó él, lamiendo sus labios de nuevo con ternura.

—No soy cobarde. Simplemente prefiero alejarme de ti para detener el amor que comienzo a sentir.

—En eso coincido contigo —se apresuró Darcy a dejarlo bien sentado.

Ella tomó en consideración los auténticos sentimientos que se traslucían detrás del deseo de él.

—¿No podríamos cerrar el caso sin complicarlo más? —le suplicó, acariciando su labio inferior y rezando en el fondo para que él se negara.

—¿Cerrar el caso? No, creo que no. Creo que mi buena salud se resentiría bastante si tuviera que renunciar a ti justo ahora. Tampoco creo que fuera una buena solución para ti: las personas frustradas se vuelven ariscas y pierden la cordura.

Definitivamente, no. Lo que yo creo es que debemos amarnos sin tregua hasta que ambos acabemos hartos el uno del otro. Eso es lo que creo, si quieres saber mi opinión.

Ella rió y le rodeó la cintura con las piernas, asombrada ante la rapidez con que creció el deseo físico de él, presionando contra el sexo

de ella. Darcy la tomó en brazos y la llevó a su habitación. Cuando la depositó sobre la cama como si fuera una joya, comprobó que estaba húmeda y la penetró. Hicieron el amor otras dos veces más.

A la mañana siguiente, Silver despertó de un sueño maravilloso y sonrió complacida al ver su sueño hecho realidad. Estaba en la cama junto a Darcy y se sentía enamorada, no solo porque fuera un amante extraordinario, sino por la ternura de sus gestos y por la existencia de un cierto entendimiento cómplice entre ellos. Pero... ¿él?, ¿qué pensaría? Prácticamente había aceptado que sentía algo por ella la noche anterior. ¿Podría ser amor? Sin embargo, se marcharía al cabo de un mes. Silver disponía de veintiocho días para enamorarse y desenamorarse. O para convencerse de que él la amaba, de que ambos se amaban y de que merecería la pena pasar más tiempo juntos. Se imaginó una relación permanente junto a Darcy, pero rápidamente se dio cuenta de que esperar eso de él sería una locura. Ese hombre era como un caballo salvaje sin domesticar y sería prácticamente imposible atarlo a una vida ordenada y sedentaria. Además, estaba segura de que había algún misterio sin resolver en su pasado y, por tanto, era preferible mostrarse precavida, aunque... a los Braybourne siempre les había gustado el riesgo. Tendría que pensar sobre ello detenidamente.

Darcy se removió y, sin abrir los ojos, la abrazó y la atrajo hacia sí.

—Creo que hay alguien en mi cama —dijo.

—¿Alguien conocido? —preguntó ella de broma besándolo.

—Hum, a ver, ¿qué es esto? —se preguntó Darcy hundiendo la mano en su lugar más secreto. Silver gimió—. Me encanta ese ruidito que haces con la garganta cuando te inunda el placer —dijo abriendo los ojos—. He soñado contigo.

—Y yo contigo —contestó Silver, humedeciéndose los labios con la lengua.

—He soñado con todas las cosas que tenemos que hacer juntos.

Ella tiró de sus brazos y lo obligó a tumbarse encima de ella mientras le acariciaba el labio inferior y metía los dedos entre sus dientes.

—Será mejor que dejes de soñar y empieces a actuar —le dijo con expresión radiante.

—Estoy a tus órdenes —contestó él lamiendo sus dedos y separándole las piernas con una rodilla. Ella se arqueó y él la penetró con la sencillez y la ternura propias de los verdaderos amantes.

Capítulo Nueve

Durante las dos semanas siguientes trabajaron codo con codo. Lucky Hand estaba haciendo progresos muy importantes, tanto en materia de velocidad como de autocontrol. Y ellos también podían presumir de estar construyendo una relación satisfactoria, mucho más que satisfactoria, en realidad, prácticamente idílica.

—Vamos, Silver, tráelo hasta el portón —dijo Darcy. Iban a hacer correr a Lucky Hand en un hipódromo cercano al rancho de John Tom Thomas.

—No te muevas, voy para allá.

—Aquí estoy, sólido como una roca, no pienso moverme —contestó él sintiendo cómo su virilidad se esponjaba ligeramente ante la proximidad de ella. El deseo de ambos había resultado incontenible durante los últimos quince días y nada indicaba que las cosas fueran a cambiar.

—Bien, eso es lo que esperaba escuchar —dijo ella acercándose con una mirada risueña.

—No me mires así, si no quieres que te rapte y te meta en un granero para «tú ya sabes qué».

—Ahora tenemos trabajo, pero tengo planes interesantes para cuando terminemos —repuso ella con un tono de voz provocativo y haciendo un mohín muy prometedor con los labios, mientras colocaba las riendas de Lucky Hand.

—Bien, vayamos hacia la línea de salida. Tater nos espera.

Silver condujo al semental negro y se unió a otros tres jinetes en la línea de salida. Cuando estuvieron preparados, uno de los entrenadores soltó el pañuelo. Darcy observó complacido que Silver montaba a Lucky Hand como si fuera una prolongación de su propio cuerpo.

—Míralo —le dijo Darcy a Tater—, está adelantando a todos por la derecha. Va a ganar —añadió justo antes de que el semental cruzara la línea de meta en primera posición y Tater detuviera el cronómetro.

—Menos de un minuto —se asombró Tater—. Puede que este caballo tenga un buen futuro, después de todo.

—Tiene categoría —dijo Darcy—. Te lo aseguro. Puede ganar la Copa Rosemont.

—Eso si el rancho no entra en quiebra antes —comentó Tater, sombrío.

—¿A qué te refieres? —preguntó Darcy.

—No he dicho nada, olvídalo, no es asunto mío…

—Tater —gritó Silver, acercándose al paso—. ¿Lo has visto? Ha

corrido tan veloz como el viento… —Silver se interrumpió al ver las caras taciturnas de los dos hombres—. ¿Qué pasa?

—Nada en absoluto, niña —contestó Tater.

—Tater está estupefacto por el tiempo que habéis hecho —intervino Darcy con disimulo—. Muéstraselo, Tater.

—Mira —dijo Tater—, cincuenta y ocho segundos.

—Estáis de broma, ¿no? —repuso ella agarrando el reloj para comprobarlo con sus propios ojos—. Dios santo, con ese tiempo podríamos ganar la Copa Rosemont.

—De eso se trata, ¿verdad?

—Espero que no me estéis tomando el pelo, porque tengo todas mis esperanzas puestas en este caballo.

—Nada de eso —aseguró Darcy—. Míralo, Silver, sus ojos ya conocen el éxito y te aseguro que desde ahora va a correr al máximo de sus posibilidades para poder disfrutarlo de nuevo. Lo sé. Este es el inicio de la recuperación del rancho Braybourne.

—Eso que escucho son buenas noticias, ¿no? —dijo una voz masculina de alguien que se acercaba por detrás de ellos. Se volvieron. Era John Tom—. Hola, cariño —le dijo a Silver—. He visto cómo corría tu caballo, creo que ha mejorado bastante.

—Ha mejorado muchísimo —lo corrigió ella.

—Has hecho un buen trabajo con él considerando…

—Considerando… ¿qué?

—Todas las dificultades con que te has tenido que enfrentar. Pero no te preocupes, todos los problemas se arreglaran en cuanto nos hayamos casado. Podrás disponer de los mejores entrenadores y de las mejores instalaciones.

—Esa tentación no va a llevarme al altar, John Tom.

—Ya veremos —rió él.

Darcy estudió a John Tom de reojo. Parecía demasiado complacido consigo mismo, teniendo en consideración que Silver lo había rechazado una y otra vez durante los últimos tiempos. Algo no encajaba. ¿Se habría comprometido Harden a concederle la mano de su hija sin su previo consentimiento? No, imposible, esas cosas ya no pasaban en el siglo veintiuno.

—Hola, John Tom —dijo Harden, uniéndose a ellos—. Ese caballo zaino que he visto en tu rancho es una preciosidad.

—Espérate a verlo correr. Real Thing es como un rayo. Vamos a ganar con él la Copa Rosemont.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Silver.

—Ya verás como te alegras cuando ganemos, cariño. ¿No te gustaría tener un campeón?

—Sí, y lo voy a tener —dijo acariciando la espalda de Lucky Hand —, con la ayuda de este magnífico semental negro —añadió.

—¿Vas a competir con él? Pero... —dijo mirando a Harden—, nosotros... Bueno, no importa, cariño. Harden, ¿por qué no pasas luego por mi rancho para estudiar más de cerca a Real Thing? Así podríamos charlar un rato.

—De acuerdo.

—Hasta luego, cariño —se despidió John Tom de Silver.

Silver lo saludó con la cabeza y miró a su padre.

—Papá, tendrías que haber visto correr a Lucky Hand. Este caballo es extraordinario, ¿verdad, Darcy?

—Sí lo es. Creo que es un caballo ganador.

—Has hecho un buen trabajo con él, hija, yo no tenía tantas esperanzas, desde luego.

—Gracias, papi, pero no lo he hecho sola, Darcy ha sido de gran ayuda —explicó lanzando una mirada explosiva a su amante. Pero Harden mostraba una expresión ausente y preocupada, por lo que no captó el trasfondo de la elocuente mirada de su hija—. ¿Qué pasa, papá? ¿Algo va mal? ¿Te duele el brazo? ¿Te duele la pierna?

—No —contestó dirigiendo una mirada cómplice a Tater—. Quizá sean los primeros síntomas de una gripe, nada grave. Tater, ¿me acompañas a repasar la lista de provisiones? Luego nos vemos, Silver —se despidió Harden.

—¿No te parece que se traían algo entre manos, Darcy? —preguntó Silver una vez hubieron desaparecido los dos hombres.

—No lo sé —contestó.

Pero Darcy también sentía que algo extraño estaba ocurriendo. Harden parecía atribulado y no se había comportado como el hombre seguro de sí mismo que solía ser. Lo más probable era que se tratara de su situación financiera, pensó Darcy. No le quedaría más remedio que emprender una pequeña investigación por su cuenta.

Silver escrutó los alrededores y, cuando comprobó que nadie los estaba mirando, se puso detrás de Darcy y metió una mano en el bolsillo derecho de sus pantalones para palpar su virilidad. Darcy sujetó la mano de Silver desde afuera para detener el crecimiento inmediato de su miembro.

—No sigas o tendré que darte una buena paliza —bromeó él.

—Me encantaría —le susurró ella al oído con tono cantarín.

—A mí también, lo reconozco —admitió Darcy. Deseaba a esa mujer con una pasión animal que se remontaba a sus primitivos ancestros. Pero el deseo estaba teñido de culpa. Desde aquella noche en el local de Loretta había deseado contarle a Silver la verdad sobre

su identidad, pero no sabía cómo plantear el tema. Lo que estaba claro era que la situación no podía seguir así. O confesaba pronto o abandonaba. De pronto, recordó la visita de John Tom—. ¿Por qué se empeña John Tom en hablar como si fuerais a casaros mañana?

—Esa es su forma de ignorar la verdad.

—¿Le has dicho a tu padre claramente que no piensas casarte con él?

—No del todo, lo he intentado varias veces, pero siempre hemos interrumpido la conversación por algún motivo.

—Si no lo aclaras pronto, acabarás por casarte con él.

—No seas ridículo.

—Puede que no sea tan mala idea, Silver —insinuó Darcy. Por mucho que odiara ese pensamiento, empezaba a creer que quizá fuera lo mejor para Silver a largo plazo. La pasión que compartían ellos dos acabaría por terminarse y, además, él tenía que volver a Virginia en un par de semanas. Quería hacerse cargo personalmente de la presidencia de un nuevo consejo de administración, en vez de dejarlo todo en manos de su primo Nick. Ya era hora de tomar las riendas de su vida—. En serio, Silver, puede que no sea tan mala idea —insistió —. Ese hombre bebe los vientos por ti.

—No quiero hablar de ese tema. No cuando tú y yo...

—Silver, hay algo que quiero contarte.

—Espera —contestó Silver. Tater había regresado y le gritaba desde la camioneta haciendo gestos para que acudiera inmediatamente—. Tater me necesita, parece muy alterado. Te veré luego en el rancho. Ocúpate de Lucky Hand, por favor.

Silver subió las escaleras del porche de su casa de dos en dos y se dio de frente contra su madre.

—Mamá, ¿cómo está? —preguntó acelerada.

—Maldito orgullo. Le pedí que no saliera de casa esta mañana, pero ni caso. Dijo que tenía que comentar un asunto con John Tom y se fue.

—¿Qué es? ¿Un ataque al corazón? —preguntó sobrecogida por la preocupación.

—Nada de eso, cariño, aparta ese pensamiento de tu mente. Seguramente es ese virus de la gripe que ronda por Cecil. Ayer estaba muy molesto por algo y no quiso probar la cena, pero cuando esta mañana rechazó el desayuno, le pedí inútilmente que se quedara en casa, y... ya ves, lo ha tenido que traer Tater medio desfallecido.

—¿Puedo verlo?

—Claro, sube. Yo voy a prepararle un té.

Silver tuvo un pensamiento repentino cuando se dirigía hacia las

escaleras.

—Mamá, ¿recuerdas que un día me dijiste que deseabas que encontrara el hombre adecuado para mí?

—Sí, me acuerdo.

—¿Cómo reaccionaría papá si le dijera que ya lo he encontrado?

—Ya conoces a tu padre, Silver, le gusta hacer las cosas a su manera. El azar no encaja en sus planes. El honor de la familia Braybourne está por encima de todo y ahora está atravesando momentos difíciles para él. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, supongo que sí —contestó Silver dándose cuenta por primera vez de que el honor y la familia eran los principios básicos de la existencia de su padre.

—Sube a verlo y dile que no se levante de la cama si no quiere que lo ate.

Silver se rió entre dientes y subió hasta la habitación de sus padres, que tenía la puerta abierta. El inmenso cuerpo de su padre yacía en mitad de la cama, pero ya no parecía tan grande y tan fuerte como de costumbre. Parecía un hombre súbitamente avejentado y derrotado. Silver ahogó un gemido de sorpresa y dolor. Su padre estaba inmóvil. Dio un paso hacia adelante, asustada.

—¿Papá?

—No hace falta que me mires como si fuera un marciano, Silver.

—Acabas de darme un susto de muerte, maldito seas.

—Estaba descansando. ¿No puede un hombre descansar sin que se alborote el gallinero?

Silver rió dejándose caer sobre el colchón, pero la broma de su padre le sonó forzada y se preguntó qué podía haber alterado de tal manera su encanto natural.

—¿Hay algún problema, papá?

—Eso depende —contestó colocándose la almohada—. Te estás haciendo demasiado amiga de Darcy para ser, como eres, una mujer a punto de casarse, ¿no?

—No soy una mujer a punto de casarse —dijo Silver poniendo los ojos en blanco.

—Silver, sabes que John Tom desea casarse contigo. Está esperando que llegue el momento de proponértelo formalmente, pero ya ha hablado conmigo, como corresponde a un caballero de su clase.

—Sin embargo, será mi decisión la que prevalezca.

—John Tom piensa que puedes dejarte influir por mi opinión.

—Ni hablar —gritó Silver escandalizada—. Por supuesto que te quiero y te respeto, pero eso no significa que vaya a casarme con un hombre al que no amo.

—¿No querrás que te dé unos azotes, mocosa? —bromeó él.

Silver rió y le dio un beso en la frente.

—Estás ardiendo.

—Son todas esas mantas que tu madre ha apilado sobre mí aunque estemos en pleno verano. Voy a levantarme, tengo cosas que hacer.

—Darcy las hará por ti. Para eso lo has contratado, ¿no?

—Exacto, pero no para que engatuse a mi hija.

—¿Qué pensarías si te dijera que yo también estoy tratando de engatusarlo a él?

—No servirá, Silver. Ese hombre me gusta, pero no está hecho para ti. Tienes al hombre adecuado besando el suelo que pisas, un hombre que podría proporcionarte todas las comodidades necesarias para disfrutar de una vida llena de felicidad. John Tom tiene la clase y el dinero necesarios para sacar nuestro rancho adelante. Sin él..., me temo que...

—Papá, ya sé que hemos tenido dificultades financieras durante los últimos años, pero siempre hemos sabido superar nuestros problemas. Ahora volveremos a hacerlo.

—Silver —dijo Harden después de titubear un instante—, el banco está devolviendo nuestras facturas. Fred Waring vino ayer para informarme personalmente, no quería que me enterara por terceros.

—Pero hemos trabajado con ese banco desde hace más de cien años. Se supone que su negocio depende del trabajo de todos los ranchos de Cecil. Nos conocen y saben que pueden confiar en nosotros, siempre lo han hecho.

—Ha sido absorbido por un banco internacional y el nombre de nuestra familia ya no significa nada para los nuevos directivos. El hecho es que estamos en números rojos.

—Pero, papá, he estado mirando los libros de contabilidad y la situación no es tan mala como la pintas.

—Me temo que os he ocultado ciertos datos. Pensé que podría resolver el problema antes de que tu madre y tú os enterarais.

—Nos enteráramos... ¿de qué?

—Hace unos años vendí una participación de nuestro rancho al padre de John Tom.

—¿Qué?

—Deseaba nuestros pastos del sur —contestó él alzando la barbilla —. Fue un trato entre caballeros: dinero a cambio de un apretón de manos y la promesa de que nuestras familias se unirían.

—¿Se unirían? ¿Cómo?

—Bueno, tú y John Tom...

—¿Qué? —aulló Silver boquiabierta—. ¿Hablaste de mi

matrimonio con John Tom con su padre?

—Era una buena idea y lo sigue siendo. Estáis hechos el uno para el otro y os habéis querido desde que ibais al colegio.

—Esa es una vieja historia. No puedo casarme con John Tom, me aburre enormemente.

—Fue el último deseo de su padre en el lecho de muerte y John Tom tienen un gran sentido del honor.

—Eso que me cuentas es absolutamente medieval. Yo no estoy en venta. Puedes comunicárselo a John Tom.

—John Tom va a hacer frente a todas nuestras deudas mañana por la mañana para que no nos embarguen el rancho. Sin su apoyo, lo perderíamos todo, Silver.

—Papá, no lo entiendes, estoy enamorada de otra persona.

—Es posible, pero no puedes dejar que ese asunto siga adelante. No si te importa salvar a la familia.

—Papá, eso no es justo, no puedes hacerme cargar con todo el problema a mí sola.

—Lo sé, pero no se me ocurre ninguna otra solución.

—Podríamos usar la herencia que me dejó la abuela.

—Solo sería una gota en un vaso de agua.

—Lo único que necesitamos es un pequeño respiro. Luego ganaremos la Copa Rosemont y solucionaremos todos nuestros problemas.

—Silver...

—Escúchame. Sé mucho de caballos y nunca he visto a un purasangre con tanta madera de campeón como Lucky Hand. Sé que va a ganar y sé que nos embolsaremos un montón de dinero. Esa Copa marcará el renacimiento del rancho Braybourne.

—Silver, yo no tengo tanta confianza como tú y, además, el caballo carece de un pedigrí reconocido. Creo que debes casarte con John Tom, por el bien de ambas familias.

—Maldito seas tú y maldito sea John Tom. Ya os mostraré de lo que soy capaz —dijo saliendo del dormitorio a grandes zancadas, completamente enfurecida. Cuando se vio sola en el patio respiró hondamente ahogando unos sollozos de rabia. Amaba ese rancho, pero... ¿podría llevar la vida que deseaba si se casaba con John Tom? ¿Prefería perder el rancho? Instintivamente, se dirigió a los establos y sonrió aliviada cuando Lucky Hand la saludó con un relincho amistoso.

—Estamos solos en esto, ¿verdad? —le dijo—. Pero yo estoy preparada para darles a todos una lección. ¿Y tú?

Sin embargo, se sintió presa de una inseguridad infantil, necesitaba

consuelo, necesitaba a Darcy. Urgentemente. Buscó por los establos, la oficina y las habitaciones, pero no había el menor signo de su presencia. Subió al pajar que había en el piso superior y allí, entre haces de luz moteados de briznas de heno, estaba Darcy de espaldas, cargando pilas de forraje para los animales. Se detuvo un momento para secarse el sudor de la frente y se quitó la camisa, antes de volver al trabajo. Silver se acercó sigilosamente, loca de deseo. Recorrió su espalda con la punta de los dedos y luego con la punta de la lengua hasta lamerle el lóbulo de la oreja. Darcy gimió, pero no dijo nada ni se movió. Ella continuó sus caricias por todo el torso y apretó los pechos contra su acalorada espalda. Sus pezones se endurecieron y mandaron a su cerebro constantes mensajes de placer mientras los frotaba una y otra vez contra la espalda de él. Al cabo de unos momentos, sintió un delicioso flujo de humedad entre las piernas. Llevó las manos hasta sus caderas y las metió en los bolsillos de su pantalón para sentir la fortaleza de su miembro erecto.

—Te advertí de que si volvías a hacerlo íbamos a tener problemas —bromeó Darcy.

—Sí, me lo advertiste —asintió ella frotando su femenino sexo contra sus nalgas. Darcy puso sus manos sobre las de ella, encima del enorme bulto de su entrepierna, y tomó las riendas del masaje, gimiendo sin cesar, entrecortadamente. Al cabo de una eternidad, ella sacó las manos de los bolsillos y le bajó la cremallera de los pantalones.

—Te necesito, Darcy. Hazme el amor —pidió ella mientras acariciaba su potente erección.

—Ah, Silver, voy a tener un orgasmo gigantesco si sigues así —dijo dándose la vuelta para poder acceder a sus rincones más íntimos, sobre todo al tesoro que se ocultaba entre sus piernas—. Y la verdad es que prefiero vaciarme dentro de ti.

La desnudó en un instante, acarició su pubis y metió la mano entre los labios de su sexo, presionando aquí y allá. Ella se dejó hacer y soltó un gemido muy prolongado, con momentos álgidos de gozo y momentos de relax sincronizados con sus estimulantes caricias. Una de las manos de ella acariciaba la punta de su miembro viril y todo su cuerpo se estremeció satisfecho cuando notó cómo una gota de semen afloraba. Se inclinó para lamerla.

—Silver, dulce vida mía —susurró Darcy ahogando un suspiro de incontrolable placer.

Ella se estiró de nuevo y apretó todo su cuerpo contra el de él, mientras continuaba su libidinoso juego con la mano sobre la descomunal turgencia de él. Darcy la levantó en brazos y ambos se

lanzaron sobre un mullido lecho de paja. La boca de Darcy buscó ansiosa los orondos pechos de Silver, mientras su miembro viril presionaba gentilmente contra la entrada de su honda caverna, humedeciendo poco a poco el glande en su jugo femenino, sin llegar a penetrarla del todo. Rodeó con la lengua cada uno de sus pezones y luego los succionó ávidamente. Silver gritó de placer.

—Darcy, te necesito, será la última vez que lo hagamos, pero ahora te necesito.

Él la acarició y luego la penetró. Ella gimió, se acarició los pechos y se retorció de gozo. Ambos estaban preparados para el orgasmo que llegó a la segunda embestida, con el miembro de Darcy firmemente clavado en la vagina de Silver.

Al cabo de unos momentos, Silver se estiró complacida, cruzó los brazos por detrás de la cabeza y volvió a rotar las caderas.

—Si te empeñas tanto, podemos seguir aquí todo el día —dijo Darcy sintiendo cómo su cuerpo respondía.

—Me encantaría —murmuró ella.

Darcy se separó de ella con precaución. La admiró allí tendida desnuda sobre el heno y pensó que iba a ser muy difícil alejarse de ella. Cada día estaba más enamorado, pero si lo admitía delante de ella… ¿se vería forzado a pedirla en matrimonio? Y, si eso era lo que sentía… ¿por qué no hacerlo? De repente, la idea de sentirse atado por un matrimonio había dejado de ser algo espantoso para convertirse en una auténtica tentación. Pensó en John Tom como un enemigo a batir. Nunca podría separarse de Silver. Darcy abrió la boca para sincerarse con ella, pero de pronto recordó unas palabras que ella había pronunciado hacía un momento.

—Silver, ¿a qué te referías cuando dijiste que esta sería la última vez?

—Mi padre… —dijo ella temblando.

—Tu padre, es verdad. ¿Qué le pasa? ¿Es algo grave?

—Depende de lo que entiendas por grave. El banco está devolviendo todas nuestras facturas, no podemos pagarlas. Oh, Darcy, las cosas van muy mal. Mi padre vendió una participación del rancho Braybourne al padre de John Tom hace años mediante un pacto de caballeros, a cambio de que nuestras familias se unieran en el futuro y, ahora, John Tom dice que está dispuesto a afrontar nuestras deudas mañana por la mañana si yo me caso con él. Por eso está tan seguro de sí mismo. ¿Lo entiendes?

—Me estás diciendo que tu padre te ha vendido a John Tom, que ese imbécil ha sido capaz…

—Papá estaba desesperado —lo defendió Silver instintivamente—.

Lo ha hecho para que podamos conservar el rancho. —Darcy procuró recuperar la calma. Al fin y al cabo, en su mundo eran bastante comunes los matrimonios por interés, pero no quería que Silver tuviera que pasar por ello—. John Tom es guapo y amable, y lo conozco y lo aprecio desde hace años. Supongo que podría haber sido mucho peor.

—¿Sabe tu madre algo de todo esto?

—Creo que no. Mi padre me ha dicho que nos ha ocultado la mala situación del rancho durante años.

—Eso lo explica todo. No me imagino a tu madre aceptando este tipo de trato. Y tú... ¿qué piensas hacer?

—Concentrarme en el trabajo con Lucky Hand. Necesitamos ganar la Copa Rosemont.

—Voy a comprarte el caballo hoy mismo, para que puedas detener el proceso bancario. Luego, si gana la Copa, me lo puedes volver a comprar.

—¿Comprarme tú el caballo? Creía que vivías al día, sin ahorros de ningún tipo.

—Es verdad, cariño, pero tengo contactos y confío en poder reunir el dinero necesario.

—Te lo agradezco de veras —dijo Silver besándolo en la mejilla—. Pero este es un problema que deben resolver los Braybourne por sí mismos. Quizá podamos tapar el agujero durante un par de meses con la pequeña herencia de mi abuela.

—Bien —dijo Darcy saltando del heno y para ponerse la ropa—. Lo mejor será que ambos volvamos al trabajo inmediatamente.

—Yo tengo que ir a Cecil —dijo Silver—. Te veré más tarde.

—¿Esta noche? —preguntó Darcy.

—No, tengo muchas cosas en que pensar y algunas decisiones que tomar. Supongo que lo entiendes, ¿no?

—Comprendo. Nos veremos mañana. Silver... —quería decirle que la amaba, pero no sabía si era el momento adecuado.

—¿Sí?

—Trata de relajarte. Todo se solucionará.

—Claro que sí —contestó ella con una mirada de angustia que le rompió el corazón.

—Haré todo lo que esté en mi mano, te lo prometo —dijo Darcy.

Darcy esperó a que Silver se hubiera marchado y se dirigió directamente a la oficina para hablar con su primo. Le dijo que cancelara todas las deudas del rancho Braybourne y que abriera una línea de crédito. También le pidió información sobre las relaciones del rancho con la familia Thomas y sus posibles ramificaciones

financieras, si las había. Se había adelantado a John Tom. El único problema que quedaba por resolver era cómo contarle la verdad a Silver.

Capítulo Diez

A la tarde siguiente, Silver se metió un talón bancario en el bolsillo y se fue a los establos para buscar a Darcy. Al atravesar la entrada se dio cuenta de que Lucky Hand parecía inquieto y se acercó a él para ver qué pasaba. Darcy estaba allí.

—No entres, es peligroso —advirtió él.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Las visitas lo ponen nervioso porque está protegiendo a un nuevo amigo.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo?

—Mira.

Lucky Hand hundió cuidadosamente el hocico en el heno y Silver oyó un débil maullido. Algo se movió entre la paja y de repente apareció un precioso gatito pelirrojo recién nacido, obviamente disgustado porque lo hubieran despertado de la siesta.

—Pareces dispuesto a rescatarme de cualquier peligro, ¿eh? —bromeó Silver.

—No me hubiera gustado ver cómo Lucky Hand coceaba tu precioso cuerpo.

—No me refiero e eso.

—¿A qué, entonces?

—Mi madre me lo ha contado todo.

—Yo no hice nada —dijo Darcy, incómodo—. Solo un par de llamadas telefónicas a las personas adecuadas. Eso es todo. Nada de importancia.

—Estoy segura de que es más fácil decirlo que hacerlo.

—Solo pretendía ayudar —contestó Darcy encogiéndose de hombros—. No quería verte dilapidar la herencia de tu abuela si el tema podía arreglarse de otra manera. Ya te dije que tenía buenos contactos.

—Gracias —dijo ella con cierta distancia, el temperamento de los Braybourne no toleraba bien la ayuda exterior, aunque supusiera la salvación frente a un desastre.

—No pareces muy convencida —comentó Darcy con una sonrisa.

—Por favor, no me malinterpretes. Te agradezco enormemente lo que has hecho, pero...

—¿Pero?

—No esperaba que llegara un caballero andante sobre un caballo blanco para resolver todos mis problemas. En realidad estaba preparando un plan para resolverlos yo misma. Es una cuestión de orgullo familiar, ¿lo entiendes?

—Sí, lo entiendo, pero no tienes nada que reprocharte, trabajas todos los días de la mañana a la noche y luchas denodadamente para que el rancho salga adelante. Simplemente, has tenido un momento de mala suerte, eso le puede pasar a cualquiera, pero tu honor queda a salvo.

—Gracias, de todas maneras…

—Ya, te disgusta recibir ayuda ajena en cualquier caso, lo entiendo. ¿Quieres que te pida perdón? —preguntó él acariciándole la barbilla—. Las reglas de la buena educación se vuelven algo confusas en este punto, ¿no?

—Por tu forma de hablar, parezco una desagradecida, pero no se trata de eso, créeme. La cuestión es que tú…

—¿Qué quieres de mí, Silver? —preguntó Darcy muy en serio, pero con una expresión inescrutable.

—Y tú… ¿qué quieres de mí? —contraatacó ella al no encontrar una respuesta que explicara claramente sus sentimientos.

—Yo te lo he preguntado primero —dijo Darcy, acariciando su rubia melena.

—Quiero que aceptes este talón bancario, déjame compensarte por tu ayuda.

—Imposible. Te lo estás tomando demasiado en serio, Silver, ya te he dicho que solo he hecho un par de llamadas, nada más. Solo he tenido que convencer a cierta gente de que el rancho tiene un gran potencial si lo diriges tú.

—¿Y… han invertido en nosotros sin más?

—Efectivamente.

—O están locos o les sobra el dinero.

—¿Eso importa?

—No, supongo que no. Pero todo depende de los términos del acuerdo. No quiero que unas personas desconocidas empiecen a tomar decisiones importantes sobre las actividades del rancho, dejaría de ser mío, dejaría de ser nuestro.

—No te preocupes, Silver, el trato será generoso y justo. Ya te he dicho que saben que el futuro del rancho depende de lo que tú seas capaz de hacer con él. Y me han creído, sin complicaciones. Todo lo que necesitas es un crédito temporal, para salir adelante.

—No estoy segura —dijo Silver—, parece demasiado fácil. ¿Y… John Tom? —preguntó de repente, no quería crearse un enemigo en el vecindario, aunque no pensaba casarse con él mientras estuviera enamorada de otro—. Mi padre me ha dicho esta mañana que John Tom le había propuesto comprar a Lucky Hand, al saber que nuestro asunto bancario estaba resuelto. Quiere atraparme por alguna parte.

—Pero no han firmado nada todavía, ¿no?

—Creo que no.

—Ya, bueno, pienso que lo mejor es que los dos volvamos al trabajo, ¿no crees?

—Sí, eso será lo mejor. Darcy… te amo —le espetó sin más mientras recogía las riendas de Lucky Hand, antes de escrutar su rostro con disimulo y encontrar solo estupefacción, por lo que se apresuró a añadir—: Te amo y te respeto por haberme sacado de este atolladero. Todavía no sé cómo, pero buscaré la forma de compensarte debidamente. Muchas gracias.

—Silver, insisto en que no ha sido nada del otro mundo —contestó él tras dudar durante unos segundos.

—Yo creo que sí.

—Te aseguro que mi decisión no ha sido tan noble como tú te imaginas —dijo Darcy—. Lo he hecho por interés propio.

—No me lo creo.

—Silver, escúchame, yo no soy lo que tú piensas que soy. Tengo que contarte un par de cosas sobre mi pasado, sobre por qué vine a Cecil.

—No me importa tu pasado.

—Te importaría si lo conocieras, créeme. Busquemos un sitio tranquilo donde podamos charlar.

Acababan de entrar en la oficina cuando Tater irrumpió excitado.

—Darcy, ven ahora mismo, se ha roto el cercado de los potros jóvenes y han salido disparados en todas direcciones, tenemos que atraparlos y arreglar la valla.

—¿Dónde están Billy y Ed?

—Ed está enfermo y Billy se ha marchado a Cecil para comprar alambre de espino.

—De acuerdo, voy para allá. Hablaremos más tarde, Silver, ¿vale?

—Claro, no te preocupes, no voy a desaparecer del mapa. Estaré por aquí con Lucky Hand. Y tú…, lo mejor es que te marches ya, antes de que los potros crucen la frontera de Tennessee —bromeó ella.

—Bien, nos vemos luego —dijo besándola abruptamente.

Ella se quedó sentada en la oficina durante unos minutos, saboreando los sonidos y los olores del rancho, un rancho que atesoraba toda su historia familiar y que había estado a punto de perder ese mismo día. No sabía cómo, pero Darcy había conseguido integrarse en el paisaje de los Braybourne en tan solo dos semanas. Ojalá fuera para siempre. Por alguna razón, el último beso de despedida le permitía soñar con un futuro en común. Sonó el teléfono.

—Diga —contestó Silver.

—Hola, buenas tardes, quisiera hablar con Darcy Kristo..., hum, con Rick Darcy, por favor.

—Lo siento, pero no está aquí. ¿Desea que le deje una nota?

—Sí, por favor. Dígale que llame a Nick, él conoce mi número de teléfono. Gracias.

Silver colgó el teléfono, confusa. ¿Quién era Darcy Kristo? ¿Había cambiado de nombre Darcy por alguna razón? ¿Habría cometido algún delito? ¿Era Kristo una abreviatura de Kristopher? No. Su cerebro luchaba por colocar la palabra Kristo en su lugar correspondiente, lo cual quería decir que la conocía de antemano. ¿Dónde había oído ella la palabra Kristo hacía poco? Se estrujó la mente. Eso era, no la había oído, la había leído en una revista. Salió de la oficina a toda velocidad y cruzó los establos a la carrera. Cuando llegó a su casa, se coló en la sala de estar sin saludar a nadie y se puso a buscar como una loca un ejemplar reciente de la revista *Estilo rural sofisticado.* Encontró el artículo que buscaba sobre la familia Kristof, unos empresarios multimillonarios que poseían negocios tan importantes como para cotizar en bolsa por todo el país. El reportaje se había realizado en el rancho WindRaven, la casa natal de la familia en Virginia. Allí estaban las magníficas fotos del matrimonio Kristof posando con elegancia junto a la piscina de diseño. Y allí había también una foto de Darcy. Atónita, se puso de pie y dejó que sus lágrimas se derramaran a raudales.

—Hijo de mala madre —lo insultó en voz alta—. ¿Qué has hecho conmigo? ¿Pasar un buen rato con una aldeana? ¿Es todo esto una broma monumental? ¿O quizá una apuesta de un niño rico, mimado y aburrido?

Por supuesto que se trataba de una broma, ¿qué otra cosa podría ser?. «¿Cómo has podido dejarte engañar, Silver? Eres idiota», se recriminó. Cerró los ojos un momento para aquietar el dolor de su corazón y salió de la sala. Su madre bajaba las escaleras en ese momento y vio su expresión de sufrimiento.

—¿Qué pasa, Silver?

—No te preocupes, lo voy a arreglar ahora mismo —dijo Silver saliendo de la casa sin más explicaciones.

Buscó a Darcy en los establos, pero no lo encontró, debía estar todavía reuniendo a los potros y arreglando la valla. Descorazonada, pensó que al menos el descubrimiento de su verdadera identidad explicaba todas las contradicciones de ese hombre del que se había enamorado. Sintió cómo su sangre hervía al imaginarlo charlando con sus amigos y presumiendo de su conquista: «Hicimos el amor en los establos varias veces, era una chica ingenua, pero no carecía de

atractivo», diría él. El dolor amenazaba con destruir su fortaleza, pero hizo un esfuerzo y lo convirtió en cólera. Con paso decidido, entró en su habitación, sacó la vieja bolsa de viaje del armario y metió a trompicones todas las pertenencias de él, ahogando los sollozos. Cuando hubo terminado, soltó la maleta de Darcy sobre el centro de la cama y se sentó en una silla a esperar.

Darcy trabaja con impaciencia, quería terminar de una vez la conversación que había iniciado con Silver. Cuando llegó de vuelta a los establos, miró en la oficina y luego en el compartimiento de Lucky Hand, pero no había ni rastro de ella. Deseaba abrazarla y decirle lo mucho que la amaba, antes de explicarle el misterio de su auténtica identidad. Se había quedado estupefacto cuando ella le había dicho «te amo». Aunque luego había matizado su afirmación, Darcy sabía que ella lo amaba y quería que supiera cuanto antes que era correspondida. Ya imaginaba un futuro de amor eterno lleno de hijos y de devoción por el trabajo en el rancho. Abrió con prisa la puerta de su habitación para dirigirse al cuarto de baño y secarse el sudor de la frente con una toalla. Se detuvo al ver a Silver inmóvil, sentada sobre la única silla.

—¡Silver! ¿Qué haces aquí? —preguntó asombrado.

Ella no dijo nada, pero lo miró con ojos sombríos y atormentados.

—Tater y yo hemos tenido que sacar a uno de los potros del arroyo, me he caído en el barro —dijo sacudiéndose los pantalones con las manos—. Al final lo logramos. Tater y Billy están ahora arreglando la valla.

Ella le arrojó la revista contra el pecho y él la recogió antes de que cayera al suelo.

—Página cuarenta y dos —dijo ella.

Darcy miró la revista y su corazón dio un vuelco al reconocer el nombre de la publicación. Se había olvidado de la existencia de ese artículo, en realidad la entrevista había sido idea de sus padres, aunque su madre le había comentado hacía meses que pensaba incluir una foto de él, el único heredero del emporio Kristof. Miró a Silver, y vio que sus ojos lo miraban tan fríos como una noche polar. Intentó decir algo, pero ella lo detuvo.

—Me he estado preguntando qué hace un chico como tú en un sitio como este. Y, ¿sabes lo que he pensado? Me parece imposible que un *playboy* multimillonario se deje caer de repente por Cecil, Kentucky, a no ser que se trate de una broma, con el fin de poderte reír a gusto de mí y de mi familia junto a tus amigotes en vuestras lujosas reuniones sociales. La típica travesura egoísta e intrascendente de un ricachón mimado por la suerte.

—No era una broma —acertó a decir Darcy—. Era una apuesta.

—Una apuesta —repitió Silver automáticamente mientras sus ojos verdes se tornaron grises como el acero y ella se llenaba de furia.

—Sí, una apuesta con mi primo Nick.

—¿Nick? ¿Es ese el primo que ha llamado a primera hora de la tarde preguntando si podía hablar contigo, mejor dicho con Darcy Kristo...?

«Lo mato», pensó Darcy.

—Sí, es mi primo y, además, me está ayudando a hacer unas transacciones financieras.

—Pues gracias a él empecé a preguntarme dónde había oído ese nombre, el nombre de una familia multimillonaria procedente de Virginia, y recordé haber ojeado esa revista.

—Silver, no quiero que me malinterpretes.

—No te malinterpreto, simplemente me he dado cuenta de que te has estado riendo de mí desde el primer día, de que he sido el objeto inocente de una gran broma de la alta sociedad.

—Eso no es cierto. Estaba aburrido y me propuse vivir como una persona normal durante una temporada para intentar encontrarme a mí mismo. Señalé a ciegas un punto sobre un mapa y correspondía a Cecil. Cuando llegué conocí a Tater y el resto de la historia la conoces tú mejor que nadie —Darcy observó un destello del dolor que Silver pretendía ocultar por debajo de su enfado. Se acercó a ella y trató de abrazarla, pero ella le dio una sonora bofetada y se alejó de él.

—No te atrevas a tocarme —le advirtió colérica.

—Silver, déjame explicarte, por favor. . —No hay nada que explicar. Te aburrías y saliste en busca de un poco de diversión, querías rebozarte un poco en el barro como un niño pequeño y aprovechaste mi existencia para aderezar el juego con un par de orgasmos, que luego se convertirán en materia de bromas y risas con los amigos.

Darcy se veía incapaz de arreglar las cosas, deseaba compartir sus sentimientos con Silver, pero ella estaba cerrada en banda. Se sentía dolida y engañada y, sin duda, tenía razones para estarlo. Darcy se merecía el trato que estaba recibiendo.

—He deseado contártelo muchas veces, Silver, desde aquel primer día en el local de Loretta, pero... Maldita sea, Silver, yo te amo, pero antes de declararme quería explicarte mi verdadera identidad.

—Tu primo Nick te ha ahorrado ese trabajo. Además, no pienses que vas a engañarme más con tus promesas de amor, ya no te creo, ahora sé que eres un mentiroso. Quiero que salgas de mi rancho lo antes posible para perderte de vista para siempre —dijo ella

acercándose a la cama para tomar su bolsa de viaje y dársela—. Vete.

—¿Qué te parece que construyamos un futuro juntos? —preguntó Darcy disparando su último cartucho.

—Eso es un cuento chino con unos cimientos muy endebles.

—Dame una oportunidad.

—Prefiero seguir mi propio camino yo sola.

—Te amo, Silver.

—Deshonras esas palabras —dijo Silver abriendo la puerta—. Por favor, márchate ya y no vuelvas.

Darcy la miró y pensó en el amor que acababa de perder porque no había tenido el valor suficiente para confesarle la verdad cuando empezó a sentirse enamorado. Pensó explicarse de nuevo, pero Silver era tozuda y había recibido una impresión muy fuerte. Lo mejor sería dejar que las cosas se calmaran un poco.

—Este asunto no se acaba aquí —afirmó Darcy saliendo de la habitación.

—Por supuesto que sí —contestó ella dándole un portazo en plena cara.

Darcy recorrió los establos en silencio y se despidió con un ademán de Lucky Hand y del gatito que le hacía compañía. Salió al patio y se montó en la destartalada camioneta cuando apareció Tater.

—¿Te marchas, muchacho? He estado escuchando a Silver desde los establos, siempre ha tenido mucho genio. Pero no te preocupes por mí, yo entiendo que en ciertas ocasiones un hombre necesita cambiar de vida.

—No pretendía herir los sentimientos de nadie, y mucho menos los de Silver.

—Lo sé, muchacho. Pero es mejor que te vayas, antes de que ella salga y empiece a tirarte cosas a la cabeza.

Darcy encendió el motor y sacó medio cuerpo por la ventana para estrecharle la mano a Tater.

—Por favor, despídeme de Aggie y Harden...

—Lo haré, no hay ningún problema.

—Y..., otra cosa, dile a Silver Braybourne que ni se le ocurra pensar que esto acaba aquí.

—Lo haré. Que tengas buena suerte.

—Volveremos a vernos pronto —prometió Darcy.

—Demonios —dijo Tater soltando una carcajada—. No piensas dejarla escapar, ¿eh? Bien hecho, chico, cuento contigo.

Varias semanas más tarde, Darcy estaba tumbado sobre un sofá de WindRaven y apagó el teléfono móvil, arrojándolo sin muchos miramientos sobre la mesa.

—¿Y bien?—preguntó su primo Nick.

—Maldita sea, esa mujer es más tozuda que un asno, se niega a hablar conmigo. Y, la verdad, no sé qué hago yo hablando contigo, eres el culpable de todo este desastre.

—No empieces con ese tema otra vez, no me equivoqué a propósito, solo quería hacerte una consulta sobre el asunto Braybourne.

—Lo sé, Nick, lo sé. En realidad la culpa es mía, debí contarle la verdad la primera vez que la toqué, pero... ¿cómo podía imaginarme que iba a enamorarme? Ni siquiera he sabido hasta ahora lo que es el amor. Estoy decidido a casarme con ella aunque sea la última cosa que haga en toda mi vida.

—Pues prepárate para dar la noticia a tus padres, creo que ya estaban pensando en otra novia para ti.

—Acataran mi decisión. No puedo esperar más, Nick, me marcho mañana a verla. Tater me ha confirmado que va a correr la Copa Rosemont y quiero estar presente.

—¿Piensas darle los papeles que atestiguan el pedigrí del caballo?

—Creo que los guardaré para darle una sorpresa cuando nos comprometamos. No deja de sorprenderme la coincidencia, en realidad estábamos ya unidos por un caballo antes de conocernos.

—Ha sido una suerte poder seguir su rastro. Alguien robó el caballo cuando murió su primer propietario y se perdieron sus papeles, el caballo cambió de nombre y finalmente de propietario en una partida de póquer. Pero ahí está, preparado para correr la Copa Rosemont. Buena suerte, primo —dijo Nick despidiéndose—. Dile a los Braybourne que estaré encantado de conocerlos el día de la boda.

La noche anterior al día en que se iba a celebrar la Copa Rosemont se presentó fría y lluviosa en los establos del hipódromo de Kearney. Silver llevaba varias semanas ensimismada, pensando en lo que podría haber sido y nunca sería, pero agradeciendo de todo corazón la ayuda financiera prestada por Darcy: sus padres parecían haber rejuvenecido diez años.

—Maldito seas, Darcy —dijo acariciando el hocico de Lucky Hand con un tono que estaba a medio camino entre el insulto y el afecto—, ¿Por qué no puedo olvidarte? Quiero olvidarte, de verdad —añadió, sintiendo cómo las lágrimas corrían de nuevo por su hermoso rostro —. Dios mío, cuánto te echo de menos, Darcy.

—Yo también te he echado de menos, Silver —dijo Darcy apareciendo entre las sombras.

Atónita, Silver lo miró mientras su pulso se aceleraba escandalosamente y sus ojos brillaban enamorados, incapaz de ocultar

sus sentimientos al verse sorprendida por su inesperada presencia.

—¿Qué haces tú aquí? —susurró por fin.

—Por favor, concédeme unos minutos antes de decidir si quieres dejar de verme para siempre.

—De acuerdo —consintió ella, conteniéndose para no lanzarse a sus brazos y besarlo una y otra vez sin atender a razones de ningún tipo.

—Estoy enamorado de ti, Silver, tú eres la única mujer que puede hacerme feliz, la única mujer a la que podré querer jamás. Mi corazón dio un vuelco la primera vez que te vi.

—El mío también —dijo Silver.

—Y al conocerte mejor, he descubierto en mí valores trascendentales que antes se me pasaban desapercibidos, como el honor, el respeto, el esfuerzo y la vocación.

—¿De veras? —preguntó ella con una sonrisa.

—Créeme. Lo que más deseo en este mundo es estar contigo para seguir aprendiendo a ser una persona digna y merecedora del respeto de los demás durante el resto de mi vida —dijo rodeando su cintura con los brazos—. Por favor, déjame demostrarte cuánto te amo, perdóname por haberme comportado como un idiota. Dame otra oportunidad.

Silver acababa de pasar la peor época de su vida, decidida a olvidarse del amor de aquel verano, pero sin conseguirlo. Amaba a Darcy y lo sabía, así que… ¿por qué no darle otra oportunidad…? Pero deseaba hacerlo sufrir un poco más.

—Me asombra que seas capaz de portarte con tanta humildad, nunca creí que fueras capaz.

—No lo era, he tenido que comprarme un libro de autoayuda para aprender a tragarme el orgullo y suplicar perdón —explicó Darcy con una sonrisa.

—Ya veo. ¿Y… no has pensado en arrodillarte?

—¿Arrodillarme?

—Sí, resulta más convincente cuando se trata de una súplica.

—Ni hablar —dijo Darcy mirando a su alrededor—. Estos pantalones me los acabo de comprar.

Ella rió y le echó los brazos al cuello.

—Ese es mi chico, sabía que la humildad no duraría mucho, se contradice con tu carácter.

—Te hago una apuesta.

—Dime.

—Si me arrodillo delante de ti, te voy a pedir disculpas de una manera que no podrás olvidar jamás —dijo él apretando sus nalgas y

atrayéndola hacia sí para que pudiera sentir su erección.

—Se te olvida un pequeño detalle —rió ella—. Si te entretienes pidiéndome disculpas ahí abajo, no te va a quedar tiempo libre para pedirme que me case contigo antes de que se dispute la Copa Rosemont.

—No te andas por las ramas, Silver. ¿Es eso el resultado de una esmerada educación sureña en una dama?

—Acostúmbrate. Cuando una dama del sur quiere algo, nada se interpone en su camino.

Epílogo

Silver no iba a montar a Lucky Hand, se ocuparía de ello un jinete experto del rancho WindRaven, más ligero que su dueña.

Ella vigilaba el desarrollo de la carrera junto a Darcy entre la multitud de espectadores porque estaba demasiado nerviosa como para esperar en los establos junto a sus padres y a Tater.

—Míralo, Darcy, míralo —dijo Silver cuando Lucky Hand adelantó por la derecha al resto de los caballos en la primera curva.

—Creo que tu caballo va a ganar la carrera —contestó Darcy.

—Por supuesto —exclamó ella sorprendida—. Estoy convencida.

Darcy rió entre dientes.

—Y tú nunca te equivocas, ¿no?

—No. Mira, lo va a conseguir, lo va a conseguir. Oh, Dios mío, lo ha conseguido. Creo que voy a desmayarme.

—No te preocupes, cariño, si te desmayas lo harás en mis brazos.

—Siempre estaré en tus brazos —contestó Silver besándolo.

—Has ganado, Silver, tu apuesta por sacar adelante el rancho Braybourne era muy sólida.

—A los Braybourne nos gusta ganar.

—Ya los Kristof también. Dios se apiade de nuestros hijos.

—¿Hijos?

—Sí, quiero tener al menos cinco.

—¿Cinco? —preguntó ella anonadada—. Pues vas a tener que cambiar de sexo y tenerlos tú mismo, ya sabes, la medicina avanza a pasos agigantados —bromeó.

—Ya lo discutiremos más tarde, pero de momento me conformo con pasarlo bien mientras los hacemos.

—Yo también quiero pasarlo bien, en eso vamos a partes iguales.

—Interesante —dijo él—. Voy a tener una compañera, una amiga, una amante, una esposa y una socia… todo ello en un mismo paquete.

Soy un hombre afortunado.

—Vayamos a ver a Lucky Hand —propuso Silver mirando el gentío que se agolpaba en torno a su caballo.

Cuando llegaron, Lucky Hand tenía una mirada resplandeciente y ellos recibieron un montón de felicitaciones de amigos y conocidos.

Darcy abrazó a Silver y acarició su melena rubio platino.

—Ahora nos toca a nosotros ganar una carrera, la carrera de la vida. ¿Qué te apuestas a que somos capaces de vivir felices para siempre?

—Prefiero no correr el riesgo, hoy día nada dura eternamente —contestó Silver, precavida.

—Pues yo te apuesto lo que quieras. Palabra de Kristof.

FIN